

Jose Luis Gallego

# **DISFRUTAR EN LA NATURALEZA**

**Alianza** editorial

Jose Luis Gallego

# **DISFRUTAR EN LA NATURALEZA**

**Alianza** editorial

# Índice

Introducción. La naturaleza te está esperando

1. El gran azul
2. Otoño en el bosque
3. Paseos con sabor a mermelada
4. Entre perdices
5. Los sonidos de la marisma
6. Lo pequeño es hermoso
7. Una mañana en la nieve
8. La cigarra entre los trigos
9. Noche de búhos
10. Un paraíso llamado Cabrera
11. Buitres, liebres y sabinas
12. Amarillo a la genista
13. Bajo una sombra milenaria
14. La hora violeta
15. Tierra de lobos
16. Tambores de paz en el bosque
17. Criaturas galácticas
18. Pájaros desde el balcón
19. Mirando las estrellas
20. Concierto de grillos
21. La laguna de las grullas
22. El espectáculo de la berrea
23. Cerezos en flor
24. El olor del musgo tras la lluvia
25. En los dominios del oso pardo
26. Disfrutar coleccionando
27. La mariposa de la luna española

28. Baños de bosque para curar el alma
29. En los viñedos
30. El gigante de la estepa
31. Dos rapaces marineras
32. Mientras la tierra duerme
33. El increíble viaje de la angula
34. Mañana de espárragos silvestres
35. Elogio de la transparencia
36. Fuera de cobertura en Doñana
37. Encuentro con el martín pescador
38. De campo dentro de casa
39. La fortuna de vivir aquí
40. Llévame al campo

Epílogo. Decálogo para disfrutar en la naturaleza... y protegerla

Créditos

*Para Ana Belén, mi paisaje favorito.*

*La sabiduría consiste, en el fondo, en tener una relación pacífica con lo que está fuera de nosotros: con la naturaleza.*

JOSÉ SARAMAGO



## INTRODUCCIÓN

# LA NATURALEZA TE ESTÁ ESPERANDO

Todo lo que soy se lo debo a mi querida naturaleza. Por eso pongo tanto empeño en compartir con los demás el amor profundo, incondicional y sincero que siento hacia ella. Amor, sí. Hay palabras que la mayoría de la gente teme pronunciar por un exceso de rubor. Tal vez se deba a la extraordinaria carga emocional que encierra su significado, o a la desnudez inmediata que provocan en quien se atreve a decirlas. Incluso puede que se sientan intimidados por su sonora belleza.

Pero cómo expresar la pasión por algo a lo que te sientes tan permanentemente unido. Cómo verbalizar el afecto profundo, el fervor y la devoción absoluta hacia la naturaleza si no es con la palabra amor. Yo me considero, como el resto de seres humanos que vivimos rabiosamente ligados a este maravilloso planeta, un amante de la naturaleza y no sé expresar con ninguna otra palabra mi vinculación hacia ella.

Después del amor viene el resto: la vocación de observarla, el compromiso de defenderla o la necesidad de estar en ella. Pero todo eso surge por amor. Incluso la primera de las condiciones de mi propio ser, la de estar vivo, viene precedida de mi condición de amante de la naturaleza.

Observarla, disfrutar de ella y esforzarme en comprenderla ha sido mi principal afán en esta vida. Un afán del que nació la vocación de contarla, de contártela, para convertir mis palabras en una herramienta de seducción a su servicio. Eso es lo que pretendo con este libro: atraerle aún más hacia ella. Y si digo aún más es porque estoy convencido de que la naturaleza ya ocupa un espacio en su corazón si ha llegado hasta aquí. Nadie abriría las páginas de un libro que invita a disfrutar en ella si no estuviera enamorado de la naturaleza.

Cuando era solo un niño, leí la más bella carta de amor a la tierra, y me



impresionó tanto, me causó tan profunda emoción, que llegué a memorizarla prácticamente entera. Se trata de la famosa «Carta del Indio», el texto con el que en 1854 el jefe de las tribus de los antiguos pobladores del noroeste de Estados Unidos, Noah Sealath, respondió a la oferta del presidente Franklin Pierce de comprar sus tierras y trasladar a toda su gente a una gran reserva, lo que suponía el destierro para todos los miembros de las tribus indias.

La respuesta que el jefe Sealath envió al presidente Pierce constituye uno de los documentos más conmovedores de la historia del ecologismo y transmite el enorme respeto y el inmenso amor que los indios norteamericanos sentían por el entorno que habitaban.

Cada aguja brillante de los abetos, cada brizna de hierba en la pradera, cada gota de lluvia, cada claro entre los árboles, cada criatura de la tierra es sagrada para mi pueblo.

Todavía siento un escalofrío al recordar su contenido. He recurrido a ella en infinidad de ocasiones para intentar transmitir los valores de respeto y amor a la Tierra en mis charlas: desde alumnos de primaria hasta universitarios; desde políticos hasta directivos de grandes compañías. La he reproducido como prólogo o epílogo en varios de mis libros. Estoy enamorado de este texto y de su mensaje: tan universal que sigue manteniendo toda la actualidad y todo el sentido, muy especialmente aquí, en esta página dedicada al cuidado del agua.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos apagan nuestra sed, llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Por eso debéis tener respeto por los ríos y tratarlos como a vuestros hermanos. Si ensuciáis los ríos, ensuciáis vuestro nombre.

Con el paso de los años, algunas opiniones han querido restarle valor señalando su posible carácter apócrifo, dudando que saliera de la pluma de un indio para apuntar que tal vez fue una invención del periodista que publicó la noticia, o incluso de algún pionero del ecologismo angustiado por el deterioro ambiental que iban a padecer aquellas tierras con la llegada de la sociedad industrial, como acabó sucediendo. En todo caso ¿Qué más da quién la escribiera? ¿Le resta eso algún valor? En absoluto, su mensaje va directo al corazón.

Todas las criaturas de la Tierra estamos estrechamente unidas por lazos ancestrales y dependemos los unos de los otros. Todos estamos unidos. Esto es lo que sabemos: lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra.

La «Carta del Indio» es una de las más bellas declaraciones de amor a la naturaleza, un canto a la unión de los seres humanos para cuidar de la tierra que habitamos. Un profundo alegato de respeto al medio ambiente.

El hombre no creó el tejido de la vida: solo es un hilo. Si cortamos el resto de los hilos que nos unen a la Tierra pondremos en riesgo nuestra propia existencia.

En el Día Mundial del Medio Ambiente, que se celebra cada 5 de junio, suelo compartir su lectura con la gente de mi entorno. No se me ocurre mejor manera de festejar una fecha tan importante para todos los que dedicamos nuestra vida a promover entre nuestros semejantes el respeto al planeta.

Enseñad a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la Tierra es nuestra gran madre y que lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres maltratan a la Tierra se maltratan a sí mismos.

Los mensajes de este antiguo escrito siguen hoy más vigentes que nunca, y pueden despertar en las generaciones futuras los mismos sentimientos que lograron despertar en aquel chaval de barrio que soñaba con vivir las más hermosas aventuras en la naturaleza y ayudar a protegerla.

Recuerdo que, por aquellos años, en cuanto salía del colegio, mientras el resto de niños corrían tras un balón, mi único afán era llegar a casa y pedirle a mi madre que sintonizara la emisora de Radio Nacional. En ese momento empezaba mi programa favorito: «La aventura de la vida», mi encuentro con Félix, con mi idolatrado Félix Rodríguez de la Fuente, el gran naturalista que tanto influenció en aquella generación de niños que tuvimos la gran fortuna de compartir con él existencia y que recibimos su impronta de amor y profundo respeto por los animales y sus ecosistemas.

Durante aquellas tardes de radio, la voz de Félix me transportaba a las regiones más remotas del planeta para saber cómo vivían allí sus pobladores y cómo se relacionaban los animales más maravillosos del mundo con el entorno. Era una voz rotunda, clara, mágica, a través de la cual llegaba a la

humilde cocina de mi casa el escalofriante rugido del león, los sonidos cristalinos de los pájaros de la selva, el relámpago y el trueno en mitad de la tormenta, el grito del águila, el aullido del lobo o el viento de la tarde moviendo las ramas de los árboles. Era la voz del planeta. Y yo era inmensamente feliz escuchándola e imaginando que recorría aquellos lugares remotos.

Creo que fue en esas tardes de radio y cola-cao con galletas, con los deberes esperando sobre la mesa de la cocina, cuando decidí que mi vida iba a consistir precisamente en eso, en observar la naturaleza, aprender de ella y llegar a comprenderla para contarla, y de esa manera sumar voluntades y unirme al ejército de chavales que, imbuidos por la sana doctrina de amor y respeto al medio ambiente que nos transmitía Félix en cada una de sus intervenciones, empezaban a formar una gran manada, un enorme clan de amantes de la vida salvaje decididos a protegerla y a impedir su destrucción.

Desde aquellos días de la niñez ese ha sido mi único afán, en el convencimiento de que no existe mejor tarea para el hombre que la de preservar nuestros paisajes naturales, prevenir su deterioro y promover su conservación. Pero también (y sobre todo) disfrutarlos: vivirlos en primera persona, sentirlos y apreciarlos como el más valioso tesoro que nos ofrece la vida. Porque no hay mejor experiencia en la Tierra que la de unirse a ella, unirse a la naturaleza en profunda y sincera comunión, respetándola, amándola y procurando su cuidado, en compañía del resto de seres vivos que la moran.

La naturaleza nos está esperando. Siempre. Es esa amiga fiel que no guarda rencor porque no lo conoce, que no precisa excusa porque siempre nos ha sabido suyos, aunque nos hayamos alejado largo y mucho, desde que empezó el neolítico. Porque, no nos equivoquemos: antes que humanos somos Seres Vivos, y esa condición nos une obstinadamente al árbol, al pájaro, la mariposa, la ballena en la profundidad del océano o el ciervo en la pradera.

Nos une a la lluvia en el atardecer, al agua que corre libremente en el arroyo o al copo de nieve que acaricia el aire en la mañana de invierno antes de posarse sobre las rocas para ser paisaje. Por eso cuando estamos en ella nos sentimos del todo completos, pues volvemos a serlo.

La naturaleza es uno de los mejores lugares para ser feliz, para reencontrarnos con la vida, porque ella es la vida misma. En cada uno de los capítulos de este libro recojo un instante de felicidad junto a ella. Pero hay más, muchos más. Tan solo he querido recoger un puñado de momentos. Cualquier naturalista aficionado podría complementar la lectura con otros tantos y más, muchos más. Mi único deseo al recogerlos aquí es compartir con el lector la belleza de su recuerdo, y animarle a que viva esas mismas experiencias o cualquier otra en primera persona, en el entorno inmediato (el parque más próximo, un cercano jardín) o en algún destino remoto. Porque, no lo dude, querido lector, sea donde sea, la naturaleza le está esperando.

# CAPÍTULO 1

## EL GRAN AZUL

El mar, la mar, el líquido amniótico que ha alimentado y protegido la vida en la Tierra, la inmensa placenta del planeta: tal vez por eso nos resulta tan placentera su proximidad.

He tenido la inmensa fortuna de nacer, crecer y vivir hasta hoy junto al mar. No concibo mi vida sin su presencia. Aunque no lo vea está en mí: lo siento y lo presiento.

Ahora mismo, en este preciso instante, mientras intento ordenar las emociones para traducirlas a palabras y compartirlas en este arranque del libro, percibo el mar, la mar, a mis espaldas. Pero la mar es mucho más que la vida, también es el refugio de los sentimientos: el gran balneario de las emociones humanas.

Hay muchos mares en la naturaleza a los que acudir en función del estado de ánimo. Está por ejemplo la playa en una mañana de invierno con la mar serena. La playa desde el paseo marítimo, observando abrigados las gaviotas agrupadas sobre la arena. En esos días de cielo plomizo, la línea del horizonte desaparece porque se amalgama con el gris del mar.

Es un mar nublado frente al que hay una joven sentada en un banco, con la mirada fija en la distancia, buscando respuestas en lontananza. Y un hombre con un perro en libertad que le tira una rama traída por las olas hasta la orilla para que eche a correr tras ella. Es inmensa la belleza de ese perro corriendo con la lengua al viento por la arena de la playa, siguiendo el juego que le propone su mejor amigo, su ser amado, su amor, su amo.

Hay otro mar en el acantilado en un día de temporal. Este es el mar colosal, ciclópeo: un mar que te golpea el alma y te arranca las espumas con la misma fuerza con la que bate las rocas y empuja las gotas saladas hasta las alturas. Es un mar para despertar el ánimo, sacudirlo de viento y de sal y

alzarlo más allá de la zozobra y las desconfianzas. El mar embravecido que ayuda a embravecerse y plantarle cara al agobio para arrancárselo de cuajo.

En esos días de tempestad, las aves pelágicas como los paños, las pardelas, los araos y las alcas, junto al resto de los pájaros salados, bucean y nadan más que vuelan, se dejan ver por la costa huyendo del oleaje que convierte el mar adentro en una imponente montaña rusa. Son días en los que los amantes de la ornitología solemos echarnos a lo alto de los acantilados para, catalejo en ristre y anorak hasta el cuello, disfrutar de unas aves que por lo común solo pueden divisarse desde la cubierta de un barco en travesía, volando a ras de mar y rozando la superficie de las olas con la punta de las alas.

Y luego está el mar profundo: el gran azul. Todos los misterios del planeta Tierra siguen allí abajo, en sus entrañas negras, el lugar más silencioso del mundo. Las crónicas de los investigadores de las profundidades marinas, las novelas que narran la leyenda del gran leviatán, los reportajes sobre calamares gigantes capaces de arrastrar con sus tentáculos un barco hacia la oscuridad que habitan. Son tantos los misterios de los océanos que se me hace difícil entender como somos capaces de destinar miles de millones al presupuesto espacial cuando los mayores enigmas habitan en el silencioso reino de las profundidades.

Apenas conocemos un 1 por ciento de lo que existe allí abajo. Probablemente mucho, muchísimo menos de eso. Pero lo poco que sabemos es simplemente fascinante.

Sabemos, por ejemplo, que en la profundidad del océano sigue viviendo el animal más grande que jamás ha habitado la Tierra. Un ser vivo mucho más grande que cualquiera de los que se desplazan o se han desplazado jamás por su superficie. Mucho, muchísimo más inmenso que el más grande de los dinosaurios que un día poblaron el mundo: se trata de la ballena azul, a la que los científicos llaman *Balaenoptera musculus*.

El mayor de los dinosaurios que poblaron la Tierra hace millones de años fue el braquiosario: una auténtica mole viviente. Medía veinticuatro metros de largo, doce de alto y pesaba setenta y cinco toneladas: el equivalente a quince elefantes. La ballena azul sobrepasa los treinta y tres metros de longitud y su peso puede llegar a superar las cien toneladas: como veinticinco

elefantes. Su cabeza es la parte más grande de su cuerpo y en ella destaca una gigantesca boca de más de ocho metros de largo y bajo la que se marca una gran garganta estriada que le llega hasta el vientre. Se podría tragar un barco entero si avanzara con ella abierta surcando la superficie del mar.

Sin embargo, lo cierto es que el gran leviatán azul, esta criatura legendaria protagonista de cuentos y leyendas, surca los océanos del planeta pacíficamente, sin atacar a nadie, desplazándose lentamente en busca de los bancos de krill, el minúsculo camarón que le sirve de alimento.

Mi momento de máxima felicidad en el mar llega en verano, cuando bajo a primera hora de la mañana, antes de que se presenten el resto de bañistas, dejo la camiseta, las zapatillas y la toalla en las rocas y me sumerjo en el agua con unas gafas de bucear. Tras dar apenas unas brazadas me quedo mirando hacia el fondo, a lo lejos, donde el azul empieza a oscurecer y la vista se pierde tras los rayos del sol, que bajan como columnas hacia la oscuridad líquida.

Es entonces cuando pienso en ella, el coloso de los mares, y en el resto de las fascinantes criaturas que habitan sus profundidades: el calamar gigante, el gran tiburón blanco (uno de mis animales favoritos, hoy en día amenazado de extinción), el peregrino, la orca, el delfín, la manta, el pez luna, el martillo, los grandes meros, los cardúmenes de barracudas y espetones, los grandes pulpos, la inmensa tortuga laúd, los cachalotes, la preciosa ballena blanca o beluga, el narval con su arpón delantero... es imposible resumir en una sola página la espectacularidad de la biodiversidad marina, a la que se han dedicado enciclopedias enteras.

Solo quiero proponerle, querido lector, que por un momento cierre los ojos y piense en todo ese patrimonio, ese maravilloso e inabarcable tesoro oculto que puebla la mayor extensión de superficie del planeta. Casi tres cuartas partes de la Tierra son mar. Nosotros somos la anécdota; ellos, la gran fauna marina, son en realidad los verdaderos protagonistas de la vida en el planeta. Y lo son desde que surgió, hace más de mil millones de años, en esa inmensa placenta que es el Gran Azul.

Su existencia, la existencia de ese extraordinario catálogo de formas de vida que pueblan el mar, desde las desconocidas especies abisales hasta las más próximas y comunes que habitan las aguas del litoral, es uno de los

mayores legados que podemos transmitir a las generaciones futuras. Por eso, además de disfrutar del Gran Azul, debemos conservarlo.



## CAPÍTULO 2

# OTOÑO EN EL BOSQUE

Todas las épocas del año tienen un atractivo diferente, pero ninguna ofrece tantas posibilidades de ser feliz ni encierra tantos encantos para el amante de la naturaleza como el otoño: la estación de los bosques.

En estos tiempos de incertidumbre y escalofrío, el bosque de hoja caduca es uno de los mejores lugares para hallar refugio. Un escondite resguardado, sereno y más confortable de lo que muchos imaginan. El mejor lugar para disfrutar de esos momentos de intimidad y descanso que tanto anhela el alma tras las emociones del estío.

La melancolía es una chopera en otoño. Pasados los fulgores del verano, cuando los bosques de galería ofrecían su sombra fresca y verde a quienes acudían a sestear a orillas del río, el viejo chopo de la ribera empieza a palidecer y se rinde al pulso de la naturaleza, cesa el flujo de la savia y las hojas amarillean como preludio de la otoñada más bella del bosque ibérico.

Los sotos de los ríos, salpicados de chopos asociados con olmos, sauces o fresnos, se van recogiendo como el tinglado de aquellos cómicos que recorrían los pueblos tras acabar su función. Ese ir recogiendo cansinamente las sillas, desmontar la tarima y cargar la tartana es semejante a lo que ocurre en la chopera de finales de septiembre con el adiós de las abubillas, los cucos y las oropéndolas.

Dentro de poco arribarán petirrojos y currucas, y los tocones que dejaron los clareos servirán de madriguera a lirones y topillos. Todo antes de que las primeras tormentas y la llegada de los vientos arranquen de las ramas de los chopos sus hojas rendidas, provocando lo que Julio Llamazares llamó «la lluvia amarilla» en su mejor novela.

La península ibérica guarda algunos de los bosques de ribera mejor conservados del continente europeo. Son arboledas relictas, auténticos

tesoros vegetales que, agrupadas al pie de una cárcava o alineadas en una rambla fluvial, ofrecen su mejor estampa cuando llega el otoño.

Es tanto el alimento que acumula entonces el bosque que brotan los hongos en forma de setas, decorando el suelo forestal con sombreros de mil formas y colores. Pero los bosques otoñales ofrecen mucho más que setas. Nos reservan los mejores momentos de magia y encantamiento.

Hace ya unos cuantos otoños hice la travesía que sube desde el bello pueblo de montaña de Tuixén, en la comarca pirenaica del Alt Urgell, hacia el cercano macizo del Pedraforca: uno de los mayores referentes de las montañas catalanas. El bosque estaba aquella mañana henchido de agua, rebosante de vida.

Con el musgo reverdecido forrando el paisaje y los helechos del año muy crecidos, el cauce de las torrenteras ponía la banda sonora a un paseo en plena naturaleza. Esos parajes de la Vall de Josa, a espaldas del impresionante macizo del Cadí, dan forma a uno de los retiros más agradables de la joven serranía pirenaica.

Cantaban los pájaros del norte recién llegados de viaje: mosquiteros, currucas, reyezuelos. Se oía de fondo el tamborileo del pito negro, el carpintero más grande de Europa, ave de leyenda para los amantes de la ornitología que, con su plumaje azabache tocado de un característico birrete carmesí, dedica su jornada a repasar el tronco de los árboles viejos taladrándolo a picotazos en busca de las larvas de los insectos que se alimentan de la madera. Su inconfundible reclamo, un solitario toque de corneta lastimoso y profundo, me recordaba el privilegio de estar andando por el territorio de una de las aves más excepcionales de la fauna europea.

Olía intensamente a humus, que es el aroma que despide ese gran laboratorio orgánico que se pone en marcha bajo el suelo forestal cuando se suceden las lluvias y que se acelera con la caída de las hojas. Un manto vegetal que, al crear la mullida alfombra otoñal de hojarasca, actúa como la tapa de una gigantesca olla exprés, favoreciendo la ebullición de los procesos biológicos en su interior.

Todo lo que acontecerá en el ecosistema del bosque cuando llegue la primavera será gracias a la labor fertilizante de los microorganismos descomponedores, a ese hervor de nutrientes que finalmente devendrá en

humus, que es de donde deviene el *Homo* y a donde regresaremos tras cerrar el ciclo de nuestra existencia.

Pero fue al salir a un claro del bosque, desde el que se podía disfrutar de una espectacular vista de las montañas, cuando viví un momento de felicidad espontánea que aceleró mi corazón y me alegró el ánimo. Allí, entre la hierba fresca y mullida que cubría el pequeño pradillo, se había formado un corro de flores de una de las especies más bellas de nuestras montañas, cuyo nombre científico deja muy claro la relación que guarda con la estación otoñal: *Colchicum autumnale*.

El quitameriendas o azafrán silvestre es la flor de otoño por antonomasia. Y allí estaban. El anónimo trabajo del humus junto a las lluvias generosas y las altas temperaturas había provocado el despertar de los bulbos de esta bellísima liliácea. Caí de rodillas frente a ellas y me detuve a observar la elegancia de su delicado porte, con un corto tallo de color blanco coronado por los característicos pétalos entre rosados y lilas, alzándose apenas un palmo del suelo.

Había más de un centenar. Juntas formaban un jardín silvestre más propio del mes de mayo y que cualquiera diría que era trabajado por un esmerado jardinero. La escena me dejó boquiabierto, quedé por un instante prendado de tanta belleza y me tumbé a descansar junto a ellas, profundamente feliz por aquel regalo de la naturaleza.

Otro de los regalos que nos lega el otoño en el bosque es el silencio. No hablo del vacío. Hablo del silencio sonoro del bosque, un silencio de ruidos que, ocupado por el latir de la vida, permite leer ese paisaje del aire que son los sonidos de la naturaleza, entre los que destaca por estas fechas el canto del sapo partero llamando a las hembras.

Anda el macho de esta especie de anuro (perdón, así es como llaman los científicos a los anfibios sin cola) muy atareado en los anaranjados atardeceres de otoño. Y es que, tras entrar en dura competencia con el resto de pretendientes para hacerse oír desde la charca, el triunfador consigue atraer a varias hembras para, alzándose sobre ellas, iniciar el ritual de abrazos amorosos y cópulas que dará lugar a las sucesivas puestas.

Aunque lo insólito viene a continuación pues, llegado ese momento, y mientras la hembra va sacando los cordones de huevos ya fecundados como

si fueran ristas de caramelos, el macho los irá recogiendo con sus patas traseras para cargárselos a la espalda, convertidos en una mochila gelatinosa. De ese modo, será él y no ella quien acarreará con la puesta de los huevos sobre su pequeño cuerpo hasta que, llegado el momento próximo a la eclosión, los deposite en el agua.

El pequeño sapo partero es uno de los grandes padrazos de la naturaleza. Y es que no se trata de un traslado ocasional. Este bizarro ejemplo de progenitor puede llegar a acarrear hasta más de un centenar de huevos de diferentes hembras que llevará sobre la espalda mientras van aumentando de peso y tamaño, y todo durante un período aproximado de un mes.

Hace unos años, mientras recorría uno de los altos pinares de Soria, tuve ocasión de observar como uno de estos anfibios veía cumplido el sueño de depositar su pesada carga en una charca. Fue junto a una fuente, en el interior del bosque. Sobre las espaldas del sapillo los huevos, ya muy maduros, estaban a punto de eclosionar. Tanto es así, que de un simple vistazo pude ver perfectamente a los pequeños nonatos moviéndose en su interior. Debían ser alrededor de medio centenar y todos juntos abultaban más que su progenitor.

Aquella jornada me deparó muchos otros instantes de felicidad, como tantos de los que nos ofrece la acogedora y mágica naturaleza del bosque otoñal.

## CAPÍTULO 3

# PASEOS CON SABOR A MERMELADA

La felicidad puede ser llevarse a la boca una mora recién arrancada de la zarza, morderla cerrando los ojos para concentrar así nuestros sensores del gusto en ese instante, en ese sabor a mermelada. Existen muchos relámpagos de placer en el campo, pero pocos resultan tan sabrosos como este.

Pero ¿qué es lo convierte ese bocado en algo tan placentero? ¿Es la dulce jugosidad de la mora negra inundando de aromas silvestres nuestro paladar? ¿Es acaso el subidón que nos producen sus azúcares naturales, el imprevisto chute de vitamina C que recibe nuestro organismo? Tal vez, pero yo creo que no.

Yo creo que el placer arranca desde antes, desde mucho antes de llevarnos ese agradable fruto a la boca. El deleite se origina en el instante en el que la descubrimos entre la espesura y sabemos que ya es nuestra. En ese preciso momento empezamos a salivar de gusto. Porque se ha disparado nuestra memoria atávica de animal recolector.

Ese legado genético que sigue anclado en un rincón de nuestro comportamiento es el responsable de que sintamos una satisfacción especial por recoger todo aquello que la naturaleza nos ofrece por alimento de manera silvestre, es decir, sin cultivo previo ni intervención alguna por nuestra parte. No importa si son setas, arándanos, madroños o espárragos: lo importante es que los hemos encontrado en plena naturaleza y los hemos tomado con nuestras propias manos: ¡por eso están tan buenas las moras silvestres!

Podríamos decir que cada estación tiene su recompensa al respecto, incluso su motivo para salir al campo a recolectar lo que nos ofrece y el agradable momento de su preparación de vuelta a casa. Y en verano la naturaleza nos ofrece la oportunidad de disfrutar de uno de los bocados más succulentos del campo: las bayas de la zarzamora, las tradicionales moras de

zarza, que cada año maduran más pronto. De hecho, para algunos expertos, la maduración temprana de la zarzamora podría ser un bioindicador del cambio climático que sufre el planeta.

La zarzamora es un arbusto de la familia de las rosáceas característico del matorral mediterráneo que puede llegar a ser invasiva, por lo que su presencia suele ser controlada por los agricultores mediante la quema controlada. Con más de setenta y cinco especies diferentes, se trata de una planta muy ubicua que crece por igual en suelos pobres y áridos, como los ribazos y las laderas de los caminos, o en la fértil umbría de los bosques, donde puede llegar a medrar mucho en extensión y altura, formando inmensos zarzales de hasta dos metros de alto y del todo impenetrables. Los tallos y las hojas están recubiertos de afiladas espinas que garantizan un doloroso arañazo a todo aquel que se atreva a rozarlos. ¿Quién no se ha llevado un rasguño al intentar coger una mora? ¿Será ese otro de los motivos de que estén tan ricas, el riesgo que comporta su recolección?

La zarzamora florece a finales de primavera: unas delicadas flores de color blanco o rosado cuyos pétalos, como besos de papel, se desprenden del cáliz a la menor ráfaga de viento. A principios de verano las flores dan paso a un pequeño fruto de color verde que ya es una mora en miniatura y que irá mudando del verde al blanco para empezar a enrojecer en julio y lucir jugosamente negra entre agosto y septiembre: ése es el período del año en el que están dispuestas para la recolección, aunque lo normal es que aparezcan unas y otras a la vez, por lo que a la hora de echárselas a la boca todo dependerá de los gustos.

Una de las discusiones típicas de los paseos compartidos por el campo es si las moras rojas son mejores que las negras o viceversa. Una vez tuve que convencer a una compañera de excursión empecinada en que se trataba de frutos diferentes, es decir, que una mata echaba moras rojas y otra moras negras. Me costó varios arañazos —del arbusto, no de mi acompañante— demostrarle que en realidad se trata del mismo fruto en diferentes fases de maduración. Otra cosa es que resulten muy diferentes en sabor, como cualquier otro fruto tomado en verde o ya maduro.

La mora roja es mucho más ácida y refrescante que la negra, que resulta muy dulce y algo empalagosa cuando se pasa de tiempo y empieza a

fermentar. Pero tanto si se trata de una como de la otra es recomendable no ingerir muchas moras a la vez, pues en el caso de las rojas pueden resultar indigestas, mientras que las negras dan lugar a un cierto punto de embriaguez: una especie de «coloque pastoril» cuando se consumen en exceso debido a su alto contenido en azúcares. Es algo parecido a lo que ocurre cuando se abusa de los madroños o las endrinas.

Respecto al mejor momento del día para ir por moras, existen diversas teorías sobre si resulta más conveniente salir por la mañana temprano o aprovechar los últimos instantes del atardecer. Para algunos *gourmets* de lo silvestre, de amanecida las moras están más frescas y son más aromáticas, por lo que resultan ideales para tomarlas en el desayuno con yogur o zumo de naranja. Para otros, sin embargo, el momento óptimo de recolección es justo antes de que se ponga el sol, que es cuando alcanzan los niveles más altos de azúcar y están más henchidas.

En todo caso, mi propuesta es salir a buscarlas al caer el día, en un agradable paseo familiar que hará la delicia de los niños (cuando mi hijo era pequeño decía que la zarzamora era el árbol de las «chuches»). Y tanto si las vamos a recolectar para comerlas crudas, en ensalada —ofrecen un contraste de sabores sorprendente— o en postre —resultan deliciosas con un chorrito de moscatel helado— el mejor lugar para cogerlas es entre los matorrales que crecen en el interior del bosque.

Las que podemos encontrar en los márgenes del camino suelen estar cubiertas de polvo y requieren ser lavadas antes de echárselas a la boca, lo que, al igual que ocurre con las setas o los espárragos, les resta sabor. Pero si de lo que se trata es de llenar el cesto para hacer mermelada, es recomendable acudir allí donde se den en abundancia ya que deberemos recolectar una cantidad más que suficiente porque menguan mucho durante la cocción.

La receta para elaborar mermelada de zarzamora es muy sencilla, consiste en cocinarlas con agua y una proporción de azúcar igual al peso de la fruta, añadiéndole al final de la cocción, ya en frío, un chorrito de zumo de limón para regular la acidez.

Los nutricionistas dicen que las moras de zarza son bajas en calorías y ricas en fibra, minerales y vitaminas (sobre todo C y E), aportando al organismo un alto contenido en calcio, hierro y potasio. Además de

mermeladas y postres, con su zumo se elabora una popular bebida: la zarzaparrilla, precursora del refresco más famoso del mundo.

Actualmente podemos encontrar moras frescas en las fruterías de los mercados y en la sección de frutos exóticos de las grandes superficies. Pero no es que el frutero se haya ido al campo con un cesto para recogerlas. Lo que sucede es que de un tiempo a esta parte la zarzamora ha empezado a cultivarse de manera regular en diferentes zonas de España para atender su uso culinario, que ha ido a más en los últimos años.

En todo caso, permítame lector una sugerencia. Si lo que busca es la recompensa de su sabor silvestre, ese cóctel de fragancias naturales que sentimos en el paladar al morder sus drupas maduras —las drupas son las pequeñas bolitas que la forman— tras cogerlas de la zarza, no vaya a buscarlas al súper. Es mucho mejor aguardar a que el calendario de la naturaleza cumpla su ciclo, echarlas de menos y esperar a que llegue el final del verano para salir a buscarlas al campo con los primeros rayos del sol o al atardecer.

Aunque las que están más ricas son las que te encuentras de sopetón, sin esperártelas, colgando en forma de tesoro de un zarzal en un claro del bosque o en la linde del camino. Esa golosina silvestre nos ofrece una de las mejores maneras de disfrutar en la naturaleza saboreándola.

Pero no solo de moras vive el paseante.

Los bosques de hoja caduca del norte peninsular nos ofrecen la posibilidad de disfrutar, además de su hermosura cromática, con uno de los sabores más característicos del bosque: las endrinas.

Estas bayas maduran en otoño sobre un arbusto alto (hasta dos metros) muy ramificado desde el suelo, que forma un matorral denso y muy espinoso. Las hojas, caducas, son pequeñas y aserradas, con el haz verde claro y el envés blanquecino. Tienen el rabillo muy corto y resultan semejantes a las de la menta. Las flores son blancas, con tonos rosados, mientras que su famoso fruto es la característica drupa de color morado, parecida a un grano de uva negra pero más pequeña, dura y esférica, también recubierta de un halo blanquecino.

La afición por estas bayas lleva a los habitantes del País Vasco y Navarra a salir en familia al bosque, cargados de cestos, para recolectarlas. Con ellas



elaboran el popular pacharán, el licor de endrinas, que se elabora dejando macerar los frutos en anís seco durante unos meses, hasta que alcanza un vivo color rubí.

Primo hermano de la endrina, con la que a veces nos confundimos, es el arándano, cuyo arbusto es mucho más bajo, apenas medio metro de altura, y a diferencia del endrino, mucho más leñoso. Tampoco posee espinas ni se enmaraña tanto. Las ramillas apenas están pobladas de hojas que, mayores que las del endrino, son ovaladas, lisas y de color verde oscuro.

Los arándanos empiezan a madurar a finales de agosto y en setiembre ya tienen ese sabor dulce tan peculiar. Aparecen distribuidos por toda la planta, colgando de ramillas unidas al tallo. Son esféricos y de color negro azulado cuando maduran. En la parte superior muestran una característica corona que los diferencia perfectamente de los endrinos. Los arándanos tienen un alto contenido en azúcares y se suelen utilizar para hacer mermeladas. No es aconsejable comerlos sin una cocción previa. Abundan por toda la mitad norte peninsular, en pinares, robledales y hayedos.

Pero personalmente considero que la baya silvestre más sabrosa de cuantas crecen en nuestros bosques es la grosella. Ahora bien, conviene ser muy escrupuloso a la hora de recolectarlas pues existen especies similares que pueden resultar extremadamente indigestas.

El grosellero es un arbusto de metro y medio, más o menos, con una hoja muy grande, similar a la de la vid, cuyos frutos aparecen dispuestos en racimos colgantes, partiendo desde la axila de las hojas. Son unas bayas pequeñas (mucho menores que las anteriores) de color rojo y transparentes. Maduran en verano, a partir de junio, y su sabor es ácido y alimonado, muy refrescante.

La mejor manera de consumirlas es en fresco, recién arrancadas, o servidas sobre una base de queso fresco para reducir su amargo sabor. Son uno de los frutos más ricos en vitamina C que existen y aportan muchas sales minerales al organismo. Debido a su preciado sabor, cada vez se cultiva en más regiones de nuestro país. De manera silvestre solo la he encontrado en las montañas del Cantábrico. Eso sí, garantizo que, como en el caso de las moras, están mucho más ricas las salvajes, por lo que me permito recomendar al lector una escapadita al norte para disfrutar de su sabor mientras pasea por

sus bosques.

## CAPÍTULO 4

# ENTRE PERDICES

Mi tío Julián «Gateras», hombre bueno y héroe de mi infancia, fue guarda de caza en el coto de Camporrobles, el pueblo de mi familia (los Gateras) en la comarca valenciana de Utiel-Requena. Las tierras del vedado que custodiaba el tío Julián, en la linde con Cuenca, se extendían por los barrancos y las cañadas que hoy en día integran el Paraje Natural de El Molón, cuyo centro de visitantes (¡las vueltas que da la vida!) tuve el honor, el enorme privilegio, de inaugurar hace unos años.

Conservo nítidamente la memoria de mi infancia en la casa de Camporrobles: una vieja casona de piedra a la que acudía en vacaciones para reunirme con mis primos y disfrutar en cuadrilla de la vida de pueblo y el contacto con la naturaleza. De aquellos días de rodillas peladas y sonrisas al viento, recuerdo el olor del tomillo en los caminos que subían a las viñas, los campos de almendros, y cómo me echaba unas ramillas de romero en el bolsillo o las frotaba con las manos para aspirar su perfume.

Ese aroma se engarzó de tal modo en mi memoria, que cada vez que su fragancia me sorprende en el campo, viajo inmediatamente hasta aquellos días de la infancia en los que aprendí que no había lugar mejor en el mundo que la naturaleza. Pero con el mismo impulso que la fragancia del tomillo o el romero, un sonido agreste activa esa espoleta de la memoria: el reclamo de la perdiz roja.

Ese sonido chirriante, ese cloqueo repetitivo que retumba y se multiplica entre los terrones de arcilla de los barbechos, es la banda sonora de los veraneos de mi infancia. Me acompañaba cuando subíamos hasta El Molón a pasar un día de campo, cuando volvía de las viñas a mediodía subido al carro de madera de mi tío Antonio. Lo escuchaba cuando sesteaba en la casilla de mi abuelo Castor o cuando bajaba con mi prima Isa a por agua al Pozo

Concejo.

Aquel reclamo era para mí un misterio. ¿Quién será su dueño? Me preguntaba qué pájaro era capaz de emitir aquel canto tan poderoso, aquellas estrofas tan resonantes que se iban enlazando, una canción tras otra, en la linde de los caminos. Hasta que un día observé a aquel pájaro: un precioso macho de perdiz roja cantando desde lo alto de un muro de piedra seca (*chac-charra/chac-charra/chac-charra*). Y caí de inmediato en el hechizo: un hechizo que se multiplicaría una noche de invierno en casa de mi tío Julián, el guarda.

Aquella noche, al llegar la hora de la cena, observé que sobre la mesa de la cocina yacía inerte una perdiz muerta que un cazador le había regalado al hermano de mi padre. Gran amante de la naturaleza, incapaz de hacerle daño a ningún ser vivo, mi tío Julián observó cómo permanecía embelesado frente al ave muerta. Se acercó y con todo el cuidado que permitían sus manos de segador, me la puso entre las mías que, frágiles y temblorosas, apenas daban para sostener su rechoncho cuerpo.

La perdiz roja, a la que en Castilla llaman «la patirroja», tiene una estilizada redondez a la que se une la librea más elegante de los campos ibéricos: una bellísima combinación de rojo y negro, naranja y blanco, pardo y azul cielo.

De su cabeza destaca la corta talla de su pico, romo y afinado, de color rojo carmesí, como el del aro ocular. Luce un sorprendente antifaz: una línea de pluma negra que, bajo la ceja blanca, enmarca su amplia gorguera albina para dar forma a un bellissimo collar de plumas azabache que se difumina sobre el tono azul celeste del pecho.

De cola corta, gruesa y rectangular, en sus flancos las plumas forman una especie de tapizado denso en el que destacan las características estrías que cubren ambos lados del vientre, que en su parte baja es de un tono anaranjado intenso y del que surgen como dos corales rojos sus patas, cortas y gruesas.

Al tener en mis manos aquella ave yaciente, no conseguía entender cómo alguien había podido disparar a un animal tan bello y delicado. Nunca comprenderé a los cazadores, jamás. Y no porque los considere la mayor amenaza para la naturaleza, que no lo son, sino porque no puedo comprender cómo alguien con un mínimo de sensibilidad y de amor a los animales vea a

un animal tan bello como un conejo de monte, una liebre, un corzo o una perdiz y sea capaz de dispararle para causarle la muerte. Además, en el caso de la perdiz roja, estamos ante uno de los animales más emblemáticos de la fauna ibérica.

Su inconfundible silueta recortada con las primeras luces del alba o las últimas antes del ocaso es uno de los iconos de nuestros campos. Sin embargo, la alteración de su hábitat natural, el monte bajo, el abandono de los cultivos tradicionales y el abuso de los agroquímicos, están provocando la regresión de la perdiz silvestre en España, y la repoblación con ejemplares de granja no ha hecho sino enrarecer todavía más el status de la especie. Su compañera menor de vecindario, la codorniz, comparte semejante destino y libra igual batalla.

Las perdices suelen establecerse en viñedos, páramos, llanuras cerealistas y estepas de matorral mediterráneo. Pero su distribución autóctona ha sido modificada por las repoblaciones cinegéticas llevadas a cabo en cotos de toda la península y, debido a ello, la especie montaraz está en franca regresión mientras que la perdiz de granja se halla por todas partes.

Los ejemplares de cría industrial con los que se reponen las poblaciones en los cotos y vedados cinegéticos tienen poco que ver con su pariente silvestre: son mucho menos vivaces, menos montaraces que las patirrojas autóctonas. Apenas se esconden al ser descubiertas y no lucen una coloración tan viva como la que muestra la especie campestre, ni mucho menos alcanzan su potencia y belleza a la hora de cantar.

La mayoría de las que corretean ahora por los campos, procedentes de las sueltas con las que se repueblan los cotos, son, no sé cómo decirlo: parecen de mentira. No tienen nada que ver con aquel pájaro fantástico, casi exótico que me mostró mi tío Julián y del que quedé prendado para toda la vida.

Pero lo peor de todo es que las perdices de granja están poniendo en riesgo las poblaciones silvestres de la auténtica y genuina *Alectoris rufa*, a cuyos ejemplares transmiten enfermedades y con las que se hibridan alterando las características genéticas de la patirroja. Puede que el lector no alcance a valorar la gravedad de este problema: «pero son igualmente perdices» — pensará con toda la lógica del mundo—. No, no son las mismas. Y eso, para los que consideramos a la perdiz roja como una de las aves más bellas del

mundo, es una auténtica tragedia.

## CAPÍTULO 5

# LOS SONIDOS DE LA MARISMA

Los aguazales, y muy especialmente las marismas, son la gran sala de conciertos de la naturaleza. Especialmente durante las primeras horas del amanecer y las previas al crepúsculo. Son tantas las notas que captan la atención de nuestros oídos que se hace difícil atender a una sola. Aves, anfibios, insectos, mamíferos acuáticos, hasta los peces se suman a la banda sonora del humedal con sus saltos fuera del agua.

No sé si atraído por esa maravillosa polifonía de la naturaleza o por la abundancia de diferentes, lo cierto es que siempre he sentido una atracción especial por los ecosistemas acuáticos: ríos, lagos, marismas, ibones de alta montaña, tablas, lagunas, embalses, salinas, arrozales.

No puedo evitarlo. Es pasar junto a ella y acabar con los pies mojados. No importa la estación del año: el agua me puede. Es como un imán que me atrae de manera irresistible desde que era solo un niño, cuando pasaba jornadas enteras en una gran balsa de riego situada en mitad de un encinar del Parque Natural de Les Gavarres, muy cerca de la casa familiar de veraneo, en el corazón verde del sereno paisaje ampurdanés.

Allí acudía cada vez que podía con la mochila, el cuaderno y las guías de campo. La mayoría de las veces solo. El ritual era siempre el mismo: extender por los bordes de la balsa mi colección de cazamariposas, pipetas, pinzas, prismáticos, tubos de ensayo, lupas y todo tipo de recipientes y dedicar la tarde o la mañana entera a mi mayor afán; la observación y el estudio de los seres vivos que la poblaban. Desde las pequeñas larvas de mosquito a las agresivas y voraces ninfas del ditisco, desde el sapillo más diminuto a la espantadiza rana verde o el gran bufo: el sapo común.

Moluscos, renacuajos, lombrices, efímeras, caracoles, notonectas, zapateros, pulgas de agua, libélulas, caballitos... no había criatura que

escapara a mi interés por su estudio en aquel pequeño universo acuático rodeado de bosque. Era tanta la vida silvestre que acogía aquella humilde balsa, tantas las oportunidades de aprender de ella, que se convirtió durante los fines de semana y las vacaciones de mi niñez en mi lugar favorito en el mundo, un lugar en el que disfruté inmensamente en la naturaleza.

Recuerdo que uno de mis animales preferidos en aquellos días eran las ranas. Gregarias y bulliciosas, las ranas verdes comunes (*Pelophylax perezi*) permanecen agrupadas durante buena parte del día y la noche sin pegar ni sello, cómodamente instaladas en la orilla de las charcas. Allí aprovechan las horas centrales del día para tomar baños de sol camufladas entre la vegetación acuática. Hasta que llega el atardecer. En ese momento del día, coincidiendo con la época de celo, los machos compiten con el resto de músicos de la naturaleza para imponer sus dotes de barítono, inflando sus sacos bucales y cantando sin cesar en su excitado intento de atraer a las hembras a sus dominios.

Una de las cosas que aprendes cuando intentas capturar una rana para examinarla más de cerca y conocer mejor su morfología es su extraordinaria capacidad para permanecer bajo el agua tras saltar a ella. Y es que estos anfibios son capaces de absorber buena parte del oxígeno que necesitan para vivir a través de su piel desnuda y porosa, y eso lo hacen tanto dentro como fuera del agua.

Por eso, cuando te acercas a una charca y la rana salta al agua, no esperes a que salga al instante para intentar capturarla ya que puede permanecer allí sumergida durante un largo tiempo, hasta que te canses y te vayas.

Uno de los aspectos que me resultan más atractivos de estos anuros es su técnica de caza, que he tenido oportunidad de contemplar en muchas ocasiones. Perdón, los herpetólogos llaman anuros a los anfibios sin cola, como las ranas y los sapos. A los otros, los que sí la tienen, como las salamandras y los tritones, los denominan urodelos. Seguimos.

Como un aprendiz de camaleón, la rana común aprovecha su larguísima lengua para capturar insectos a distancia disparándosela a toda velocidad: zas, visto y no visto. Aunque gracias a sus potentes patas traseras también puede dar grandes saltos para abalanzarse sobre las mariposas que sobrevuelan las flores de la ribera y zampárselas de un bocado.



No obstante, el momento más espectacular al que puede asistir un observador de ranas llega cuando dos machos entran en disputa por hacerse con un rincón de la charca desde el que croar a todo trapo y llamar la atención de las hembras. En ese caso las buenas relaciones de vecindad quedan a un lado y llega el momento de medir las fuerzas de cada uno.

Recuerdo haber asistido a un auténtico combate de taekwondo entre dos machos de rana común que discutían por un palmo de charca. En un momento dado uno de los contendientes propinó una patada trasera tan fuerte a su contrario que lo lanzó literalmente por los aires, fuera del agua, hasta caer tras unos juncos de la orilla. Caramba con la ranita, pensé, de común no tiene nada.

Lo mejor que podemos hacer con ellas es observarlas desde la orilla y dejarlas en paz, pues constituyen nuestros aliados naturales en la lucha contra las plagas de mosquitos. Y es que la rana común, la más grande entre las ranas autóctonas, puede llegar a zamparse en un mes cerca de un cuarto de kilo de mosquitos, y eso, si tenemos en cuenta que estos insectos apenas superan los dos miligramos, son muchos mosquitos créanme. Por eso me permito recordar aquí la necesidad de protegerlas: disfrutemos de su presencia sin alterar su hábitat, de lo contrario nos tocará rascarnos.

Pero las ranas no eran los únicos objetos de interés para aquel joven e inexperto naturalista al que sigo aferrado. Ni las charcas mi único lugar. Con el paso del tiempo me decidí a explorar la naturaleza que se abría más allá de aquella humilde balsa en la que tanto aprendí, conocí a compañeros de colegio con los que compartía afición, y creamos juntos una delegación del famoso Club Los Lince de Adena, fundado por el Dr. Félix Rodríguez de la Fuente.

En aquellos años de primera adolescencia nos dedicamos en cuerpo y alma a la observación y el estudio de la naturaleza. No existía ninguna otra afición a la que dedicáramos siquiera un solo instante de nuestro tiempo libre. El escenario principal de nuestras jornadas de campo eran los humedales del Delta del Llobregat, donde acudíamos cada fin de semana para hacer un seguimiento de las poblaciones de aves acuáticas.

Chorlitejos, correlimos, andarríos, agujas, aguiluchos, cigüeñuelas, archibebes, fumareles, gallinetas, fochas, somormujos, zampullines... mis

cuadernos de campo dejaron de acoger apuntes de batracios y se poblaron de aves acuáticas de todas las formas y colores, a cuyo estudio dediqué buena parte de mi juventud. Después vino mi formación como anillador científico de aves en el Delta del Ebro, entre flamencos, patos y garzas.

La gran pasión de mi vida han sido los ríos y la vida que les rodea. Junto al río he vivido los momentos más felices contemplando su palpitante naturaleza. Observando a las golondrinas que pueblan el aire en su constante ir y venir desde las calles del pueblo hasta la orilla para pellizcar con el pico el barro con el que construyen sus nidos. Las lavanderas en su constante saltar sobre las rocas del cauce para cazar mosquitos, el mirlo acuático levantando las piedras del fondo para buscar gusanos, las ratas de agua entrando y saliendo de sus túneles bajo los juncos, el chapoteo de las nutrias jugando con un barbo.

He disfrutado inmensamente viendo al martín pescador sobrevolarme a un palmo de la cabeza mientras me bañaba en el Riaza: la flecha azul, probablemente el pájaro más bello de la fauna ibérica, incansable arponero que recorre su tramo de río mil veces al día silbándole al paisaje. Me he embelesado viendo a las libélulas patrullando como helicópteros de guerra la superficie flotante de las lentejas de agua, por entre las que asomaba la cabeza un galápago y saltaba una reineta. Me he dormido a la sombra de un sauce escuchando cantar a la oropéndola, el ruiseñor o el carricerín.

Toda esa agua viva, esa rica abundancia que acogen los ecosistemas acuáticos, conforma uno de los tesoros más valiosos de nuestra naturaleza. Un patrimonio que debemos conservar y proteger entre todos para que pueda ser disfrutado por las generaciones futuras.

## CAPÍTULO 6

# LO PEQUEÑO ES HERMOSO

La primavera en el campo es una gigantesca galería de arte al aire libre: flores, insectos, reptiles, una exhibición en la que las obras brotan, zumban o reptan aquí o allá y entre las que destacan por su increíble belleza las miniaturas, es decir, los pequeños invertebrados.

Es tal la profusión de pequeñas criaturas de todas las formas y colores que cualquiera que pasee por el campo, se sienta o no atraído por la naturaleza, no puede evitar caer en su hechizo, prestar atención a tal algarabía vital y aceptar que, entre los seres vivos, lo pequeño es hermoso.

Es posible que la frase le suene, y anda en lo cierto: se trata de un famoso aforismo. Pero no pertenece a ningún entomólogo ni a cualquier otro aficionado a la observación de lo minúsculo, sino a un economista: el alemán Ernst Friedrich Schumacher. Y le sirvió para poner título a uno de sus más celebrados libros.

Pero no se preocupe, no nos vamos a adentrar en el inescrutable mundo de la economía, este es un libro que pretende ensalzar el ocio en la naturaleza, nada más alejado del lóbrego y reservado territorio de las finanzas. Aunque permítame que le deje aquí un apunte de lo que proponía este influyente pensador en los años setenta desde aquellas páginas.

Como en la naturaleza, Schumacher nos habla de la necesidad de prestar atención a lo minúsculo, la parte, para llegar a comprender cómo funciona lo superior, el conjunto. Así, en situaciones de crisis global se haría necesario atender al ámbito local y doméstico para rastrear las soluciones al fallo general de la totalidad del sistema.

Dice Schumacher que antes de obcecarnos hasta la parálisis con el fracaso de lo superlativo, con la causa mayor, hay que aprender a remontar la adversidad valorando las pequeñas cosas, porque en la apreciación de lo

minúsculo, en la puesta en valor de la mínima parte, radica la esperanza.

Una oropéndola cantando al amanecer, la frágil danza aérea de las mariposas al sol de primavera, la luz verde atravesando una hoja de haya recién estrenada, nos recuerdan que la belleza del conjunto no es sino la suma de minúsculas bellezas. Que la naturaleza es una sinfonía interpretada por miles de instrumentos, de los más minúsculos a los más imponentes, de los platillos al contrabajo, y que todos merecen nuestra admiración y nuestro respeto. Y ese debe ser el pensamiento que rijan nuestras salidas al campo.

Algunos de mis mejores momentos al aire libre han transcurrido en pleno descanso y prestando atención a lo pequeño. Estirado en el suelo, con la varilla de una espiga en la boca y la cabeza apoyada sobre los codos. En algunos de esos momentos apostaba conmigo mismo a que aquella hormiga no iba a ser capaz de introducir en el hormiguero la semilla con la que venía cargando. Hasta que lo conseguía y me arrancaba una sonrisa.

Me embelesaba siguiendo el vuelo eléctrico de las libélulas, con sus quebradizas alas de cristal, o perseguía a los saltamontes por los rastros para hacerlos brincar y descubrir con asombro los preciosos colores de sus élitros al desplegarlos como alas: azules, amarillos, verdes, naranjas, rojos o morados.

Uno de esos momentos de campo que recuerdo entre los más emocionantes me lo deparó el encuentro en un pinar de la Sierra de Albarracín, en la provincia de Teruel, con uno de los animales más fantásticos de nuestra naturaleza: la oruga de la mariposa macaón.

La macaón es una de las mariposas diurnas más espectaculares de Europa. Sus alas, bellamente coloreadas de amarillo y negro, acaban en cola de golondrina y lucen una reluciente banda de ocelos azul brillante en cuyo centro destacan otros menores de color rojo.

Pero si espectacular resulta la mariposa, no menos bella es su oruga: de color verde claro o blanco y cubierta de anillos negros y naranja fosforito a modo de espiral. Por si eso fuera poco, cuando se sienten intimidadas despliegan un par de cuernos rojos, como las astas de Belcebú, por los que dejan escapar un tufillo maloliente del todo disuasorio.

Nadie, ni el más genial de los creadores de efectos especiales, ni el más intrépido diseñador de moda, dibujante de cómic o cocinero de fantasía, sería

capaz de igualar tanta fantasía en las formas, tanta elegancia de contrastes en los colores, ni tantas texturas como las que luce en la piel esta extraordinaria criatura, uno de los más excéntricos seres vivos.

Sin embargo, todavía son muchos, demasiados, los que sienten un escalofrío de pavor, una reacción atávica de asco que podríamos traducir con una meteórica secuencia: *ahhhh-puaj-qué-asco-chaf*. Y lo pequeño, aunque hermoso, se convierte en papilla.

La oruga luce ese llamativo aspecto con un objetivo: el de la supervivencia. Al mostrar esos colores y esas texturas le está diciendo al pájaro, al mustélido o a cualquier otro de sus numerosos predadores: cuidado conmigo que soy extraordinariamente venenosa, ni se te pase por la cabeza darme un bocado, ni acercarte a mí.

Y la verdad es que el truco funciona, pues en la naturaleza nadie mata por matar, nadie considera que otro está de más, por lo que el arrendajo, la comadreja o el tejón se sienten mucho más atraídos por una apetecible y carnosa lombriz de tierra que por una criatura tan impresionante.

Pero no quien se está limpiando los restos de oruga de la suela tras pisarla *puaj-qué-asco*. Porque él no considera que lo pequeño sea hermoso, sino perjudicial y hasta dañino. Admira a la mariposa pero es incapaz de respetar a la oruga: es verdaderamente curioso. Y es así, desde ese desprecio absoluto hacia a la naturaleza y esa falta de respeto a lo que desconocemos, como vamos perdiendo diversidad a borbotones.

Por eso quiero concluir este capítulo del libro pidiendo al lector que preste especial atención a lo pequeño en sus paseos por el campo, y que lo respete, porque no solo es hermoso sino que es imprescindible para el mantenimiento de todo lo que observa alrededor, del conjunto del paisaje.

## CAPÍTULO 7

# UNA MAÑANA EN LA NIEVE

No existe paisaje más efímero que el monte nevado, ni belleza más etérea que la de los primeros instantes cuando amanece sobre él. Cuando despuntan los primeros rayos de sol, el derredor adquiere por un momento un inesperado y bellissimo tono rosado. Tan solo es un pellizco de tiempo, un breve espectáculo de magia, pero les puedo asegurar que su recuerdo se eterniza en la memoria.

Para disfrutarlo vale la pena subir hasta un refugio alpino, uno de esos lugares de austera comodidad en los que compartes fogón y litera con otros excursionistas y montañeros, y echar noche en él. Levantarse al alba, antes de que empiece a subir el sol, abrigarse convenientemente y salir afuera. Ese silencioso espectáculo que nos brinda la mirada, es el amanecer rosado en las cumbres: uno de los instantes más bellos de cuantos nos depara la naturaleza.

Pero el paisaje nevado nos va a permitir estrenar una sensación a cada paso durante el resto de la mañana. El silencio del bosque nevado, ese silencio que da pena quebrar con el crujir de nuestros pasos al andar, deja percibir al paseante sonidos tan leves como el goteo del deshielo con los primeros rayos de sol o el rumor del viento acariciando las ramas desnudas de los árboles.

Esos rumores íntimos son el *sottovoce* de la naturaleza y vienen a demostrarnos lo sonoro que puede llegar a ser el silencio de la montaña, ese silencio donde, si uno es capaz de echar a un lado todos los pensamientos que le afligen, es posible escuchar hasta el más leve susurro, como el de la nieve rozando el aire al caer.

Algunos de los mejores *haikus*, esos sorbos de belleza que nos brinda la poesía japonesa, están dedicados precisamente a ese acontecimiento: el de la caída de los copos de nieve. Con esa ligereza tan grácil, ese ir cayendo pero

poco, que los hace en sí mismos una obra de arte. Una danza tan bella como inasequible para cualquier otro artista que no sea la naturaleza. Tal es el encantamiento que produce disfrutar de un paseo por la montaña mientras nieva.

Tengo una mañana en la nieve para compartir. Desperté en un refugio de montaña y, tras disfrutar del instante descrito, volví al interior para preparar el desayuno. Mientras disfrutaba de mi tazón de té caliente y describía el vaho de la ventana con la mano, observé a unos rebecos que bajaban de las cumbres hacia los prados que rodeaban el refugio. Venían correteando por las agujas heladas del cortado rocoso, corriendo y brincando con absoluta tranquilidad por los desfiladeros. Daba vértigo con tan solo mirarlos.

Me detuve a comprobar la belleza de su librea, en la que se combinaban perfectamente los tonos crema con los tostados resaltando las amplias franjas negras que le bajan por el cuello hacia los costados. La cabeza era de una exquisita elegancia, con dos antifaces alargados desde los cuernos hasta la nariz y una amplia franja central de color crema. Todo ello coronado por dos largas orejas entre las que despuntaban unas modestas cuernas, muy cortas y curvadas hacia atrás, a manera de garfio. Todo ello, junto a la elegancia de sus movimientos y la galanura con la que se desenvuelven en el paisaje helado, convierte a estos pequeños ungulados en uno de mis animales favoritos de la alta montaña.

Aunque relativamente abundantes, lo cierto es que no es demasiado común ver a estos inquilinos de las cumbres, pues cuando nosotros solemos subir al monte, en primavera y verano, ellos se retiran a las agujas más altas para huir de nuestra inquietante presencia. Sin embargo, cuando llega el invierno y la nieve empieza a acumularse en los altos, bajan a las laderas de los valles a buen trote gracias a sus sofisticadas pezuñas, diseñadas para aferrarse a los hielos.

Absorto en la contemplación de aquellos sarríos, no me percaté de que empezaba de nuevo a nevar sobre sus lomos. Fue al salir para observarlos con los prismáticos cuando me percaté de que el aire entero se había poblado de copos de nieve, una materia etérea que flotaba por todas partes como pellizcos de algodón extendiendo un papel de calco sobre el que quedan marcadas las huellas de la vida salvaje.

En la montaña nevada, cualquier amante de la naturaleza mínimamente curioso detectará la presencia de numerosos rastros de animales. Señales que cuentan historias sobre la supervivencia en la montaña: de la obstinada competición entre comensales y comestibles. Uno de los principales protagonistas de esos encuentros es la marta: el gran cazador del bosque alpino.

Aquella mañana, mientras atravesábamos el bosque nevado calzados con unas raquetas, observamos a una deliciosa bandada de lúganos, que son los primos del norte de nuestro entrañable verdecillo, cantando su preciosa melodía. También nos detuvimos a observar a una bandada de piquituertos que se afanaban en abrir las piñas de las puntas más altas de las copas. Hasta que, de repente, alguien identificó el rastro inconfundible de un mustélido: probablemente una marta, aunque también podía ser una garduña. Había quien sostenía que pertenecían a una gineta. La discusión era muy animada, por lo que decidimos seguirla para intentar dar con ella.

Las huellas nos llevaron hasta uno de sus cazaderos, un claro de bosque donde recientemente había tenido lugar una captura. Rastros girando hacia un lado y hacia otro, revolcones y surcos en la nieve, marcas profundas que nos hablaban de saltos y persecuciones. Hasta que al final dimos con la prueba definitiva: un penacho de plumas de pájaro. Cobertoras, alares, caudales: no había duda, allí lo había cazado.

Al poco tiempo, mientras tratábamos de interpretar la escena, uno de nosotros dio el aviso: «allí, en aquellas copas». Y efectivamente, era ella: una preciosa marta, con su brillante pelaje marrón oscuro, impecable, y su larga cola. Llevaba un zorzal alirrojo en las fauces. Ese era su desayuno. Se giró para enseñarnos su peto color crema, nos miró con sus despiertos ojillos negros, las orejas enhiestas, atendió de nuevo al frente y desapareció de un salto confundiéndose entre las copas.

Seguimos nuestro paseo con raquetas por el bosque nevado prestando atención a lo que nos contaba el viento. Escuchando por ejemplo el tamborileo del pito negro al picar sobre los troncos de los abetos, hasta que de vez en cuando emitía su lúgubre e inconfundible quejido.

Otro reclamo que acompaña a los excursionistas que transitan por la alta montaña suele ser el del águila real: un *quiaaaa* potente y solemne que la



gran soberana de las cumbres vocea a gran altura, mientras sobrevuela sus dominios, obligando a los comestibles (que para ella son casi todos) a levantar la mirada y calcular el riesgo. O la letanía del quejido del cuervo: acaso el sonido más inquietante de nuestras serranías.

Y mientras seguíamos leyendo las señales del terreno podíamos observar las huellas de los habitantes del bosque: los pasos del mirlo junto a un escaramujo, las huellas del zorro alrededor de un tocón, la derrota de una familia de jabalís atravesando el camino, el salto de un conejo asustadizo huyendo hacia la espesura del matorral.

La nieve es la mejor cronista de la vida salvaje en el monte, en su superficie queda copia de cuanto allí sucede. Por eso es tan recomendable pasear el paisaje nevado lentamente, en silencio, escrutando el terreno y atendiendo a sus señales. Para ello es recomendable hacerse con unas raquetas y unos bastones de marcha, que además nos permitirán practicar un ejercicio saludable y muy entretenido, lejos de los riesgos y la competitividad del esquí alpino.

Existen un buen número de guías de campo y manuales de identificación para aprender a localizar y leer las huellas de los animales salvajes. Una actividad que puede resultar una buena alternativa para disfrutar de la naturaleza en la montaña nevada. Especialmente para los más jóvenes, a los que les encantará ejercer de detectives de campo y les fascinará poner nombre a los protagonistas y reconstruir las escenas que han quedado registradas sobre la nieve.

## CAPÍTULO 8

# LA CIGARRA ENTRE LOS TRIGOS

Con la llegada del verano y el ascenso de las temperaturas llega la hora de los insectos en el campo. Apenas existe un palmo de suelo en el que no estén presentes. Sobre todo en los terrenos cultivados y especialmente los insectos voladores: ese «plancton aéreo» que forman moscas, frigáneas, mosquitos, efímeras, hormigas aladas, sírfidos, avispas y otros muchos artrópodos alados.

Unos pequeños bocados de proteína que son el alimento básico de golondrinas, aviones, venecejos y el resto de aves insectívoras que, con sus polladas ya muy crecidas en los nidos, tienen en los cielos estivales su mejor despensa.

Nunca me cansaré de señalar el alto valor ecológico que tienen para nosotros las aves insectívoras, nuestro más eficaz aliado en el control natural de las plagas de insectos. Por eso es tan importante respetarlas, no causarles molestia y favorecer su presencia en el entorno conservando sus hábitats, entre los que destacan los campos de cereal.

En las tardes de verano, convenientemente equipados con un gorro de paja y una buena capa de protector solar, los mejores lugares para observar el distinguido arte de cazar insectos al vuelo son los campos de cereal. Con las espigas doradas y el grano endurecido, las últimas horas del cereal convierten los cultivos en pequeños aeródromos dónde disfrutar del constante ir y venir de las golondrinas y los vencejos con sus vuelos rasantes y las piruetas imposibles tras los insectos.

Los cereales, pertenecientes a la gran familia de las gramíneas, conforman la gran despensa del ser humano en el planeta. Estas plantas acumulan una gran cantidad de minerales y vitaminas en sus granos, y debido a ello son cultivadas por el hombre desde antiguo. Pero los campos de cereal también

son naturaleza. No en vano, como todas las plantas de cultivo, los cereales de los que nos alimentamos proceden de variedades silvestres de gramíneas que todavía podemos hallar en su versión salvaje, como, por ejemplo, el trigo.

Contrariamente a lo que indica su nombre latino, el trigo, al que los científicos denominan *Triticum vulgare*, tiene en realidad muy poco de vulgar. Por el contrario, este auténtico cóctel de vitaminas hecho grano, juega un papel esencial en la alimentación del ser humano y en el desarrollo de la economía de muchos países productores.

El principal elemento diferenciador del trigo común es su característica espiga, alargada y muy fructífera, con largas vellosidades que la envuelven y que al tacto resultan ásperas y quebradizas, como las antenas de un insecto.

La espiga del trigo, con los granos agrupados en hileras rectas, es uno de los tesoros vegetales más preciados de nuestros campos. Un alimento que se tuesta ahora al sol del verano creando un paisaje natural de gran belleza, como el que forman los trigales mecidos por el viento del atardecer en ese mar dorado que es la llanura cerealista de la Tierra de Campos, en Castilla y León.

El trigo que cultivamos hoy en día procede de las variedades silvestres de su mismo género (*Triticum*) que crecían en las estepas cerealistas del Mediterráneo oriental. De igual modo que el centeno crecía antes de ser cultivo como mala hierba en los trigales del norte de Europa. Incluso la avena que tantos beneficios nos aporta (*Avena sativa*) procede de una especie silvestre (*Avena fatua*) que fue pradera antes que cosecha. Y es que todo cuanto hoy nos alimenta fue naturaleza; por eso una buena manera de disfrutar en ella es visitar los campos donde hoy la mantenemos domesticada en forma de cultivos.

Cuando era niño, me gustaba sumergirme en los campos de cereal para observar la vida desde su interior. Recuerdo sentir cómo los aviones comunes y las golondrinas surcaban mi cabeza tan cerca que sentía la caricia de sus plumas. Aquellas criaturas aladas, con apenas veinte gramos de peso y un palmo de envergadura, lograban impresionarme con sus sorprendentes picados.

Después me dirigía a otro cultivo característico del campo mediterráneo: el olivar. Para ello seguía los márgenes entre sembrados, donde crecen

algunas de las variedades botánicas más humildes y frecuentes pero que forman una vegetación muy variada y que no por cotidiana deja de ser menos interesante que el resto de la flora silvestre.

Podríamos destacar, por ejemplo, la facultad que tienen las amapolas para hacer enrojecer el terreno vistiéndolo de un rojo carmesí tan bello como efímero (no las arranques para intentar hacer un ramo con ellas: se desvanecen en cuanto las separas de la tierra). O el amarillo intenso de las varillas de gordolobo, una planta rastrera que el resto del año pasa completamente desapercibida y que, sin embargo, se convierte en un semáforo vegetal cuando florece. O la sofisticada y elegante gama de violetas que nos brindan las malvas. Podríamos llenar las páginas de este capítulo relatando los colores con los que es capaz de expresarse la naturaleza a través de las humildes y anónimas plantas de los márgenes.

Pero, antes de despedirme de ellas para llevarle al olivar, permítame que le cuente un par de curiosidades sobre una de mis favoritas, acaso la más modesta: el cardo borriquero.

Para empezar, detengámonos un momento a analizar su nombre científico: *Onopordum acanthium*. El nombre genérico (que es siempre el primero en la terminología que empleó Linneo para nombrar a las especies) procede del griego *onos* que significa asno, mientras que *porde* quiere decir, y con perdón, pedo. Sí, sí, no se ría. Y es que la alcachofa del cardo borriquero, por la que los borricos sienten auténtica pasión, les provoca unas poderosas flatulencias que le han valido el nombre genérico.

Respecto al nombre específico (el apellido de las especies) procede asimismo del griego *acanth* que significa espina y hace referencia a esos alfileres vegetales que cubren su tallo y lo convierten en una flor hermosa pero de muy mal coger, por lo que siempre es preferible admirarla en la naturaleza, para que todos podamos gozar de su presencia, y no llevársela a casa para que languidezcan en un jarrón.

Siguiendo la linde de los ribazos pasamos del cereal al olivar. En buena parte de nuestras comarcas agrícolas esta suele ser la sucesión más común. El trigo y el olivar son junto a la viña, a la que he dedicado un capítulo aparte, los cultivos más característicos del agro ibérico.

Y en el olivar podemos disfrutar de una de las bandas sonoras más

célebres de nuestros campos: el sonido de las cigarras. Ocultos en las ramas altas de los árboles, estos grandes insectos aprovechan el aumento de las temperaturas estivales para rehilar machaconamente su monótona canción. Sin embargo son pocas las ocasiones en las que nos interesamos por saber de dónde procede ese sonido y nos dirigimos a su búsqueda. Si lo hiciéramos nos llevaríamos una tremenda sorpresa. Pero no será fácil ya que, a pesar de que algunos ejemplares pueden llegar a superar los seis centímetros de longitud (las moscas más comunes apenas alcanzan medio centímetro), es casi imposible dar con ellas.

En primer lugar, porque al percatarse de nuestra presencia las cigarras dejan automáticamente de cantar; y en segundo lugar porque gracias a sus tonos de camuflaje, casi idénticos a los de las ramas y el tronco del olivo, se hacen invisibles en cuanto enmudecen. Ya la podemos tener a menos de un palmo: cuando la cigarra calla, desaparece.

Pero además de su gigantesco tamaño y su mimética librea, la cigarra común (cuyo nombre científico, ya que hemos citado al resto, es el de *Cicada orni*) es famosa por la manera en la que emite su sonido, que no canto. Porque las cigarras, como los grillos, no cantan: estridulan, y al igual que sus parientes de la noche, los grillos, tan solo lo hacen los machos.

Las cigarras no estridulan con la boca sino con el cuerpo, gracias a unos sacos de aire situados en el abdomen que se inflan y desinflan a través de unas membranas al que los entomólogos denominan timbales. La intermitencia y la potencia de ese característico rechinar, un sonido muy irritante para nuestro oído que algunas personas no soportan, se acelera con el aumento de las temperaturas. Por eso nos parece que las cigarras suenan con mayor intensidad durante las olas de calor y en las horas centrales del día, porque así es.

Pero ese constante estridor, tan monótono y fastidioso para muchos, es en realidad otro reclamo de la naturaleza, como el de los pájaros o las ranas. Y tiene muchos matices que pasan desapercibidos para nosotros pero que obedecen a los diferentes mensajes que desean expresar.

Así, las cigarras macho estridulan de manera diferente en función de si pretenden marcar territorio ante sus competidores o desean atraer sexualmente a las hembras. La potencia del sonido puede llegar a ser tan alta

que, en condiciones favorables, las hembras llegan a oírlo hasta a más de un kilómetro de distancia. Pero no crean que todo el mérito es exclusivamente de ellos.

Para que las hembras puedan escuchar el reclamo de su pretendiente a tan larga distancia, la evolución las ha dotado a ellas de un tímpano mucho más grande y sensible que el de los machos. Por eso hay que decir que de sonido monocorde nada: el canto (venga, llamémosle así) de la cigarra es una manera de comunicarse a golpe de timbal. Y ya sabe, la próxima vez que escuche a alguien comentar lo alto que «cantan» las cigarras, corríjale: estridulan, eso es lo que hacen estos espectaculares insectos.

## CAPÍTULO 9

# NOCHE DE BÚHOS

Hay mucha gente que es incapaz de adentrarse en la naturaleza cuando cae la noche. El miedo a lo desconocido, sobre todo a las criaturas del bosque, se multiplica al iniciarse el crepúsculo. Sin embargo, créame si le digo que pasear por el campo al caer la noche es una de las mejores maneras de disfrutar en la naturaleza, por ejemplo escuchando los sonidos de las rapaces nocturnas.

Los búhos han ejercido desde antiguo una fascinación especial en el ser humano. Tal vez por su condición de habitantes de las tinieblas, seres crepusculares que, ante nuestra absoluta incapacidad, han conseguido transformar su equipo biológico para desenvolverse perfectamente en plena oscuridad.

El sonido de las rapaces nocturnas sobrecoge el ánimo del paseante nocturno que atraviesa el bosque o anda por los caminos que cruzan los campos. Pero ese estremecimiento, que nace de un sentimiento de temor atávico y en muchos casos irreprimible, se traduce en curiosidad en el caso de quienes amamos la naturaleza. Una curiosidad que nos lleva a prestar atención a su canto para identificarlo e intentar localizarlo.

Las rapaces nocturnas (búhos, lechuzas, mochuelos, autillos o cárabos) juegan un papel fundamental en la naturaleza. Son ellas las que mantienen a raya las poblaciones de roedores evitando que se constituyan en plaga. Como en el caso de los topillos que invaden los labrantíos de la meseta castellana y que tienen en la lechuza campestre a su peor enemigo.

Los búhos prestan un gran servicio al hombre de campo. Pero lejos de merecer nuestro respeto, en la tradición rural aparecen casi siempre ligados a leyendas de brujería, como protagonistas de mil y un hechizos y sortilegios. Incluso el mago más famoso de todos los tiempos, Harry Potter, tiene como

mascota a un búho nival y se hace servir el correo por un cárabo.

Los días de luna llena son los mejores para realizar una excursión nocturna e intentar localizarlos, una actividad que nos va a deparar no pocas emociones y sorpresas. Para sorprenderlos sin espantarlos ni, sobre todo, causarles molestia, es imprescindible ser cautelosos, guardar silencio y buscar un lugar en el que esperar su presencia en lugar de ir tras ellos. Además de su aguda visión nocturna (ven en plena oscuridad incluso mejor que nosotros a plena luz del día), los búhos tienen un sentido del oído agudísimo y son capaces de detectar el sonido de la más leve pisada.

Respecto al uso de linternas no es en absoluto recomendable ir alumbrando peñas, ruinas o arboledas. En su lugar es mucho mejor que nuestra visión se adecue a ese reflejo de la luz solar que nos regala la luna llena (que puede llegar a superar los cuatro mil grados Kelvin de temperatura) gracias al cual podemos alcanzar un alto grado de visibilidad si dejamos que nuestros ojos se adapten.

Eso sí, necesitaremos unos prismáticos de alta luminosidad, sin necesidad que sean de visión nocturna. Algo que, por cierto, no necesitan las rapaces nocturnas, ya que poseen un sentido visual enormemente desarrollado. Gracias a la membrana nictitante de sus ojos, con la que consiguen abiertos sin apenas parpadear y perfectamente lubricados, y a su pupila de amplia dilatación, los búhos pueden ver perfectamente incluso en condiciones de oscuridad total, lo que constituye su principal ventaja evolutiva.

Para aprender a diferenciarlos basta con atender a los marcados contrastes de forma y librea que muestran y que hacen que resulte muy fácil su identificación. Y si además atendemos a su localización la cosa resultará aun más sencilla de lo que pudiera parecer.

Empezaremos por uno de los más abundantes y ubicuos: el simpático mochuelo, el más madrugador de nuestros búhos, pues suele empezar a camppear al atardecer. Con su corta talla y su aspecto rechoncho y cabezón a este pequeño búho le gusta vivir en el campo más que en el bosque.

Suele posarse en lo alto de los postes de la luz, los tejados de las casas, las ramas bajas de los árboles (le encanta el olivo, es su árbol favorito) y los márgenes de piedra seca de los caminos y los huertos donde no para de realizar sus característicos movimientos de arriba abajo que le han valido su



caricatura en los dibujos animados.

Tiene un plumaje general de tonos marrones, muy moteado. En su silueta destacan sobremanera su cabeza grande (equivale a la tercera parte del cuerpo) y las garras, anormalmente desarrolladas. En la cara destacan sus ojos amarillos y las cejas blancas que los rodean. No tiene penachos. Se alimenta de roedores, pequeños pájaros, grandes insectos y lombrices.

Otro de los que más abundan es el cárabo, el mayor de nuestros búhos forestales y al que, al contrario que al mochuelo, le gustan más los bosques que los pueblos.

Huidizo y muy desconfiado, al cárabo más que vérselo se le oye. Su reclamo resulta inconfundible: un potente ulular grave y profundo que repite durante toda la noche por toda su área de campeo. Además es muy posible que, aunque lo tuviéramos al lado, no lo lográsemos verlo, pues junto al autillo, posee una de las libreas más miméticas del bosque.

De color pardo grisáceo es un ave compacta, con una cabeza gorda, redonda y sin penachos, en la que destacan sus discos faciales alrededor de unos ojos grandes completamente negros.

Durante el día permanece oculto en su dormitorio, en un rincón sombrío del bosque, del que solo saldrá bien entrada la noche, cuando reina la oscuridad total. Es entonces cuando inicia sus batidas de caza para capturar a los pequeños roedores de vida nocturna que le sirven de alimento.

Habita todo tipo de bosques y terrenos arbolados, desde las sierras litorales hasta la alta montaña. Muy fiel al árbol que le sirve de escondite, su ubicación resulta fácil de localizar por la acumulación de egagrópilas que aparecen en el suelo, bajo la copa.

Las egagrópilas son el amasijo de pelo y huesos que algunas aves, como las rapaces o las cigüeñas, expulsan por la boca tras deglutir a sus presas y que en el caso de los búhos suelen acumularse al pie de sus posaderos formando montones. Sus formas y tamaño permiten identificar a la especie, resultando una magnífica prueba de su presencia para volver al anochecer e intentar verlo.

Otro de nuestros búhos forestales es el búho chico. De tamaño algo menor al cárabo, recibe el nombre porque parece una copia a escala del búho real. Muestra unos largos penachos, mal llamados orejas, que lo diferencian

claramente de cárabo o el mochuelo. La cabeza es más alargada y sus ojos son más pequeños, de un vivo color amarillo.

Su técnica de caza se basa en la localización por el sonido. Para ello permanece erguido en la rama alta de un árbol del bosque, con los penachos enhiestos, para lanzarse sobre la presa (generalmente un roedor: el plato favorito de los búhos) con las garras abiertas y extendidas.

Antes de salir del bosque vamos a intentar escuchar al autillo: la más pequeña de nuestras rapaces nocturnas y al que resulta casi imposible observar. Si al pasar junto a un árbol ve que el tronco pestañea, no crea que ha enloquecido: es un autillo. Lo digo por experiencia.

De pequeño lo bauticé como «el búho invisible» porque uno de ellos pasaba todos los veranos frente a mi casa en el pueblo, en la rama de un enorme eucalipto que casi entraba en mi habitación. Lo escuchaba durante toda la noche, sabía perfectamente que estaba a unos palmos de mi ventana y aún así nunca logré verlo. Tal es la capacidad de mimetizarse de este pequeño búho forestal: una de las aves más miméticas de la naturaleza.

Además, apenas se separa de su árbol, donde vive siempre emboscado, aprovechando su tono gris-madera para seguir disfrazado de rama y confundirse entre la copa. Tiene el color de la corteza de los robles y las encinas: gris ceniza o tostado, finamente pincelado de pardo, pero es que además puede adaptar su librea a los colores de los árboles del bosque en el que habita.

Sus ojos son pequeños y siempre los tiene achinados, para que no le delaten. Sus garras y su pico son también muy diminutos, aunque terriblemente afilados, lo que le convierte en un especializado cazador de insectos, por eso nos visita tan solo cuando abundan: entre en abril y octubre, regresando en cuanto empieza a hacer frío a sus cuarteles de invierno en África subsahariana.

Su reclamo es lo único que lo delata: un silbido agudo, monocorde y perfectamente secuenciado que repite a ritmo acompasado: tiu...tiu...tiu. Seguramente lo habremos oído muchas veces durante las noches de verano en el campo, cerca de algún bosque, sin saber que se trataba del pequeño autillo.

Otra manera de disfrutar de una noche de búhos es sin salir del pueblo, sentados en un cómodo banco de la plaza de la iglesia. Una vez allí,

convenientemente abrigados y con la ayuda de los prismáticos, bastará con recorrer con la mirada multiplicada la parte más alta del campanario y los torreones. Esa es la mejor manera de localizar a la más bella de las rapaces ibéricas —ya sean nocturnas o diurnas— y una de mis especies favoritas: la lechuza común, la gran dama blanca de la iglesia.

De tamaño mediano, con cuerpo alargado y cabeza voluminosa, sin penachos, la lechuza común es el más inconfundible de nuestros búhos gracias a su aspecto facial, en forma de corazón, de color blanco, y en el que destacan como dos bolas de cristal sus ojos negros.

Por lo demás, luce un plumaje mullido y muy ahuecado que en el dorso es de color pardo anaranjado, con tonos grises y finamente punteado de blanco y negro. Las partes inferiores son de un blanco puro o pardo anaranjado (dependiendo de la fase a la que pertenezca) siempre con pecas negras.

Junto a su abultadísima y desproporcionada cabeza, lo que más llama la atención en ella son sus poderosas garras: bien musculadas, equipadas con unas finas y aceradas uñas que se fijan sobre cuatro dedos con un amplio radio de movilidad y que, como casi siempre en los búhos, se disponen dos delante y dos detrás. Gracias a esta característica pueden apresar con mayor fuerza a sus víctimas hasta matarlas por estrangulación. Otra característica de su equipo biológico, adaptado al silencio de la noche, es el borde deflecado de las plumas de sus alas, condición que le permite realizar un vuelo sigiloso en el más absoluto silencio.

Suele establecerse en construcciones humanas: casas rurales, ruinas, graneros, ermitas y todo tipo de edificios en campos y pueblos. Precisa grandes espacios despejados con posaderos dispersos para establecer su territorio de caza, por lo que suele frecuentar los huertos, campos de cultivo, dehesas y también las marismas. Solo sale de noche.

Como en el caso del cárabo, el principal rastro de su presencia son los depósitos de egagrópilas, que en la lechuza son redondas y aplanadas, de color negro brillante, compuestas por restos óseos de ratas, ratones y topillos, a los que cabe añadir un alto número de musarañas que completan su principal alimentación, además de pájaros, insectos, anfibios, reptiles y hasta murciélagos (le encantan).

Cazadora infalible, es capaz de capturar un ratón certeramente en la

oscuridad total. La batida suele iniciarse tras el crepúsculo. Para entonces la lechuza ya se habrá situado en su posadero para detectar cualquier movimiento con la ayuda de su fino oído y especializada visión. Tras una primera fase de detección y acecho se lanzará sobre su presa con las garras abiertas y enfrentadas. Las capturas se suceden durante toda la noche pues es muy voraz, acelerándose durante el período de cría para cebar a los pollos.

El celo de la lechuza se inicia a finales de febrero y la incubación (entre cuatro y seis huevos) se desarrolla entre marzo y abril. Los pollos, como bolas de algodón pero ya con el característico corazón facial que permite su rápida identificación, permanecen en el nido hasta finales de junio.

Una vez crezcan, los jóvenes se establecerán en un nuevo territorio donde, si no son molestados, permanecerán fieles a su escondite durante toda la vida. La dispersión juvenil se realiza a corta distancia. En inviernos muy crudos, las lechuzas del norte y centro de Europa pueden migrar hasta nuestros campos en busca de alimento y cobijo.

Y acabaremos este capítulo dedicado a disfrutar en la naturaleza en plena noche con el plato fuerte, el gran protagonista de la oscuridad en el monte: su majestad el búho real o gran duque, la mayor rapaz nocturna del continente europeo.

Contrariamente a lo que mucha gente piensa y aunque esté clasificado como rapaz nocturna, el búho real puede permanecer activo también durante el día. Su plumaje es de tonos leonados, con el pecho anaranjado y listado de negro. Luce largos penachos faciales que suelen destacar en su abultada silueta mientras permanece posado durante horas.

Posee unas alas exageradamente anchas y redondeadas, que despliega como dos silenciosas mantas para planear por sus áreas de campeo sin que nadie llegue a oírlo. Su principal alimento es el conejo aunque también come roedores y hasta de erizos, como anoté hace años al analizar una de sus grandes y alargadas egagrópilas llena de púas del insectívoro.

Entre sus víctimas no faltan las aves de tamaño medio, como córvidos, patos y otras rapaces nocturnas y diurnas como su vecino el halcón peregrino. Hasta puede cazar mamíferos del tamaño de un tejón, un gato montés o incluso un lince. No en vano es el rey absoluto de la noche en el monte mediterráneo.

La luna llena de otoño es el mejor momento del año para salir al monte a disfrutar de su observación, algo que no resulta demasiado difícil, pues con la llegada del frío tiene inicio su período de celo y se muestra especialmente activo.

En esas fechas, el gran duque eleva el tono y la cadencia de su inconfundible reclamo: un bu-huuu profundo y lastimero que rebota en las paredes rocosas de las peñas altas, las cárcavas, los acantilados y los cortados fluviales que constituyen su territorio de cría, que comparte con otras rapaces rupícolas como el buitre leonado, el alimoche o el halcón peregrino.

Durante años, esta espectacular rapaz nocturna, como el resto de nuestras aves de presa, fue perseguida hasta casi su desaparición. La tristemente famosa Ley de Alimañas, que entró en vigor en la nochebuena de 1953, premiaba con importantes recompensas a quienes los eliminase por cualquier medio o destruyera sus nidos.

Con la desaparición de tan terrible normativa y la inclusión de todas las aves rapaces en el listado de especies protegidas, las poblaciones de búho real consiguieron recuperarse en todo nuestro territorio, aunque las amenazas no han desaparecido. Una de las mayores es esa enorme trampa aérea que constituyen los tendidos eléctricos, en los que miles de aves mueren electrocutadas cada año.

Hace tiempo, cuando el seguimiento y estudio de las aves era mi única obsesión, tuve una amarga experiencia al respecto. Controlábamos un viejo nido de búho real situado en la pequeña cavidad de una peña cercana al pueblo. Curiosamente, la única en atender el nido era la hembra, una rapaz espectacular, bellísima, con un tamaño imponente: entre las rapaces las hembras pueden llegar a doblar en tamaño y peso a los machos.

Los dos pollos estaban aún sin plumar y sin la concurrencia de un macho que la relevase en las tareas de cría, la abnegada madre no paraba de realizar viajes para cazar presas con las que darles alimento.

Hasta que un día ella también desapareció. Dejó de aportar sus capturas al nido y los pollos, incapaces de volar y valerse por sí mismos, murieron de hambre. Al cabo de unos días, un agricultor al que conocía y que sabía de mi pasión por la rapaz, vino a darme aviso de que mientras araba una parcela cercana a la cárcava, encontró a la pobre madre electrocutada a los pies de

una torre eléctrica. Aquella había sido la causa de su repentina desaparición, del abandono del nido y de la muerte de los pollos.

La electrocución de aves en tendidos eléctricos es un hecho constante en nuestro país. Algunos informes calculan en alrededor de treinta mil las que desaparecen cada año en nuestros campos por este motivo, considerado como una de las principales causas de mortandad entre rapaces, córvidos, cigüeñas y otras especies de gran envergadura.

Como hemos podido comprobar en este capítulo, existen muchas posibilidades de disfrutar en la naturaleza nocturna saliendo a observar a los búhos, incluso quedándonos en los alrededores del pueblo. Le animo a que lo disfrute sin temor, pues nada tienen que ver con la magia negra ni la hechicería. Aunque debo confesarles que yo sí que caí en su hechizo.

Fue en mis tiempos de campamento, hace muchos años, cuando realicé mi primera marcha nocturna a orillas del río Riaza, en pleno corazón de los campos de Castilla. En la soledad de la madrugada, retrasado del grupo por el cansancio y el abatimiento, escuché el ulular del gran duque resonando potentemente. Recuerdo que, lejos de estremecerme, me embargó una gran emoción. Debía de estar muy cerca. Y dirigiendo lentamente mis prismáticos a lo alto de la peña lo vi allí posado. Nunca olvidaré su imagen: mayestático, inmenso, señoreando sobre el cauce del río como un león en la sabana africana. Aquel fue otro de mis momentos estelares en la naturaleza.

## CAPÍTULO 10

# UN PARAÍSO LLAMADO CABRERA

El Parque Nacional marítimo-terrestre del Archipiélago de Cabrera, situado al sur de Mallorca, es uno de los últimos refugios de vida salvaje del Mediterráneo occidental. El hecho de que estos islotes acogieran durante el último siglo una pequeña base militar determinó el acceso restringido al público e imposibilitó la explotación turística, por lo que debido a ello, y pese a ser el objeto de deseo de una de las maquinarias de especulación urbanística más voraces del mundo, su patrimonio natural nos ha sido legado prácticamente intacto.

En ese sentido, Cabrera, la pequeña Conejera y el resto de islotes que forman este maravilloso archipiélago son la gran excepción balear. Por eso, quienes conocen el lugar esbozan una sonrisa cuando escuchan las voces catastrofistas que definen al Mediterráneo español como un litoral enfermo y en declive. Porque sumergido en sus fondos esmeralda, caminando por sus roquedos floridos o asomado a la vertical de sus inmensos acantilados, uno llega a la conclusión de que a este pedazo de mar le resta todavía mucha vida y que somos unos privilegiados por poseerlo.

Declarado en 1991 el primer parque español marítimo terrestre (hoy en día comparte condición con el Parque Nacional Islas Atlánticas, en Galicia) el área protegida abarca un perímetro de alrededor de diez mil hectáreas (ha) aunque, a decir verdad, las dieciocho islas e islotes que lo forman cubren tan sólo 1.836 ha, incluida la mayor de ellas, Cabrera, con una superficie total de 1.569 ha. El resto del ámbito de protección es zona emergida.

En los fondos marinos y hábitats costeros del archipiélago de Cabrera evolucionan una gran cantidad de especies de flora y fauna vinculadas a sus diferentes ecosistemas. Se trata, en la mayoría de los casos, de los últimos reductos poblacionales de animales y plantas en peligro de extinción, para los

que Cabrera es la última frontera, por lo que la visita al parque es la única posibilidad de conocerlos en libertad.

Buena parte de esa riqueza biológica, del elevado índice de biodiversidad que acogen sus fondos, se debe a la presencia de extensas praderas submarinas de la preciada posidonia (*Posidonia oceánica*), una planta superior —que no un alga— endémica del litoral mediterráneo y protegida por la ley, ya que a su alto valor botánico se une la cualidad de ejercer un papel fundamental en la preservación del medio marino, pues favorece el asentamiento de nutridas colonias de invertebrados y crustáceos.

Gracias a ello, las praderas de posidonia favorecen el desarrollo de abundantes cardúmenes, que es como llamamos a los grupos de peces: como las bandadas de aves o las manadas de mamíferos. Serranos, doncellas, tordos, salmonetes, sargos... la lista de especies que tienen refugio en estos vergeles submarinos es interminable.

Así, y una vez obtenido el permiso pertinente y ubicados en las zonas habilitadas al respecto, tan solo es necesario disponer de unas gafas de buceo y un par de aletas para practicar el *snorkel* o buceo a pleno pulmón y disponerse a descubrir uno de los patrimonios naturales más desconocidos de nuestra red de parques nacionales. Actualmente se puede nadar en todas las aguas del Parque Nacional excepto en zonas reservadas por ser especialmente sensibles. En la zona de la bahía, junto al puerto de arribada, existen tres zonas de baño abiertas al público: Sa Platgeta, S'Espalmador y Cala Pagès.

Estrellas de mar y vacas marinas, anémonas y ascidias, pulpos, sepias y liebres marinas, morenas, congrios, meros y peces luna: todos los animales que evolucionan bajo las aguas del archipiélago de Cabrera se muestran confiados y al alcance del visitante, lo que obliga a mantener unas estrictas normas de comportamiento y el máximo respeto a la señalización y las indicaciones de la guardería.

Si estamos de suerte, en las transparentes aguas del parque también podemos tener un encuentro con uno de los animales más esquivos de la fauna ibérica: la tortuga boba. Esta tortuga marina tiene en Cabrera, uno de los puntos de nuestro litoral donde se dan más observaciones.

Los quelonios marinos son animales totalmente adaptados a la vida en el agua. El caparazón es de diseño hidrodinámico, aplanado y oval. La cabeza



ha perdido su condición retráctil y las patas delanteras se han transformado en poderosas aletas hasta el punto de perder los dedos.

Sus movimientos natatorios reproducen el vuelo de las aves. Las hembras dejan un rastro inconfundible en forma de surco al realizar la puesta en la arena. La intensa vascularización de la zona del cuello y la cloaca le permite tomar el oxígeno del agua, pudiendo permanecer durante mucho tiempo a gran profundidad.

La alimentación de la tortuga boba resulta muy variable en función de su localización. Generalmente obtienen el alimento en alta mar, donde capturan grandes cantidades de medusas, abundantes y fáciles de cazar en el medio pelágico. Cuando se aproximan a la costa se alimentan de crustáceos, algas, moluscos, bivalvos, equinodermos y peces.

Las patas delanteras, transformadas en potentes aletas, permiten a las tortugas perseguir a los peces bajo el agua o cubrir largas distancias hasta localizar bancos de medusas. Una vez localizadas en alta mar, las tortugas bobas suben a la superficie para capturarlas. Esta conducta depredadora les lleva en ocasiones a enredarse entre las redes de pesca de los barcos que faenan a larga distancia de la costa. En otras ocasiones, las tortugas caen en una trampa mortal al ingerir por equivocación bolsas de plástico transparente que confunden con medusas.

Viajera infatigable, la tortuga boba llega a cubrir distancias de hasta tres mil kilómetros desde la playa de desove hasta el área de alimentación. El celo y las cópulas tienen lugar mar adentro, entre abril y mayo, tras lo que la hembra realizará un espectacular viaje para desovar en la misma playa en la que nació, aprovechando los periodos de marea alta, entre mayo y agosto. De cien a doscientos huevos que, enterrados en la arena de la playa, si todo va bien, eclosionarán al cabo de dos meses. De todos ellos el 20 por ciento no son fértiles y la realidad es que tan solo un 1 por ciento de las crías llegarán a adulto. Por eso se encuentran tan amenazadas y debemos protegerlas al máximo.

En España la tortuga boba está dándonos gratas sorpresas. En 2001 se documentó la primera puesta en muchos años en una playa del Cabo de Gata, en la costa de Almería. Desde entonces se han ido sucediendo puestas por todo nuestro litoral mediterráneo, algunas de ellas en playas muy

frecuentadas del litoral balear y en pleno verano. Al realizar las puestas de noche es difícil determinar exactamente las zonas, pero lo que sabemos con toda seguridad es que las tortugas bobas están desovando de nuevo en nuestras playas.

Otro de las oportunidades que ofrece la visita al archipiélago es la posibilidad más que razonable de disfrutar con la observación de los mamíferos marinos que frecuentan esta parte del Mediterráneo, entre ellos tres especies de delfines: el mular, el listado y el común, así como calderones y cachalotes.

Pero si la vida submarina del archipiélago es rica y variada, no lo es menos la que podemos disfrutar en la parte emergida, es decir, en tierra firme, donde hallamos una representación incólume de la típica maquia o garriga mediterránea.

Sabinas, enebros, madroños y carrascos son los referentes entre los árboles mientras que el matorral aparece salpicado de brezos, jaras y tomillos, entre los que de vez en cuando aparece alguna joya en forma de endemismo, como el aladierno o la peonia balear y la muy preciada «rotgeta» (*Rubia angustifolia cespitosa*) que muestra una variedad exclusiva en la isla de Cabrera. En total más de cuatrocientas sesenta especies, con treinta endemismos baleares, que harán la delicia de los aficionados a la botánica.

En cuanto a los pájaros, y como no podía ser de otra manera, el archipiélago de Cabrera es el paraíso de las aves marinas. Gaviota de Audouin, pardelas balear y cenicienta, cormorán moñudo, paiño común. Al profano en cuestiones de ornitología estos nombres de especies en peligro de extinción le sonarán a chino pero créame, no es necesario ser un experto para emocionarse al observar a estas exclusivas aves a través de los prismáticos y saber que nos hallamos frente a auténticos tesoros biológicos, joyas de la fauna ibérica.

A la belleza y la elegancia de las aves acuáticas hay que sumar el de dos rapaces diurnas que en Cabrera encuentran su última fortaleza: el halcón de Eleonor y el águila pescadora, a cual más espectacular.

Entre los mamíferos terrestres, hay que subrayar la presencia del gato montés y la gineta, así como la del conejo y el erizo moruno, una variedad poco común del conocido insectívoro. Por cuanto a los reptiles cabe destacar

la presencia de otra rareza exclusiva: la lagartija balear (*Podarcis lifordi*), que en Cabrera tiene su cuartel general, con más de tres cuartas partes de su población mundial y varias subespecies exclusivas del archipiélago.

Las especiales características de este parque lo hacen extremadamente frágil al impacto generado por el turismo. Por eso es necesario solicitar autorización para visitarlo a la dirección del parque en las oficinas de Palma de Mallorca.

Es especialmente recomendable visitar el Museo de Historia, Etnología y Recursos Naturales de Cabrera, instalado en el Centro de Visitantes de Es Celler. También es aconsejable realizar una excursión para recorrer su perímetro marítimo y descubrir la belleza de las calas, acantilados y roquedos.

En cuanto a los paseos por tierra firme, son forzosamente cortos y están sometidos a la necesidad de preservación de los espacios especialmente sensibles donde crían o crecen las especies protegidas de flora y fauna, por eso no debemos nunca adentrarnos más allá de sus límites.

Uno de los itinerarios más cómodos y agradables es el que empieza en Sa Platgeta y parte en dirección oeste, hacia s'Espalmador. Aunque bastante sinuoso, está bien señalizado y permite observar los hábitats más característicos de la isla. Eso sí, antes de nada hay que dirigirse a la oficina de información del puerto pues solo se puede realizar acompañados por un guía.

La ruta consiste en un zigzaguear entre la garriga mediterránea, poblada de verde aromático, y el borde del mar, desde dónde descubriremos que el verde y el azul son pareja y que viven bajo el agua. El camino va muy orillado, casi pegado al agua, por lo que nos será posible disfrutar con la observación de la fauna submarina: no, no es broma, el agua tiene aquí una transparencia casi mineral. Después ascenderemos hasta Es Coll Roig atravesando un tupido jaral en el que abundan las currucas y, ojo, las lagartijas baleares, uno de los tesoros del parque.

Alcanzada la cima de este cerro se ve toda la península de Ensiola, con el faro al fondo, y el camino blanco que nos queda por transitar, que desciende hasta S'Avarador para rematar en una etapa de subida pronunciada hasta el faro, donde hay un pequeño mirador que permite disfrutar de unas vistas indescriptibles: el mar, todo el mar, y su sonoro silencio. Un lugar como

pocos para disfrutar en la naturaleza.

## CAPÍTULO 11

# BUITRES, LIEBRES Y SABINAS

Los cortados fluviales que marcan la áspera superficie de las mesetas castellanas dan forma a algunos de los espacios naturales más espectaculares de la naturaleza en la península ibérica. Entre ellos destaca por su riqueza zoológica el cañón rocoso creado por el cauce del río Riaza al nordeste de la provincia de Segovia, limitando con la de Burgos.

En sus hoces se creó en 1974 el Refugio de Rapaces de Montejo de la Vega, hoy en día incluido en el Parque Natural de las Hoces del Riaza, que acoge una de las colonias de cría más importante de buitre leonado de toda Europa. Y allí, tal y como recuerdo en varias ocasiones a lo largo de estos capítulos, tuve la suerte, la inmensa fortuna diría hoy, de acudir durante muchos veranos, primero como acampado y luego como monitor, a los campamentos de naturaleza «Félix Rodríguez de la Fuente» que la delegación española del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) dirigida por el insigne naturalista y por aquel entonces denominada Adena (Asociación para la Defensa de la Naturaleza) organizaba en el refugio.

En aquellos años, yo era uno de los miles de niños que se habían formado en el amor a la naturaleza siguiendo la palabra y la obra de Félix, tanto en radio como en televisión. Y junto a varios compañeros de colegio habíamos fundado un grupo local del famoso Club los Lince: la mayor entidad juvenil de aquellos tiempos, que agrupaba a los socios más jóvenes de Adena, creada por Félix años atrás.

Como muchos lectores recordarán, el amigo de los animales, como era conocido por todo el mundo, murió en marzo de 1981 en un accidente de avioneta en Alaska, mientras rodaba uno de los capítulos de la serie de naturaleza *El Hombre y la Tierra*. Pero su espíritu y su legado permanecían muy vivos en aquellos campamentos, a los que acudía cada verano para estar

con los jóvenes e inexpertos naturalistas que tanto le admirábamos.

En aquellos campamentos los miembros del Club los Linceos adquiríamos una sólida formación en el conocimiento de las ciencias naturales y el naturalismo de campo. Allí ejercían su papel como monitores ornitólogos, herpetólogos, ictiólogos, entomólogos, geólogos y muchos otros especialistas en el estudio del entorno y los seres que lo habitan. Había incluso astrónomos que, en las noches estrelladas, nos enseñaban a interpretar el firmamento, o escaladores con los que aprendíamos las técnicas elementales de esta práctica deportiva descendiendo los cortados rocosos más accesibles, siempre sin molestar a las aves rapaces que criaban en el refugio, como el buitre leonado, el alimoche o el halcón peregrino, entre muchas otras.

Realizábamos largas excursiones aprendiendo a diferenciar las especies de flora y fauna, descendíamos a la profundidad oscura de las cuevas, nos emboscábamos en encinares y sabinares centenarios, atravesábamos vallejos y parameras, nadábamos en las refrescantes aguas del Riaza, y regresábamos al atardecer a la pradera dónde se encontraba el campamento, exhaustos, pero infinitamente contentos por la amistad que íbamos forjando y los conocimientos que adquiríamos.

También hacíamos prácticas de laboratorio en el cobertizo y recibíamos charlas sobre conservación de la naturaleza en la chopera del campamento y hablábamos con pastores, agricultores y gentes del campo que nos nutrían con su valioso saber. Era una auténtica escuela de naturaleza al aire libre.

Allí aprendí buena parte de lo que me ha ayudado a convertirme en divulgador ambiental y defensor de la naturaleza en los medios de comunicación, por eso me considero en deuda con aquellos campamentos y recomiendo a los lectores con hijos que hagan lo posible por apuntarlos a alguno, como el que sigue organizando WWF España todos los veranos en el actual Parque Natural Hoces del Riaza, uno de los espacios naturales mejor conservados de Castilla y León y que recomiendo visitar en cualquier época del año para disfrutar de su espectacular naturaleza.

La vegetación de este espacio natural está formada por grandes extensiones de matorral entre sus páramos y vallejos, donde abundan las plantas aromáticas (romero, lavanda y otras) y destacan los enebros. También podemos encontrar bosques de encinas, quejigos y algunos pinares dispersos,

aunque la variedad y el colorido lo ponen los bosques de galería que se abren a orillas del río y que destacan desde la lejanía por las apuntadas hileras de chopos. El resto del espacio se halla dividido por los terrenos de cultivo; cereales y campos de remolacha principalmente. Pero si existe una protagonista destacada en la vegetación montejana es la sabina, seguramente mi árbol preferido.

La sabina es un árbol austero que crece en terrenos poco dados a la frondosidad, con temperaturas extremas, secos y azotados por el fuerte viento. Su corto talle (en ocasiones no pasa de arbusto) y su porte desgastado se desdibuja con una copa desmelenada, con forma de cono y en la mayoría de las ocasiones retorcida por el viento.

Los ingenieros de montes nos explican que la sabina es una especie monoica, es decir, con flores masculinas y femeninas en el mismo árbol. Las flores masculinas apenas se distinguen, semejando puntas secas de las hojas. Las femeninas por el contrario son mucho más vistosas y aparecen pegadas a las ramas para dar paso a los frutos, unas pequeñas bolitas de color verde y luego marrón, con la pulpa anaranjada, llamadas arcéstidas, que guardan las semillas (entre tres y seis) en su interior. Florece entre febrero y marzo y los frutos tardan alrededor de un año en madurar.

En Montejo he visto algunas de las sabinas más bellas, ya sea en solitario o formando pequeñas arboledas (sabinares) por los páramos abiertos. Es sobrecogedor observar las formas que adquieren estos árboles, a menudo agachados hasta casi tocar el suelo con la copa para resistir las fuertes rachas de viento. Una inclemencia que soporta gracias a que dispone de uno de los sistemas de raíces más desarrollados entre todos los árboles ibéricos, lo que le permite una gran sujeción a las rocas desnudas, gracias a la cual puede mantenerse en pie incluso donde no existe un palmo de tierra.

Asimismo, a orillas del Rianza, podemos disfrutar de una sorprendente biodiversidad botánica entre la que destacan varias especies de orquídeas y algunos curiosos endemismos, es decir plantas que crecen únicamente allí.

Sin lugar a dudas la esencia de estas hoces y la principal riqueza de su patrimonio natural es su variada fauna. Las peñas, cárcavas y vallejos que conforman el paisaje de estas tierras albergan una nutrida y variada población de toda clase de invertebrados, aves, mamíferos y reptiles entre las que

figuran algunas especies en peligro de extinción.

Las aves rapaces son las grandes protagonistas del paisaje monteño, destacando la colonia de cría de buitre leonado. El buitre llegó a atravesar una situación difícil hace unas décadas debido a la intensa mecanización del campo, el uso indiscriminado de plaguicidas y venenos y la inadecuada protección de su hábitat. Sin embargo, y gracias al esfuerzo de organizaciones conservacionistas como WWF España y de los ornitólogos y expertos que forman parte del Fondo para el Refugio de las Hoces del Riaza, que preside el insigne ornitólogo Dr. Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo, la colonia de buitre leonado de Montejo es hoy en día una de las más importantes del mundo.

Este espacio natural ofrece diferentes itinerarios para disfrutar de su paisaje y descubrir la vida salvaje. El más cómodo se inicia desde el pueblo de Montejo de la Vega de la Serrezuela, donde se encuentra el centro de visitantes. Desde allí parte un camino completamente llano que nos conducirá río arriba hasta Peña Portillo, dejando a ambos lados del camino los campos de cultivo y los cortados rocosos a los que conviene no perder de vista para localizar a las numerosas especies de aves rupícolas que, más allá de las rapaces, son dignas de admiración, como la elegante y discreta collalba negra o los espectaculares roqueros rojo y solitario, a cual más bello.

Pero a los márgenes del camino también podremos disfrutar de la compañía de las aves esteparias (alondras, totovías, cogujadas) y otros pájaros de campo abierto como escribanos y collalbas. En el soto junto al río abundan carboneros, colirrojos y papamoscas. Su presencia dependerá del calendario, ya que los habitantes del refugio se reparten entre residentes, estivales e invernantes. En todo caso, quien no faltará a la cita será el buitre, cuya silueta recortada en los cielos nos acompañará durante todo el trayecto, pues su tránsito es constante y su gran envergadura permite observarlos desde muy lejos.

Con un poco de suerte, podremos descubrir al otro buitre del refugio: el alimoche. Su color blanco destaca en el ocre de la peña y lo hace inconfundible. Algún zorro (sobre todo si madrugamos), la garduña o el gato montés pueden aparecer en escena a medida que nos adentramos en el refugio. La nutria es otra de las inquilinas habituales del Riaza, donde



podremos observar al martín pescador (al que he dedicado un capítulo) o la polla de agua, pero también es posible sorprender al galápago leproso, la rata de agua o alguna especie de culebra.

El camino termina en una pradera, frente a Peña Portillo, a orillas del río. Allí existe un pequeño merendero donde podemos descansar contemplando toda la majestuosidad de la peña, en la que hay una de las colonias de nidos más numerosas de todo el refugio. Los ornitólogos deben estar ojo avizor pues en cualquier momento puede cruzar los cielos el águila real o el príncipe de las rapaces: el halcón peregrino.

Desde este punto parten otros itinerarios que conducen hacia el embalse de Linares del Arroyo, que acoge una importante invernada de aves acuáticas, la ermita del Casuar y el cañón de Valdevacas.

A lo largo de todo el paseo debemos de tener presente que estamos transitando por un espacio natural protegido por su alto valor ecológico y que, más allá de las indicaciones de los carteles o de la guardería, la norma fundamental a seguir es el sentido común. La conservación de este lugar supone un gran esfuerzo que precisa de la colaboración del visitante. Se trata de mantener este patrimonio común sin alterar para seguir disfrutando de sus riquezas naturales, muchas de las cuales solo se pueden admirar aquí.

Respecto a la época ideal para visitarlo, el vivaz bullicio de la primavera, con el abandono del aletargamiento de los pequeños mamíferos, el inicio de la temporada de cría para buena parte de ellos, la floración de los campos y la llegada de las aves estivales, es sin lugar a dudas uno de los mejores momentos del año.

Hace unos años visité Montejo en los primeros días de la primavera, cuando los ardores del celo despiertan la belicosidad de los machos en numerosas especies. Un tiempo en el que abundan los combates entre machos para establecer la jerarquía sobre las hembras, un espectáculo que resulta especialmente teatral en el caso de las liebres.

Mi amigo Santos, pastor altanero por las parameras segovianas de Montejo de la Vega, me describió entonces las peleas de los machos de liebre como auténticos combates de boxeo. Alzados sobre sus cuartos traseros y situados frente a frente, los rivales se enfrentan con aspavientos y empujones como dos púgiles, lanzándose ganchos de izquierda y potentes derechazos al

pecho. El objetivo es amedrentar al contrario, humillarlo.

Y así me llevó a verlas. En un rincón de un trigal próximo al pueblo de Maderuelo un par de machos de liebre libraban ante nuestra atónita mirada una de las pugnas nupciales más aparatosas de la fauna ibérica.

Me decía Santos que eso era porque el perfume del tomillo mesetario se hace ahora más embriagador que nunca y que eso las excitaba y las volvía locas. *Mad as a march hare* (loco como una liebre de marzo), el famoso dicho anglosajón, obedecía a lo que estábamos viendo.

Pero más allá del espectáculo de las liebres, Montejo ofrece la posibilidad de disfrutar en la naturaleza durante buena parte del año. En otoño, la belleza de los colores palideciendo, esa lluvia amarilla que forman las hojas de los chopos cayendo a cámara lenta, los naranjas y rojos de los viñedos y esos dorados que solo encontramos en los paisajes castellanos, nos ofrecen un exhibición que bien merece una escapada. Por el contrario, las estaciones centrales son muy rigurosas, especialmente el invierno, cuando con los termómetros bajo cero y la ventisca barriendo los páramos resulta muy desapacible transitar por sus caminos.

## CAPÍTULO 12

# AMARILLO A LA GENISTA

Qué difícil resulta hacer otra cosa que no sea pasear por el campo cuando estalla la primavera. Personalmente, me cuesta horrores atender mis obligaciones y controlar el irremediable impulso de echarme al monte cuando, en las mañanas azules de finales de marzo, la luz ilumina más y el cielo brilla como acabado de estrenar.

Si está en una de esas mañanas, querido lector, no debería seguir leyendo el libro. No lo dude y siga mi consejo: ponga aquí el punto de libro, ciérrelo y salga ahí fuera a emborracharse de optimismo. Ábrase de orejas para escuchar los trinos de los pájaros y déjese llevar por su alegría. No hay mayor felicidad en la naturaleza que ver todo lo que es capaz de hacer con un poco de agua de lluvia y los primeros destellos de la primavera.

Salga ahí fuera y asista a la olimpiada de las flores. Verá como compiten unas con otras para acaparar la mirada de los insectos y alcanzar esa medalla de oro que es multiplicarse. Están especialmente hermosas las jaras: blancas o moradas, grandes o pequeñas; el matorral mediterráneo por excelencia adquiere rango de jardín tropical es estos días. Mas allá los dientes de león forman alfombras amarillas junto a los barbechos y entre los árboles han florecido los más nuestros: la encina, el alcornoque y el quejigo, entre otros.

También están en flor el escaramujo o rosal silvestre, el espino albar, el boj, el tomillo. En las praderas jugosas del Pirineo están brotando los lirios blancos y las gencianas azules: tan intensas que parecen neones encendidos en mitad de la hierba fresca. Ese semáforo fucsia que luce en mitad del encinar es una de las flores silvestres más bellas del mundo, es nuestra, tan autóctona como la jara, se llama peonía y, sabe, es mi flor favorita.

Hay muchas, muchísimas más por todas partes. Son tantas las que se abren a la primavera en estos días, y de tan diferentes tonalidades, que no

lograríamos pintarlas ni con una caja de mil lapiceros de colores. ¿De dónde sacará tanta acuarela la naturaleza?

Entre todos los colores de las flores primaverales quiero detenerme un momento a destacar el amarillo oro de las genistas o retamas: uno de los arbustos más elegantes de nuestras montañas, y más comunes, al que los científicos clasifican como *Spartium junceum*.

La genista tiene el don de la ubicuidad. Crece en abundancia junto a la linde de los caminos, en mitad del bosque, en los ribazos que separan los campos de cultivo, en los suelos desgastados de los páramos mesetarios, entre la verdura de la ribera de los arroyos, en los altos senderos de las montañas o a orillas del mar. Debido a ello, cuando cierro los ojos (como ahora mismo) para evocar a la primavera en flor, veo en primerísimo plano esas varillas verdes y metálicas salpicadas de largas uñas amarillas, que así son los ramilletes de genista. Y luego está su perfume.

No existe fragancia más sutil, aroma más refinado ni exquisito que el olor de la flor de la genista. Un olor que no embriaga, no arrebatara los sentidos, pero que a nadie pasa desapercibido. «Qué bien huele» —dice el paseante— y es por el aroma de la genista.

Una esencia tan suave y delicada que incluso teniendo sus modestas varillas en flor a menos de un palmo seguimos buscando de dónde viene y soñamos con poder capturarla, destilarla y enfrascarla para convertirla en nuestra fragancia personal y de ese modo oler uno como huele el campo en primavera.

Pero no cabe insistir en ello porque, como la del musgo tras la lluvia, no hay colonia en el mundo capaz de reproducir la esencia de la genista cuando amarillea en primavera: es mucho mejor salir al campo una mañana azul de abril y respirarla hondo, cerrando los ojos, que es como se respiran las emociones más intensas.

Puedo asegurar que en más de una ocasión, paseando una mañana azul de primavera por entre las genistas, he sentido uno de esos fogonazos repentinos de la felicidad en la naturaleza a los que intento acudir para compartirlos en este libro. Es un placer que nos permite descubrir el alto valor de lo silvestre y lo espontáneo para acceder a ella, a la felicidad, y descubrir, como descubre siempre el amante de la naturaleza, que no todo lo que nos hace felices se

puede pagar con dinero. Que, a menudo, algo en apariencia tan humilde como respirar hondo en el campo para aspirar los aromas del paisaje, puede ofrecer experiencias infinitamente más ricas que las que permitiría cualquiera otra cosa que se pague con dinero.

## CAPÍTULO 13

# BAJO UNA SOMBRA MILENARIA

Todos los amantes de la naturaleza sentimos veneración por los árboles monumentales. Ellos representan uno de los tesoros más preciados de nuestro patrimonio natural; entre otras cosas, porque son el testimonio vivo de nuestra historia. Y buena parte de esos monumentos vegetales son olivos.

En Horta de Sant Joan, una bellísima localidad tarraconense cuyos parajes sedujeron al mismísimo Picasso, se halla uno de nuestros olivos más ancianos. Y digo nuestros, porque con independencia de a quien pertenezcan las fincas en las que se arraigan, esos árboles monumentales son patrimonio de la humanidad. De toda la humanidad.

Montes de pino carrasco, laricio y silvestre escalonados por impresionantes riscos donde anidan las rapaces; ¡sotos fluviales con abundantes especies de ribera; encinares y alcornocales; peñas desnudas donde se leen las edades del planeta; fuentes de agua mineral que atraen a todas las faunas; parameras salpicadas de tomillo, romero y genista donde se perfuma el aire de primavera: así luce el libro de visitas de Horta de Sant Joan.

En un apartado rincón de este municipio de la Terra Alta, un sereno paraje mediterráneo rodeado de muros de piedra seca sobre los que cantan las alondras y por los que saltan las liebres, se alza el que para muchos es el abuelo de todos los olivos: un viejo ejemplar al que los lugareños llaman Lo Parot (algo así como «el padrazo»).

Aunque no se dispone de una datación exacta, algunos expertos afirman que este magnífico ejemplar podría llevar ahí alrededor de dos milenios. Veinte siglos acumulando sabias y dando forma a su anchuroso pie, un leño ajado que se alza de la tierra como una montaña en miniatura. ¿Imaginan todos los pasajes de la historia a los que ha asistido este padrazo del olivar?

Asusta pensarlo. Y asusta porque nos devuelve a nuestra efímera condición de humanos, nos redimensiona y hace que nos sintamos insignificantes a su lado.

Porque lo cierto es que los árboles monumentales, como los viejos olivos que crecen al sur de Tarragona, son los grandes patriarcas de este mundo. Con todo el respeto hacia quienes prefieren adorar otros símbolos, creo que es a estos patricios de la naturaleza a quien deberíamos mostrar la máxima devoción y guardar el debido respeto. Aunque solo sea porque, como dice mi admirado maestro Joaquín Araújo: «ellos son las únicas criaturas capaces de coquetear con la inmortalidad».

Sin embargo, en lugar de cuidar estas catedrales de savia y llevar allí a los niños para contarles su historia, ¿saben cuál es el principal destino que venimos dando a nuestros olivos centenarios? Venderlos, comerciar con ellos como si fueran un simple ornamento.

Ofrecérselos al mejor postor, a menudo de un país lejano. Amputarles las ramas, arrancarlos de cuajo de la tierra y amordazarlos sobre un camión para, lejos del paisaje que dibujaron durante siglos, convertirlos en atrezo de rotonda, ornamento de jardín o decorado de un centro comercial. Para los que adoramos a estos venerables ancianos de hoja cana no existe mayor sacrilegio.

Este abuelo del bosque mediterráneo es un olivo, un magnífico ejemplar de *Olea europea* perteneciente a una variedad desconocida hoy en día. Desde su trono del tiempo situado en ese bancal de las afueras del pueblo, el viejo olivo nos da testimonio de la perseverancia de la vida, desde el escalofrío de sus dos milenios de existencia y con su voluntad de seguir siendo.

Personalmente, debo confesarles que siento auténtica devoción por este árbol, y siempre que acudo hasta Horta de Sant Joan voy a visitarlo para, ante su anciana efigie de fusta, guardar silencio, rendirle honor y hacerme para dentro las mismas preguntas: ¿Quién te plantó ahí viejo Parot? ¿Fue quizá un íbero amante de las aceitunas, o acaso la mujer de un guerrero visigodo que molió durante años el aceite de tu fruto?

Cuando eras ya un viejo árbol de ramas altas y sombra ancha, entró Tariq por el estrecho para fundar Al-Andalus, y tu aspecto no debería ser muy distinto al de ahora cuando Colón zarpó hacia el nuevo mundo. Pero esas son

apenas algunas de las páginas de la historia que transcurrieron a la sombra de esta enciclopedia con forma de olivo milenario.

Resulta verdaderamente emocionante acudir ante la presencia de este o de cualquier otro de nuestros olivos monumentales para simplemente verlos, admirar su noble figura y dejar volar la imaginación sobre todo lo que ha podido ocurrir bajo su copa. Porque los viejos olivos son, además de unos bellísimos seres vivos, uno de los mayores tesoros de nuestro patrimonio histórico. Un tesoro que esta cada día más amenazado.

Hace años que los olivos milenarios de Andalucía, Extremadura, Cataluña o la Comunidad Valenciana se han puesto de moda en países del centro de Europa donde, tras ser arrancados de nuestros paisajes, acaban decorando una céntrica rotonda, el jardín de una mansión, el club social de un campo de golf o la entrada de una urbanización de lujo.

En los últimos años se han llegado a pagar hasta setenta mil euros por un olivo milenario, mientras que el precio de los que pasan del medio siglo puede alcanzar los diez mil. Por eso ante la grave crisis que azota al campo español muchos propietarios están desprendiéndose de estos tesoros para hacer frente a sus deudas. Pero hay alternativas para evitarlo.

En la comarca levantina del Maestrazgo se ha puesto en marcha el oleoturismo: una oferta que aúna naturaleza, cultura e historia y que favorece la venta del aceite obtenido de los olivos milenarios. La marca de calidad *Aceite de Olivos Milenarios* está triunfando en el mercado asiático y el estadounidense, lo que está sirviendo para dar a conocer la comarca y conservar los olivos monumentales con la comercialización de su finísimo aceite: un producto de alta gastronomía reservado a los paladares más sibaritas, y ello está disuadiendo a los propietarios de su venta como ornamento.

Algo a lo que (hay que reconocerlo) también ha contribuido la ley de Patrimonio Arbóreo Monumental de la Comunidad Valenciana aprobada hace unos años que veta el trasplante y comercio de olivos con más de trescientos cincuenta años o que superen los seis metros de perímetro en el tronco, los veinticinco metros de diámetro de copa o los treinta de altura.

En realidad, la producción de aceite milenario es poca, no más de seis mil litros por campaña de 2010, pero su efecto como imagen de marca de alta



calidad es muy interesante y está dando lugar a un oleoturismo que se complementa a la perfección con el turismo enológico y el gastronómico, y estos a su vez con el cultural y de naturaleza, configurando una oferta que permite disfrutar de la naturaleza con todos los sentidos.

Como los que se cultivan para la aceituna, los acebuches, asimismo llamados olivos silvestres (*Olea europaea sylvestris*), también tienen representantes entre los árboles monumentales. El Acebuche del Rocío, en el municipio del mismo nombre, en Huelva, es otra catedral vegetal hasta la que vale la pena acercarse para disfrutar del paso del tiempo en la naturaleza. La leyenda cuenta que fue sobre sus vetustas ramas donde se apareció «La Reina de las Marismas» o «La Blanca Paloma», como se conoce a la Virgen que aquí devotamente se venera desde hace casi ochocientos años. Se puede afirmar que probablemente sea el acebuche más grande y más viejo de todo el planeta.

Como viejo es el Carbayón de Valentín, un impresionante roble del que tenemos referencias en escritos históricos anteriores al descubrimiento de América. Crece a escasos metros de la capilla de San Pedro, en la localidad de Valentín, en el concejo de Tineo, en Asturias. Mide dieciséis metros y tiene un perímetro de diez.

En los pueblos castellanos era muy común la presencia de un gran olmo en la plaza mayor. Bajo él se celebraban juicios, juramentos, bodas y fiestas populares. Actualmente quedan muy pocos olmos por culpa de la grafiosis: una cruel enfermedad que petrifica su savia. Por culpa de ella los olmos de toda Europa, y especialmente los españoles, han visto diezmadas sus poblaciones en estos últimos años.

Buena prueba de su antaño imponente presencia son los olmos secos que aún se conservan en las plazas y parques de nuestros pueblos como ruinas vegetales. Pero la Olma de la Plaza, en la plaza del Ayuntamiento de Guadarrama (Madrid) todavía resiste. Con cerca de siglo y medio de vida y casi cinco metros de perímetro sus ramas, algunas muy bajas, siguen formando cada primavera una nutrida copa de hojas verdes que mudan al amarillo con la otoñada.

Aunque sin duda el más famoso de nuestros árboles centenarios es el Drago milenario de Icod de los Vinos, en el municipio del mismo nombre de

Santa Cruz de Tenerife. Su tronco tiene una enorme concavidad que se eleva hasta los seis metros de altura, una gruta vegetal a la que se accede por una puerta.

En el año 1985 se procedió a un profundo saneamiento y se instaló en el interior del tronco un ventilador para facilitar la circulación del aire y evitar la proliferación de hongos. En 1993, el ayuntamiento de Icod, desvió la carretera que pasaba a pocos metros del drago para no dañarlo. Según los expertos es posible que tenga más de mil años.

Existen muchos ejemplares de árboles milenarios pertenecientes a diferentes especies y repartidos por todos los rincones del planeta. Incluso nuestro viejo olivo de la Terra Alta se convierte en un adolescente del bosque si lo comparamos con Matusalén: el famoso pino de la especie *Pinus longaeva* que habita en el Parque Nacional de Inyo, en California, desde hace casi cinco mil años. Su valor patrimonial es tan elevado que hasta el Servicio Forestal de Estados Unidos mantiene en secreto su lugar exacto para evitar posibles ataques vandálicos.

Con unos siglos menos de diferencia tenemos a otro árbol milenario considerado como uno de los monumentos nacionales más importantes de Irán: el Ciprés de Abarqu (*Sarv-e Abarqu*) también conocido como *Zeroastrian Sarv*, en la provincia de Yartz. Fue plantado dos mil años antes de Cristo y actualmente tiene un perímetro de casi veinte metros.

Pero tanto el viejo Matusalén como el Ciprés de Abarqu son apenas unos adolescentes si los comparamos con un abeto rojo (*Picea abies*) censado en un bosque de Suecia que lleva en pie casi diez mil años y que está considerado como el ser vivo más viejo de la Tierra.

Convertidos en referentes vivos del paisaje, de la cultura y de la historia, honrar a los árboles monumentales con nuestra visita es otra excelente manera de rendir tributo a la naturaleza. Pero aún podemos ir más allá pues, como mi buen amigo Araujo, soy de los que considera que plantar árboles es la tarea más honorable que puede llevar a cabo un ser humano, ya que con cada uno de los que alojamos en el paisaje, estamos referenciándonos ante las generaciones venideras mucho más allá de nuestra efímera existencia.

## CAPÍTULO 14

# LA HORA VIOLETA

No somos conscientes de la belleza que puede llegar a alcanzar el tránsito de las horas en la naturaleza hasta que vivimos un anochecer en el campo, ese instante previo a la oscuridad, irreversible como pocos.

Me refiero al momento exacto en el que muere el día, especialmente si ha sido una larga jornada estival. Un día que hemos vivido con intensidad, cargado de emociones y de felicidad al aire libre, que sabemos inolvidable porque las emociones vividas ya han empezado a engarzarse en la larga cadena de nuestra memoria.

Un día que tal vez nos fue dichoso, pero que ya no lo será nunca más. Vendrán otros, probablemente sí, pero esa jornada no, porque se nos está yendo, mientras el cielo empieza a bostezar, como un puñado de agua entre las manos. Y es que consumado el devenir de las horas, que pronto serán minutos y finalmente segundos de luz, este día empieza a ser irreversiblemente ayer.

Pero antes de irse para siempre nos ofrece el mejor de los instantes, la mejor de las horas: la hora violeta.

La hora violeta es ese momento del atardecer en el que estamos a punto de perder el día sin que podamos siquiera dirigirle la palabra. Un momento postrero en el que cualquier afán por alargarlo es ya baldío. Y lo sabemos. Y nos emocionamos.

Las luces se precipitan definitivamente hacia el crepúsculo, el cielo deja de enrojecer y la naturaleza, el más brillante y audaz de los escenógrafos, cambia de decorado sin que apenas podamos percibirlo. Cae una tenue cortina de luz morada y ¡chas! en apenas unos parpadeos el día se va: ya está, ya es de noche.

Y se produce un cambio de escenario y de reparto en la obra que se

representa ahí fuera. Prenden las estrellas, entona su aflautada voz el ruiseñor, cantan los pájaros del cañizal, empiezan a croar las charcas y los grillos inician ese *allegro ma non troppo* que es su sinfonía monocorde. Silba el autillo, grita el mochuelo y los murciélagos empiezan a manotear el aire. La noche en la naturaleza es infinitamente más tumultuosa que el día.

Más allá de la novela de Montserrat Roig y el socorrido verso de T. S. Elliot, para los amantes de lo vivo, esta hora violeta es el instante mágico del campo (o el mar) en el que la corteza terrestre se acopla, como si fueran dos mitades de una misma caja, con la bóveda celeste.

Pero antes de fundir definitivamente a negro y solo por un instante, todo se convierte en un telón liliáceo. Durante apenas unos segundos el derredor se torna en un puré morado: cielo y mar, árboles y nubes, horizonte y camino, pueblo y cordillera. Es tanta la belleza de ese instante que no puede durar más de unos segundos. O no puede resistir.

Tengo guardadas en el baúl de la memoria algunas horas violetas fascinantes, vividas en diferentes lugares del mundo. Como la de la Cala de la Media Luna, en el Parque Natural del Cabo de Gata, o el cielo cárdeno reflejado en las Tablas de Daimiel, ese milagroso aguazal en mitad de La Mancha donde el cielo se acicala antes de irse a dormir.

La tarde morada en la dehesa de la Raña, en el Parque Nacional de Cabañeros, plagada de ciervos. La del Cabo de Cavallería en Menorca, la del Pla de la Calma, en el corazón del Montseny o la del mirador del Trabucador en el Delta del Ebro que es una de las horas violetas más bellas de la Península.

También tengo horas violetas mucho más lejanas, como la del atardecer morado cayendo sobre la barca en la que recorrí en silencio el lago Parikkala, en la Karelia finlandesa. El lento desmayo de la tarde (intensamente dorada antes de empezar a enrojecer) en las playas de Kuta, en el lejano mar de Bali. O la hora violeta en los cayos del norte de Cuba, donde el cielo y el océano se unen hasta fundirse.

Allí donde hay horizonte y perspectiva, allí donde la mirada se hace infinita, allí tenemos una hora violeta dispuesta a incorporarse a nuestra memoria. Si no fue la de ayer tal vez será la de hoy, o la siguiente. No hay que desesperar. Porque de lo que no cabe ninguna duda es que sucederá ante

sus ojos, como lleva sucediendo desde que esta maravillosa canica azul gira alrededor del sol. Solo es preciso que así lo quiera y que la busque, que decida vivir uno de los instantes de felicidad más íntimos que puede deparar el entorno, en la sola compañía de la naturaleza.

## CAPÍTULO 15

# TIERRA DE LOBOS

En las fiestas navideñas de 1982 me subí a un autobús de línea para, junto a los demás miembros del grupo juvenil de Adena (actual WWF) que habíamos formado un puñado de amigos, cruzar el norte de la Península en un larguísimo trayecto de 28 horas que nos llevó de Barcelona a Samos (Lugo). El esfuerzo merecía la pena: íbamos al encuentro del lobo.

Nos alojamos en la escuela del pueblo. Éramos una docena de jóvenes e inexpertos naturalistas pertenecientes a aquella generación de chavales a los que el recién desaparecido Dr. Félix Rodríguez de la Fuente inculcó el amor a la naturaleza y la admiración por el animal más fascinante de la fauna ibérica.

Una noche helada de luna llena salimos de caminata desde la aldea por una de las rutas que se adentraban en la montaña lucense. Tras varias horas pisando monte, cuando el frío y el cansancio empezaban a vencer nuestra voluntad, escuchamos un sonido jamás oído por ninguno de nosotros, un sonido que nos dejó petrificados y que todos interpretamos a la primera: el inconfundible aullido del lobo.

Al escuchar aquel himno de la naturaleza salvaje y tras superar los primeros instantes de emoción y asombro, la primera reacción que tuvimos, una reacción atávica que llevábamos impregnada en nuestra memoria ancestral, fue dar media vuelta y regresar corriendo al pueblo. Pero supimos controlarla, y tras reevaluar nuestra situación, la de un grupo de jóvenes e inexpertos naturalistas en mitad de la noche en el monte gallego, decidimos esperar y disfrutar de aquel instante mágico, casi sagrado para cualquier amante de la naturaleza.

Finalmente no conseguimos verlos. Los escuchamos, vimos algunos rastros, pero no vimos al lobo. Durante un par de días el carnívoro estuvo merodeando por las afueras del pueblo, donde identificamos más huellas y

señales. Las huellas de lobo son muy parecidas a las del perro pero si las estudiamos bien podemos anotar algunas diferencias: son más grandes, dedos largos y uñas muy marcadas.

Durante los días que duró nuestra estancia en Samos montamos guardias y salimos en grupos separados para intentar observarlo, pero nunca se dejó ver. Aunque debo confesar que me hubiera encantado llegar a verlo, en realidad fue lo de menos. Compartir su territorio, oír su voz, percibir su cercana presencia y temblar de emoción ante la mínima posibilidad de que apareciera, nos hizo amarlo más aún. Hay muchas formas de disfrutar en la naturaleza, y una de ellas es también el misterio.

Han pasado casi cuarenta años desde aquel viaje. Durante todo este tiempo he tenido la suerte y el privilegio de ver al lobo ibérico en varias ocasiones. El misterio se resolvió finalmente. Pero mi atracción hacia él no ha hecho sino ir en aumento.

Por eso, como todos los que amamos al lobo, sufro tanto la situación de conflicto que vuelve a rodear a este bellissimo animal. Un conflicto que nos hace retroceder hasta tiempos pasados, cuando se le persiguió hasta la extenuación y estuvimos a punto de perderlo para siempre.

En la mitad del siglo pasado, el gobierno de la dictadura franquista creó las siniestras Juntas de Extinción de Animales Dañinos y Protección a la Caza, más conocidas como Juntas de Alimañas. Un instrumento de extinción masiva al que, para mi desgracia, cito varias veces a lo largo de este libro, pues sus años de actividad representan el período más negro y más triste de la historia natural de nuestro país.

Con el concurso de los alimañeros, la dictadura franquista quiso aniquilar a todo animal salvaje que pudiera afectar los intereses de los cazadores o entrar en competencia con ellos por el usufructo de las especies cinegéticas, a las que consideraban propiedad privada.

Durante años, los alimañeros bajaban del monte portando los restos de los animales que habían sido clasificados como dañinos: zorros, lince, osos, nutrias, águilas y halcones, búhos, cuervos, urracas, serpientes; la lista casi no tenía final. Entregaban sus cuerpos o sus pieles en el ayuntamiento y a cambio recibían dinero, mucho dinero: sobre todo si se trataba de una loba.

En tal caso, no solo recibían dinero de las autoridades, sino que paseaban

el cadáver de la pobre loba por el pueblo, a menudo con sus cachorros también abatidos, y recibían todo tipo de parabienes de los vecinos que salían de sus casas a verlo: una ristra de ajos, una vuelta de chorizos, un saco de trigo, pan, aceite, sal o vino. El alimañero era el gran héroe, quien los había librado de aquel animal tan temido y odiado, al que las autoridades habían convertido en demonio con sus difamaciones y mentiras.

En el caso del lobo la persecución por parte de los alimañeros y los guardas de las fincas de caza fue tan brutal que a principios de los años setenta del pasado siglo el lobo ibérico estuvo a las puertas de la extinción. Algo que seguramente se habría producido de no ser por la entrada en vigor de una nueva Ley de Caza que, promovida y alentada por el famoso naturalista y defensor de los animales Félix Rodríguez de la Fuente, eliminó el concepto de alimaña y acabó con la figura del alimañero.

Fue Félix quien consiguió incluir al lobo en el listado de especies sometidas a control cinegético, algo que, aunque en muchos lugares de España no se respetó nunca, logró dar un cierto estatus de protección a la especie que, aunque muy bajo, permitió que empezara a estabilizarse y a recuperar lentamente sus poblaciones, hasta hoy. Pero el lobo no está a salvo.

Ahora empezamos a recoger los frutos de la valiente y decidida acción del amante de los animales que salvó a la especie sobre la campana de la extinción. Pero las amenazas al lobo siguen activas en el campo, pues sus enemigos no han dejado nunca de acosarlo, por desgracia algunos gobiernos autonómicos ceden demasiadas veces a su presión permitiendo batidas para cazar al lobo y diezmar las manadas en su territorio, incluso en el interior de algunos parques nacionales, lo que resulta un sinsentido.

Sin embargo, todavía cabe la esperanza. Al lobo le queda una gran oportunidad para seguir campeando por nuestra naturaleza, enriqueciéndola con su presencia, y esa oportunidad somos nosotros. Porque lo que está cambiando de manera inequívoca es la percepción social del lobo. Cada vez somos más los que defendemos la coexistencia entre pastores y lobos, apelamos a la convivencia y rechazamos los extremismos que tanto daño están haciendo al mundo rural y a la especie.

Es cierto que algunos territorios albergan una mayor presencia de manadas que otros y que eso puede dar lugar a desequilibrios que acaban pagando los



ganaderos. Pero la solución no puede ni debe pasar por matar al lobo, pues se ha comprobado que el establecimiento de cupos de captura puede provocar más daños, ya que la desestructuración de las manadas genera una mayor incidencia de los ataques al ganado.

Hay que apoyar al ganadero de montaña y buscar fórmulas eficaces para que la conservación de la especie no sea a costa de los pastores. Pero la solución no puede ser matar al lobo: la solución es el diálogo.

Los ataques a los rebaños suceden, es cierto, pero existen formas y maneras de hacerle frente que no pasan por erradicar su presencia a tiros sino en adaptarse a ella. Los pastores de las comarcas loberas llevan siglos conviviendo con el lobo defendiendo a sus rebaños con todo tipo de estrategias, desde el uso de cercados hasta el empleo de mastines: esos perros nobles y valientes que, con sus carrancas al cuello, cumplen a la perfección la misión de defender al ganado en caso de acecho. Hay que promover y apoyar estos métodos.

No obstante, junto a las medidas de autodefensa, es imprescindible que los gobiernos de las comunidades que albergan el mayor número de manadas dispongan de una política de indemnizaciones ágil y eficaz, destinando los recursos necesarios para identificar los verdaderos causantes del ataque y en todo caso subsanar el daño. Pero el lobo y el pastor tienen hoy en día enemigos peores, la mayoría comunes.

En los últimos tiempos, las noticias del ataque de los lobos a rebaños suelen aparecer a diario en las páginas de la prensa comarcal, a menudo con expresiones tan desafortunadas como «brutal ataque de una manada de lobos» o «los lobos se dan un festín». Sin embargo, luego se demuestra que los ataques han sido obra de un enemigo común: los perros asilvestrados, pero apenas se publican rectificaciones. Un síntoma más de la incompreensión y la injusticia con la que se ha tratado desde siempre al lobo en los medios de comunicación.

Hoy en día sabemos que el lobo vale más vivo que muerto. El lobo vivo es una alternativa de desarrollo local y una buena herramienta para hacer frente a la mayor amenaza que sufre nuestra naturaleza: el despoblamiento rural.

En los últimos años va tomando fuerza en las comarcas donde habita la especie una nueva forma de turismo de naturaleza: el turismo lobero. Una

actividad que, como ya ocurre con el oso pardo en la Cordillera Cantábrica, puede suponer una alternativa de desarrollo para la maltrecha economía rural de las comarcas loberas y que supone una de las mejores ofertas para disfrutar en la naturaleza, por lo que se la recomiendo vivamente.

La comunidad de Castilla y León es uno de los mejores destinos para disfrutar del turismo lobero, pues alberga más de la mitad de la población total de lobos españoles. El resto queda repartido entre Galicia, Asturias, Cantabria y la relictiva población andaluza de Sierra Morena. Los últimos censos estiman una población total que ronda los dos mil quinientos ejemplares, de los que en torno mil quinientos viven en las montañas castellano leonesas.

La Sierra de la Culebra, en la provincia de Zamora, acoge a buena parte de las ciento cincuenta manadas que viven en la comunidad. Su escarpada orografía da forma a un paisaje tan agreste como despoblado, en el que el amante de la naturaleza puede andar días y días sin toparse con una sola casa, ni cruzar una carretera o ver una torre de alta tensión. Gracias a esa ausencia total de presencia humana, la vida salvaje sigue evolucionando de manera completa, y sus quebradas y vallejos son el territorio favorito del gran carnívoro.

Con más de sesenta mil hectáreas de extensión, la Reserva Regional de Caza de la Sierra de la Culebra forma parte de la Red Natura 2000 de la Unión Europea, y junto a los espacios naturales que la rodean (el parque natural del Lago de Sanabria y el vecino parque portugués de Montesinho) da forma a una de las áreas protegidas más extensas de toda la península Ibérica, con una bien conservada masa forestal y una biodiversidad muy rica, en la que abundan el ciervo y el corzo, todo tipo de carnívoros, gran variedad de rapaces y una enorme multiplicidad de especies botánicas de alto interés.

Pero el protagonista absoluto de la Culebra es el lobo. Aquí, como en todos los territorios que habita, la manada está formada por entre ocho y diez ejemplares dirigidos y dominados por un macho alfa al que todos muestran obediencia. De ese modo cada clan está regido por una estructura jerárquica perfectamente establecida, y cada manada tiene su territorio, que suele ocupar unos cien kilómetros cuadrados. Un mosaico de propiedades privadas que, por norma general, todos respetan para evitar el conflicto.

Pero a pesar de su relativa abundancia ver al lobo es realmente difícil, por eso la mejor manera de disfrutar de la naturaleza del lobo, de sus territorios de campeo, sus montes despoblados y sus solitarios paisajes es acudir al Centro del Lobo Ibérico «Félix Rodríguez de la Fuente», ubicado en la pequeña localidad de Robledo de Sanabria, perteneciente al municipio de Puebla de Sanabria.

Con más de veinte hectáreas de superficie, este equipamiento lúdico y educativo es el destino ideal para poder disfrutar de la observación de lobos ibéricos en condiciones de semilibertad que, procedentes de centros de recuperación y siendo imposible su retorno a la naturaleza, cumplen aquí una formidable labor educativa y de concienciación, habitando el mismo entorno que pueblan las manadas en libertad.

Además, el centro cuenta con un museo dedicado a la biología y las costumbres del lobo, una moderna, confortable y bien equipada instalación donde se pueden adquirir muchas enseñanzas sobre la especie, así como sobre la relación del carnívoro con las gentes que pueblan y han poblado la comarca a lo largo de la historia.

Por todo ello, me permito recomendar al lector que haga una escapada hasta Puebla de Sanabria para disfrutar de esta bellísima localidad, conocer su historia, admirar la belleza de su famoso lago, deleitarse con la potente gastronomía sanabresa y acercarse al Centro del Lobo Ibérico para disfrutar en vivo y en directo del animal más fascinante de nuestra naturaleza y recordar la gran labor de Félix Rodríguez de la Fuente, a cuya memoria está dedicado el centro, y que siempre defendió la coexistencia entre ganaderos y lobos.

## CAPÍTULO 16

# TAMBORES DE PAZ EN EL BOSQUE

A Charles Darwin le encantaba adentrarse en las arboledas para trenzar sus pensamientos bajo las copas de los árboles, lejos de sus muchos otros quehaceres. «Deleite es poco comparado con el sentimiento que asalta al naturalista cuando pasea por el bosque» llegó a escribir.

Como Thoreau, al que acudo en otros capítulos para expresar con mayor acierto mi admiración por la naturaleza, el padre de la teoría de la evolución consagró gran parte de su vida a disfrutar de la naturaleza en el bosque y, según el mismo indicó, fue emboscado donde consiguió hilvanar buena parte de la que, compartida con Wallace, sería la obra más importante de todos los tiempos.

Tanto si nos acercamos para estudiar su comunidad biológica como para disfrutar de su sola existencia, el bosque nunca defrauda. Pasear por el bosque, como escribió Darwin, es el mejor pasatiempo para el amante de la naturaleza. El espectáculo allí está garantizado y las funciones se suceden constantemente durante todos los días del año. Solo hay que abrirse de orejas, mantener limpia la mirada y permanecer atentos.

Pronto aprenderemos que cada personaje cumple con su guión en la escena del bosque. Desde el musgo y los helechos, que retienen la humedad y fijan las sales minerales, hasta el oso pardo, que señorea por la frondosidad del hayedo elevando la biodiversidad forestal a su más alta categoría. Pero al descifrar la trama de la comunidad forestal caeremos en la cuenta de que los árboles son los grandes artífices de la vida en el bosque.

Ellos dictan lo que crece a sus pies y son los encargados de diseñar buena parte del entorno, creando zonas de umbría y de secano, dando lugar a hábitats diferentes que albergan a su vez biotopos específicos: los hayedos se cubren los pies de musgos, helechos y bayas, las encinas forman fértiles

dehesas, los robledales se visten de líquenes, las pinedas se pintan de níscalos cuando septiembre viene lluvioso.

Pero la atracción por lo que se mueve, por aquello que consideramos erróneamente más vivo, es la que crea mayor afición a salir al bosque. Y lo cierto es que desde el invertebrado más diminuto hasta el mamífero salvaje de mayor envergadura, la fauna es uno de los protagonistas destacados de las arboledas, por lo que las posibilidades de toparse con algún animal son mucho más altas aquí que en otros ecosistemas.

Su observación, eso sí, va a requerir de mucha paciencia y cierta destreza por nuestra parte, ya que las opciones de escondite para las criaturas del bosque, especialmente para las más diminutas (reyezuelos, musarañas, hormigas, topillos o ranitas, entre muchísimas otras) son tantas que el factor suerte determina en buena medida la posibilidad del encuentro con los emboscados: casi siempre súbito y en todo caso fugaz.

La musarañita o musgaño enano por ejemplo —al que cito en otro capítulo— es, con dos centímetros de longitud y apenas un par de gramos de peso, tan pequeño que se podría ocultar perfectamente en la cáscara de una nuez. Se trata de una de las criaturas más comunes de la espesura forestal, pero resulta casi invisible. Su pequeño tamaño hace que, si permanece quieta, localizarla entre la espesura sea tan complicado como hallar una aguja en un pajar.

Para nuestra suerte, eso no suele ocurrir, pues al carecer de estómago tiene una voracidad terrible y anda todo el día removiendo escandalosamente la hojarasca seca en busca de algo que llevarse a su diminuta boca. Ese ruido la delata.

Pero localizar al mamífero más pequeño del planeta no es el único reto que nos plantea el bosque a quienes acudimos para disfrutar de su fauna. También vive el pájaro más pequeño de Europa, el reyezuelo, y muchos otros animales minúsculos. Ante tamaña complejidad la mejor ayuda es disponer de unos sentidos bien despiertos. Un buen oído, una aguda visión y una rápida capacidad de interpretación resultarán las herramientas más útiles para disfrutar en la naturaleza forestal.

Especialmente necesario es permanecer atentos a los sonidos, como el de la musarañita rebuscando a sus presas en la hojarasca, o el de los pájaros

carpinteros con sus tambores de paz al repicar los troncos.

Este grupo de aves, exclusivamente forestal, debe el nombre a su común afición por trabajar la madera de los árboles para diferentes menesteres. Una afición que también los delata. Agujerean los troncos para buscar alimento o instalar el nido, hacen muescas para clavar los frutos secos y lograr abrirlos o levantan la corteza para capturar los insectos xilófagos que viven bajo ella. Y todo ello a ritmo de repiqueteo (*tac-tac-tac*) o de tamborileo (*trrrrr-trrrrr-trrrrr*).

Enramados o enroscados al tronco, rara vez abandonan los árboles para posarse en el suelo del bosque, por lo que ese sonido que producen al repicar el tronco y que resuena por toda la arboleda es la mejor pista para localizarlos. Si permanecemos atentos lograremos escucharlo.

Entre los pájaros carpinteros más abundantes están los representantes de la familia de los picos: un género que agrupa a varias especies de diferente tamaño y similar plumaje. El más abundante de todos es el bellísimo pico picapinos. Resulta muy fácil de diferenciar de otros carpinteros por los tonos de su plumaje. Las partes dorsales, la cola y el píleo (que es como los ornitólogos llamamos al casquete superior de la cabeza) son de un brillante color negro.

Tono que contrasta con el de los hombros, las mejillas y las partes inferiores de su plumaje, de un blanco níveo. Las mullidas plumas cobertoras que muestran bajo la cola son de un color rojo fuego, que destaca como un semáforo y se repite en la nuca en el caso de los machos.

El pico largo y robusto y la cola muy rígida y apuntada es una característica que comparte con todos los otros pájaros carpinteros. El picapinos vive en todo tipo de arboledas: desde pinares a bosques de coníferas, incluso resulta frecuente en los parques y jardines con árboles. Suele elegir árboles altos, siendo muy común en choperas y alamedas. En la península se distribuye preferentemente por la mitad norte, desde los pinares del litoral hasta los abetales de la alta montaña.

Mucho mayor que el pico picapinos y tan abundante como este, el pito real, es otro de los pájaros carpinteros fáciles de localizar por sus diferentes sonidos. Tiene un plumaje completamente distinto, de un color general verde oliváceo en el que destaca el obispillo (perdón, que nadie se ofenda: es como

se denomina la parte donde empieza la cola) de un llamativo amarillo vivo y un casquete a modo de gorra de color rojo. Las bigoterías son también rojas en el caso del macho (negras en la hembra). El joven tiene el plumaje igual pero finamente moteado de negro: como si se tratará de una especie de acné juvenil.

Como el resto, se trata de un pájaro trepador, exclusivamente ligado al bosque, aunque esta especie resulta más común que el resto en zonas de campo abierto, donde tiene predilección por martillar los postes de teléfono, provocando un sonido que se escucha a mucha distancia. Muy común en encinares y pinedas de toda la península. Raro en la alta montaña. Su tamborileo es muy potente y cuando se desplaza de un árbol a otro emite un característico reclamo, muy potente, semejante a un relincho de caballo o una risa histriónica.

Y por último está el pito negro. Este bello pájaro carpintero, el más grande de Europa, es a su vez el más raro y difícil de observar de todos ellos. Aunque también es el más fácil de identificar, pues luce un elegante plumaje completamente negro, un negro azabache en el que destaca el píleo rojo del macho, que en la hembra es apenas un mechón trasero.

Cuando vuela en el interior del bosque emite uno de los reclamos más característicos entre las aves forestales: un *cru-cru-cu* que resulta penetrante y lúgubre, ciertamente intimidatorio para quien no lo conoce y que puede oírse desde muy lejos, especialmente en días de niebla.

Especie rara y muy amenazada, su área de distribución se circunscribe a determinados bosques de los Pirineos, la Cordillera Cantábrica y la Sierra del Guadarrama, donde elige arboledas viejas cuyos troncos recorre afanosamente en busca de las larvas de los insectos perforadores y otros parásitos de los árboles. Las yemas y los brotes tiernos completan su dieta. Como otros pícidos, suele abrir grietas en el tronco para clavar en ellas los frutos secos que encuentra en el suelo y abrirlos a picotazos.

Si al caminar por un bosque del norte tropieza con un tronco forrado de cáscaras vacías, no crea que algún gracioso ha querido «tunear» el árbol con restos de frutos secos, es que está paseando por el territorio de un pájaro carpintero. Para localizarlo ya sabe: permanezca atento a los tambores de paz.

## CAPÍTULO 17

# CRIATURAS GALÁCTICAS

Mientras a la mayoría de la gente les provocan pánico, los amantes de la naturaleza sentimos una atracción irresistible por los insectos de gran tamaño: en mi caso soy capaz de pasarme largas horas estudiando su evolución, disfrutando de la perfección de sus formas, de esos movimientos casi electrónicos que los emparentan más con los robots que con los seres vivos. Pero no somos los únicos a los que fascinan estas sofisticadas criaturas.

Dicen que George Lucas, el cineasta creador de la saga *Star Wars*, sabedor del horror que producen los insectos en la mayoría de la gente, se inspiró en estos para diseñar las criaturas galácticas que aparecen en sus películas, y que en ese viaje de descubrimiento quedó fascinado ante las formas pretéritas de uno de ellos en concreto: la mantis religiosa o insecto de Santa Teresa.

La familia de los mántidos guarda una estrecha relación genética con las tradicionales cucarachas, unos insectos no menos fascinantes de los que hablo en otro capítulo del libro. Con ellas comparten orden de clasificación, pero poco más, pues existen notables diferencias que alejan a unos de otros en cualquier semblanza. Las dos principales son el descomunal tamaño de las patas delanteras y del cuello de la mantis, al que los entomólogos llaman prototórax.

Precisamente estas dos características morfológicas le valieron su nombre científico, uno de los más populares entre los insectos. Si tenemos ocasión de observar a una mantis religiosa en su entorno natural, comprobaremos que su postura favorita consiste en sostenerse alzada sobre sus extremidades posteriores mientras levanta las patas anteriores y las mantiene dobladas justo frente a su cara. Esa postura se asemeja asombrosamente con la que guarda una persona al rezar, de ahí el nombre que el naturalista Linneo eligió a la hora de clasificar a la especie.



En su largo camino evolutivo hacia la especialización, este singular insecto ha concentrado sus esfuerzos en dotarse de unas herramientas perfeccionadas en el arte de matar. Su aspecto es inconfundible. De color verde, que tiende hacia el marrón a medida que envejece, tiene la cabeza extraordinariamente pequeña, oblicua, en la que destacan sus ojos horizontales, muy abultados. Las patas delanteras son asombrosamente grandes y acaban en unas poderosas garras dentadas. La hembra puede llegar a ser hasta tres veces mayor que el macho.

La mantis es un animal carnívoro que se alimenta de otros insectos: moscas, avispas y abejas, grillos, saltamontes, mariposas, libélulas. No hay presa entre quienes la rodean que pueda librarse de su voraz apetito. Incluso la potente coraza quitinosa del ciervo volante (insecto no menos espectacular al que me referiré más adelante) sucumbe a la potencia de las afiladas mandíbulas de la mantis.

Para capturar a sus presas se vale de su capacidad de mimetismo. Según algunas observaciones de campo, la mantis caza al rececho, parapetada entre la vegetación, con la que logra confundirse gracias a su color. Cuando ve lo suficientemente cerca a su presa da un salto y aparece de súbito ante ella, que queda paralizada de terror.

Y es aquí cuando empieza el ritual que ha envuelto a este maravilloso insecto en una leyenda de misterio. Porque una vez frente a su víctima la mantis inicia una serie de movimientos en lo que podría aparentar un extraño ritual, mezcla de danza y encantamiento. Sin embargo, esta macabra coreografía cumple una función muy concreta: paralizar de miedo a la víctima, hipnotizarla para que, antes de que reaccione, desplegar de manera violenta sus patas delanteras y atraparla para llevársela a sus poderosas mandíbulas y empezar a comérsela, generalmente por la cabeza.

De tal modo se alimenta de otros insectos: moscas, avispas y abejas, grillos, saltamontes, mariposas, libélulas. No hay presa entre quienes la rodean que pueda librarse de su voraz apetito. Incluso la potente coraza quitinosa del ciervo volante sucumbe a la potencia de las afiladas mandíbulas de la mantis.

Además de su forma de cazar, otro de los aspectos en la etología de la mantis que la ha convertido para muchos en una criatura terrorífica está

relacionado con su reproducción, en concreto con todo lo que rodea a su parada nupcial. No en vano la hembra de la mantis está considerada como una de las amantes más peligrosas del reino animal. Y es que la cópula de la mantis concluye de una manera... podríamos decir que ciertamente insólita.

Como ya he apuntado, el tamaño de las hembras llega a ser en algunos casos casi el triple que el de los machos, por lo que durante el apareamiento se produce una situación de indefensión que alcanza tonos de tragedia cuando, en un caso de canibalismo que se repite también entre las arañas (como en la viuda negra), la hembra recién fertilizada sacia su necesidad inmediata de proteína devorando ni más ni menos que al propio macho.

De ese modo después de cumplir con el mandato genético de la reproducción, un mandato que impera de manera hegemónica en todo el reino animal, el consternado cónyuge, pese a los servicios prestados a la especie, acaba sirviendo de almuerzo a su ansiosa pareja.

Tal vez algunos lectores puedan apreciar una cierta dosis de sadismo en el comportamiento de la mantis, o acaso una cierta recarga narrativa a la hora de describir su comportamiento, pero no es eso lo que he querido buscar en este caso.

Para empezar, los recursos literarios son tan solo eso: aderezos para dotar al relato de una mayor tensión. No resultaría aceptable, desde el punto de vista científico, atribuir a los animales condiciones propias del ser humano. Quienes nos interesamos por el resto de seres vivos debemos aceptar con naturalidad lo que es propio de la vida animal y no atribuirles connotaciones ajenas a su comportamiento, que está regido exclusivamente por las leyes de la supervivencia.

Junto a las mantis, otro género de insectos que llama la atención por su belleza galáctica es el que agrupa a las diferentes especies de libélulas y caballitos del diablo que sobrevuelan las charcas y los arroyos.

Recuerdo nítidamente una jornada de campo de hace unos años en el Parque Natural de las Lagunas de Ruidera, provincia de Albacete, en la que me vi rodeado de estos insectos de cristal que caían como helicópteros sobre los nenúfares y las lentejas de agua. Las libélulas poseen dos pares de grandes alas (élitros) largas y rectas que pueden mover de manera

independiente. Gracias a ello pueden volar hacia atrás, ascender o bajar en vertical y permanecer durante largo tiempo suspendidas en el aire o batir records de velocidad. La libélula es uno de los insectos voladores más rápidos que existen. Algunas especies pueden llegar a superar los cien kilómetros por hora gracias a la potencia de sus élitros y su diseño aerodinámico.

Ningún creador de cine fantástico, ni el mismísimo George Lucas, podría haber diseñado una criatura más sorprendente que ellas. Como la gran libélula emperador (*Anax imperator*), que con sus ocho centímetros de longitud y doce de envergadura (de punta a punta de élitro) es la más grande de Europa y una de las especies más espectaculares del planeta.

Pero si la sola visión de una libélula suspendida en el aire, como un helicóptero, ya resulta sorprendente, todavía lo es más observar el apareamiento de estos insectos. Y es que las libélulas acostumbran a copular en el aire, unidas por el abdomen como si fueran una rosquilla con alas, verlas volar de esa manera es algo increíble.

Habitantes exclusivas de los ecosistemas acuáticos, las libélulas desarrollan un papel fundamental como predadores naturales de los mosquitos, manteniendo sus poblaciones a raya. Además, las libélulas no pican jamás, no transmiten ninguna enfermedad ni causan daño alguno a los cultivos; por todo ello debemos respetarlas y disfrutar de su presencia desde la más absoluta relajación, algo que para muchos es imposible por ese temor a los insectos gigantes.

Un temor que se convierte en verdadero ataque de pánico cuando el que aparece en escena es nuestra última criatura galáctica: el ciervo volante, a quién los naturalistas aficionados llamamos cordialmente Lucanus por su nombre científico (*Lucanus cervus*).

Los machos pueden llegar a rondar los diez centímetros de longitud, es decir, más de lo que miden muchos pájaros. ¿A qué viene tanta exhibición de poderío? Pues como en muchos otros casos en la naturaleza se trata de un farol, de una estrategia evolutiva con la que ha conseguido hacerse el fanfarrón frente a las hembras y restarse un montón de enemigos entre sus predadores naturales que huyen ante su imponente presencia como lo hacen la mayoría de seres humanos. Sobre todo si aparece volando y emitiendo su famoso zumbido ciertamente inquietante.

Pero en realidad el pobre Lucanus, con esas espectaculares mandíbulas astiformes que lucen los machos y con esas formas de criatura galáctica que lo emparentan con el alien de la *Nostramo*, es uno de los insectos más inofensivos del bosque, absolutamente inocuo para el ser humano.

Este espectacular coleóptero, cuyas poblaciones han sufrido una acentuada caída en los últimos años hasta situarlo al borde de la extinción, está considerado por muchos entomólogos y amantes de la naturaleza en general, incluido quien escribe este libro, como uno de los animales más bellos de la fauna ibérica.

Es el mayor escarabajo europeo. Exclusivamente crepuscular, puede realizar vuelos cortos para desplazarse por su territorio. Pese a que los conocemos por su fase adulta, cuando adquieren este aspecto no suelen vivir más de dos o tres semanas, mientras que las larvas pueden llegar a vivir hasta cinco y seis años y alcanzar los veinte centímetros de longitud antes de enterrarse y pasar a la fase de ninfa, generalmente en el suelo cercano a un viejo tocón o un árbol caído de cuya madera se ha venido alimentando. Los adultos, aunque se desarrollan en otoño, suelen permanecer enterrados para echar a volar en las noches templadas de junio y septiembre.

La situación que atraviesa este bello coleóptero, cuyo hábitat característico lo constituyen los bosques maduros de encinas y robles, es tan delicada que algunos expertos no dudan en situar su más que probable desaparición para antes de final del siglo XXI. Por eso, tanto en España como en el resto de Europa, está siendo sometido a un programa especial de seguimiento que incluye medidas especiales de conservación, tanto para el escarabajo como para su entorno, pues sin bosques maduros no hay Lucanus y los bosques maduros son uno de los hábitats más amenazados de todo el planeta.

Hace unos años que no me encuentro con él. La última cita que recogen mis cuadernos de campo fue en un robledal de Navarra, una hembra que entró por la ventana abierta de mi habitación en una casa rural del Valle del Roncal donde pasaba un verano. Lo que en otros habría provocado un ataque de pánico y un intenso bombardeo de objetos sobre el indefenso insecto, en mi caso me causó una gran emoción que provocó que llegase tarde a la cena prevista en el pueblo.

Pero cada vez que veo una de sus fotos no puedo dejar de recordar la

ocasión en la que asistí a una pelea entre dos machos sobre un tocón en el interior de un encinar del parque natural de la Serra d'Espadà, en la provincia de Castellón. Aquellos escarabajos puestos en pie, con las mandíbulas entrecruzadas, simulando una batalla de colosos en miniatura, me brindaron uno de los mejores momentos que disfrutado en la naturaleza. No exagero.

El ciervo volante es una auténtica maravilla de la evolución, una obra de arte de la madre naturaleza que decidió darse un tiempo para diseñar en él a un ser vivo fantástico. Pero es que además de su belleza se trata de todo un bioindicador de calidad ambiental, pues su existencia está ligada al mantenimiento de esos viejos bosques autóctonos, encinares, robledales o quejigales (entre otros) por los que tanto nos gusta perdernos, de manera que, una vez más, no se trata tan solo de lo que es, sino de lo que representa.

Por eso salvar al *Lucanus* y al resto de especies saproxilófagas —que es como los entomólogos llaman a los insectos que se alimentan de la madera caída en los bosques— es salvar a nuestras arboledas más características, de ahí que todos los esfuerzos que se lleven a cabo para conseguirlo sean pocos.

## CAPÍTULO 18

# PÁJAROS DESDE EL BALCÓN

Desde que alcanzo a recordar, siempre he sentido una incontenible atracción por la observación de las aves silvestres. Siendo tan solo un niño tomaba anotaciones de los pájaros que habitaban en el patio interior del bloque de viviendas en el que vivía. Era una escandalosa y alegre colonia de gorriones comunes a la que seguía desde la ventana de mi cuarto para, armado de paciencia y cuaderno en ristre, anotar las características de su aspecto y su comportamiento.

La cosa fue a más cuando los Reyes Magos me trajeron unos prismáticos. Gracias a aquellos vetustos largavistas que todavía conservo y con los que sigo saliendo al campo de pajareo, me convertí en ornitólogo. Y lo hice observando a las especies más próximas, las que visitaban mi barrio o criaban en aquel entorno urbano en apariencia tan cartesiano y hostil. Solo con las que veía desde mi balcón conseguí llenar varios cuadernos de campo.

Las aves urbanas han atraído desde siempre la mirada y la atención del ser humano, aunque no siempre para bien. Hace unos años leí una curiosa historia sobre los habitantes de las ciudades de la antigua Roma y los pájaros. Al concluir los populares torneos de vigas y cuadrigas, que despertaban una pasión entre los romanos como la que hoy genera el fútbol entre sus aficionados, los seguidores de los vencedores se encaramaban a los tejados de las casas y capturaban a las golondrinas para teñirles las alas con los colores del equipo vencedor y volverlas a soltar sin causarles ningún daño.

De ese modo, cuando las aves volvían a sus cuarteles de invierno en las provincias africanas, los legionarios desplazados hasta allí vitoreaban el nombre del campeón al observar su paso y comprobar el anuncio que portaban pintado en las alas.

Más allá del vínculo que une la observación de los pájaros con nuestra

propia historia, un lazo del que podríamos dar muchísimos más testimonios, lo cierto es que la contemplación de las aves silvestres siempre ha sido una de las principales aficiones del ser humano. Una afición que, como vengo recordando a lo largo de todo el libro, mueve hoy en día a millones de turistas por todo el mundo para disfrutar en la naturaleza con la observación de los pájaros.

Pero para practicar la popular afición por la ornitología no es necesario realizar grandes desplazamientos ni emplear sofisticados equipos de observación. Basta con adquirir unos buenos prismáticos de inicio, de los que hoy en día hay una alta variedad a un módico precio, una guía de identificación de aves cómoda y manejable, un cuaderno de anotaciones y sentarse en el balcón, terraza o jardín para observar a las aves que nos visitan.

Si pone un comedero y un bebedero conseguirá atraerlos, y si tiene la suerte de acertar con la colocación de una caja nido y además le crían vivirá una de las aventuras más fascinantes de la naturaleza: la aventura de la vida.

Por eso me permito invitarle a poner en práctica la afición por la ornitología disfrutando de su entorno más cercano: desde la terraza o el balcón. Y que promueva esa afición entre los niños, pues además de pasar unas divertidas jornadas de pajareo sin salir de casa, fomentará en ellos el amor y el respeto a la naturaleza y hasta, quién sabe, incluso les ayudará a rescatarlos de la realidad virtual de las redes sociales a las que permanecen todo el día enganchados.

La construcción e instalación de cajas nido con la ayuda de los niños puede ser una práctica divertida y educativa, ideal para realizar en casa con la participación de toda la familia. Con la colocación de cajas nido podemos asegurar la presencia de los pájaros en nuestro entorno, a la vez que desarrollamos una verdadera lucha biológica contra los parásitos de nuestros árboles.

Los nidales artificiales suelen ser ocupados principalmente por los pequeños pájaros insectívoros, criaturas sumamente frágiles (algunas de ellas no alcanzan los quince gramos de peso), inquietas y asustadizas, que permanecen ocultas entre las copas de los árboles y la maleza de los setos. Su presencia es de gran ayuda para el control biológico de las plagas forestales, como la procesionaria del pino, las orugas de la encina y el roble o los

gorgojos perforadores.

Actualmente, estas aves están amenazadas por el uso generalizado de plaguicidas, y resultan víctimas fáciles de escopeteros y pajareros, sufriendo el más sistemático y permanente de los exterminios. Estos pajarillos confiados encuentran en bosques y jardines su área de cría idónea y no eluden la presencia humana, sabedores de que junto a nuestros hogares pueden asegurarse el bocado cuando, al llegar la época de cría, es apremiante asegurar una buena alimentación.

Para iniciar la construcción de cajas nido es necesario proveernos de tablones de madera (no conglomerado) de un centímetro de grosor, herramientas de carpintería y alambre grueso. Necesitaremos alguna herramienta sofisticada como una perforadora o taladro circular para realizar el orificio de entrada, pero si no es posible, procederemos a abrir esa salida a golpe de cincel y martillo. Justo debajo debemos clavar una tablilla que hará de posadero para los padres.

El tamaño debe ser rectangular; alrededor de quince centímetros de base por veinte de altura. Encajaremos los lados sin emplear colas ni pegamentos porque intoxicarían el interior. A la hora de colocarla elegiremos una rama consistente que no se balancee con el viento. Situaremos la entrada al este para que los rayos de sol matinales entren en el interior, inclinaremos levemente la base hacia atrás para facilitar la llegada en vuelo de los adultos y procuraremos que ninguna rama conduzca directamente a la entrada, para evitar que un predador expoliese la caja.

La colgaremos mediante la confección de ganchos de cable grueso abrazados a la rama y sujetos a la caja con un clavo de aro, a unos tres o cuatro metros de altura. El lugar ideal para colocar la caja nido es nuestro propio jardín, aunque también la podemos instalar en un parque público o en un bosque cercano.

También podemos promover actividades de construcción y colocación de nidales en la escuela, el club deportivo o en la agrupación del barrio. Situarlas por los montes más cercanos, disfrutar con su seguimiento y ayudar a herrerillos, carboneros, petirrojos y el resto de aves insectívoras que tantos beneficios nos procuran.

Es indescriptible la satisfacción que se siente una mañana de mayo



cuando, al acercarnos al árbol que elegimos para instalar el nidal, oímos el reclamo bullicioso de los pollos saliendo de su interior y vemos llegar a la madre con una oruga en el pico. En ese momento entenderemos lo mucho que podemos hacer por conservar la vida de estas pequeñas criaturas y nos sentiremos tremendamente orgullosos de haber facilitado el inicio de la aventura de la vida.

Otra variedad de nidal que está adquiriendo una tremenda fuerza en los últimos tiempos son las jardineras de los balcones y ventanales. En muchas ciudades se está produciendo una sorprendente colonización de las jardineras por dos de las aves urbanas más bellas que existen: el halcón peregrino y el cernícalo común.

La afición de ambas especies por criar en las jardineras permite asistir a todas las fases de desarrollo de estas extraordinarias rapaces, desde la puesta hasta el abandono de los pollos el día que echan a volar, en vivo y en directo desde detrás de las cortinas de la ventana o el balcón. Créame si le digo que no existe documental de televisión que se pueda comparar con esta maravillosa proeza. Pero hay muchas maneras de disfrutar observando a las aves y a la vez ayudarlas.

Si vivimos cerca de una arboleda, en los días que hiele o nieve, bastará con colgar una simple bolsa de malla con unos cacahuets pelados y atraeremos rápidamente la presencia de carboneros y herrerillos. Al petirrojo en cambio no le gusta colgarse al estilo funambulista como sus primos los páridos. Él prefiere los comederos de base firme.

Una tabla recuperada de una vieja caja de vinos con unas cantoneras para evitar que se caiga la comida, o la base de una garrafa vacía recortada a dos dedos de la base pueden servirnos de improvisado comedero. Eso sí, deberemos colocarlo en un lugar bien visible y fuera del alcance de los gatos, no vayamos a construirles el comedero a ellos (lo cuento por una dramática experiencia)

Si vamos aportando regularmente las migas del mantel o los restos de cereales del desayuno nos aseguraremos la presencia instantánea de los bulliciosos y beligerantes gorriones, que andan todo el día a picotazos por establecer la hegemonía sobre el comedero y dictar quién puede y quién no alimentarse con el grupo. Puedo asegurar que los combates entre estos

fringílidos (género al que pertenecen y que comparten con jilgueros, verdicillos o pinzones, entre otros) son espectaculares.

En cambio, si colocamos una fruta abierta no tardará en acudir uno de los pájaros más elegantes de cuantos podemos observar desde el balcón: el mirlo.

Esta especie, muy común en los parques y jardines urbanos, es inconfundible por su gran tamaño y elegante aspecto: especialmente el macho de color enteramente negro azabache y con el pico naranja vivo. La hembra es igual de forma y tamaño pero con el plumaje marrón oscuro. Canta tan bien que hasta se le escucha en un disco con los Beatles: el famoso Blackbird que comparte estribillo con Paul McCartney en la bella balada del mismo nombre.

Pero la presencia del mirlo no genera las mismas simpatías que el resto de pájaros de balcón. La causa es su costumbre de acudir a las macetas para hacer lo que mejor saben: hurgar la tierra húmeda a picotazos en busca de lombrices, gusanos e insectos que viven enterrados bajo ella. Como consecuencia, dejan todo perdido de tierra y pueden llegar a dañar la planta. Por eso mucha gente busca remedios para disuadirlos de sus visitas.

En cualquier caso, si nos sentimos afectados por ello, no debemos recurrir a medidas de acoso contra el pobre pájaro. Bastará con cubrir la tierra del tiesto con una fina capa de gravilla o de cualquier otro tipo de piedrecillas que permitan el riego; de ese modo el bonachón del mirlo no podrá picotearla.

Existen muchas más opciones para atraer la presencia de las aves silvestres y poder disfrutar de ellas en plena libertad, como la de atravesar unos cuantos cacahuets con cáscara de un alambre y colgarlo de una rama. A los páridos (carboneros, herrerillo y otros) les chifla picotearlos regalándonos sus acrobacias. También podemos poner una bola de sebo rellena de semillas, pipas, maíz y uvas pasas: se la disputarán con auténtica pasión.

Junto a la comida, el agua es esencial para los pájaros en invierno. La mayoría de las charcas se hielan en cuanto bajan las temperaturas mientras las fuentes permanecen cerradas, por lo que constituyen igualmente un buen reclamo para atraer su presencia y echarles una mano. Construir un bebedero es mucho más sencillo. Basta con recortar un botellín de agua o un tetrabrik

vacío a cuatro dedos de la base y amarrarlo a la barandilla o la verja con una brida de plástico.

En internet tienen un amplio surtido de comederos y bebederos para pájaros silvestres así como de todo tipo de alimento especialmente indicado para cada grupo de especies. Los hay de todas clases, medidas y precios, y algunos de ellos son tan bonitos que sirven como elemento decorativo.

De lo que se trata es de disfrutar con la observación de la naturaleza desde el balcón mientras le echamos una mano a estas aves, tan beneficiosas para el campo, que además están protegidas por la ley y son una magnífica compañía en nuestras ciudades y pueblos.

## CAPÍTULO 19

# MIRANDO LAS ESTRELLAS

Se llamaba María Antonia y le gustaba mirar las estrellas. En aquellos campamentos de verano que organizaba WWF en el Refugio de Rapaces de Montejo de la Vega (Segovia) y de los que hablo en otros capítulos del libro, éramos mayoría los ornitólogos. Pero había también herpetólogos, botánicos, entomólogos o ictiólogos y muchos otros chiflados por las diferentes ciencias de la naturaleza. Perdón: los herpetólogos son los que estudian a reptiles y anfibios, los entomólogos a los insectos y los ictiólogos a los peces.

Durante aquellas felices semanas de vida al aire libre disfrutando plenamente de la vida silvestre, ejercíamos de monitores de unos chavales a los que intentábamos transmitir el amor a los seres vivos y la necesidad de preservar sus hábitats. Para ello recorríamos el refugio de cabo a rabo: marchas diurnas y nocturnas, salidas a las choperas, al comedero de buitres, por las sendas que recorrían las cárcavas, los vallejos y los páramos. Los kilómetros se iban acumulando en nuestras jóvenes piernas mientras cada grupo iba en una dirección, buscando la presencia de vida silvestre.

Sin embargo, cuando llegaba la noche y tras las agradables y relajantes charlas junto al fuego de campamento, los diferentes grupos de acampados se tumbaban todos juntos en la pradera donde estaban instaladas las tiendas para, con la mirada alzada a las estrellas, ponerse a las órdenes de María Antonia, la astrónoma (que no astróloga: no confundir una cosa con la otra, por favor).

Tumbados sobre la mullida hierba, con la mirada fijada hacia el infinito, ella les enseñaba a disfrutar de lo inalcanzable.

Mientras nosotros, sus compañeros, el resto de naturalistas que ejercíamos de monitores en el campamento, nos pasábamos todo el día arriba y abajo identificando plantas, pájaros, insectos, lagartijas y peces para mostrárselos a

los chavales, ella esperaba a que llegara la noche para desplegar todos sus conocimientos y explicarles lo que era una constelación o una galaxia, que la primera luz que se enciende es Venus, a la que también llaman el Lucero del Alba, o que localizando el Carro de la Virgen hallarían la posición de la Osa Mayor.

—Elegid una estrella del firmamento —les decía— la que queráis, la que más os guste. Muy bien. ¿Ya la tenéis? Pues dejad que os cuente una cosa. Es muy posible que esa estrella que tanto os ha llamado la atención ya no exista, que haya desaparecido del universo. Y es que las estrellas nacen y mueren, como nosotros, solo que a otra escala de tiempo, claro está, una escala de millones de años.

»Lo que estamos recibiendo —seguía explicándoles ante su silencio absoluto— son los últimos rayos de luz que emitieron en vida, pues tardan muchos, muchísimos años en llegar hasta la Tierra. Pero un día de estos dejaran de llegar y eso significará que vuestra estrella, esa estrella que habéis elegido al azar, se ha apagado para siempre.

Todo eso y muchas, muchísimas más cosas, se podían aprender con solo tumbarse sobre la hierba de la pradera de un perdido cañón fluvial en mitad de la meseta castellana, a salvo de cualquier tipo de contaminación, especialmente de la contaminación lumínica.

La oscuridad, como el silencio, se halla en peligro de extinción. Especialmente en el interior de nuestras ciudades. Solo hay que elevar la mirada al firmamento desde cualquier calle o avenida para entender la importancia que tiene lo que los expertos ambientales han dado en llamar contaminación lumínica. Y es que las estrellas han desaparecido de los cielos urbanos aunque éstos permanezcan abiertos y despejados.

Para saber de lo que estamos hablando podemos hacer un sencillo ejercicio. Se trata de subir, de noche, a algún punto elevado de las afueras de la ciudad. Un lugar desde el que podamos observarla a vista de pájaro. Ese resplandor, ese manto luminiscente que emite la urbe, esa bóveda brillante bajo la que se distinguen cientos, miles de puntos de luz, es la causa de que desde el balcón de casa, la terraza o cualquier otro lugar de la ciudad, no se pueda ver el cielo: eso es la contaminación lumínica.

Por norma general los habitantes de la ciudad no suelen prestar demasiada

atención al cielo. Y es un error, pues en él pasan muchas cosas y muy interesantes. A lo largo de la historia de nuestra civilización, las gentes han mirado al firmamento para hallar respuestas a sus preguntas: el sol movía las horas en el reloj, el tiempo se medía en lunas en lugar de en semanas y meses y las estrellas guiaban a los viajeros en sus periplos por un planeta aún desconocido y repleto de misterios.

Con eso no estoy diciendo que tengamos que volver a dirigir preguntas al cielo para hallar respuestas a cuestiones terrenales, ni poner nuestro destino en manos de los astros. Lo que quiero proponer es una reflexión ante un hecho tan simple y en apariencia tan poco relevante como haber renunciado a las estrellas. Y es que con ello estamos renunciando a un patrimonio que nos pertenece y del que nos hemos alejado a golpe de haz luminoso, lo que además constituye uno de los dispendios energéticos más estúpidos de cuantos cometemos a diario.

La mayoría de los que viven en el entorno urbano permanecen ajenos al espectáculo que se representa a diario en la bóveda celeste durante las noches despejadas. Es al pasar una noche en el campo y levantar la mirada cuando descubrimos en verdad el lujo que supone disfrutar de una velada observando las estrellas y caemos en la cuenta de lo que significa esta forma de contaminación, quizá más sutil que otras, pero en absoluto menos importante.

La contaminación lumínica se genera cuando la luz artificial que emite el alumbrado doméstico o urbano se proyecta hacia el cielo, se refleja en los gases y las partículas en suspensión que hay en la atmósfera de las ciudades y pueblos.

Una vez allí arriba, la luz reflejada da lugar a la formación de una pantalla resplandeciente que impide observar el firmamento. Lo que provoca este tipo de contaminación es el «encendido» de la bóveda celeste que generan a su vez los miles de haces de luz que se pierden por encima de los edificios, tras rebotar en escaparates, bloques de oficinas, monumentos y rótulos comerciales.

A este efecto contribuye de manera notable el ineficiente uso de la iluminación de las terrazas urbanas y balcones y jardines de las casas particulares. Las luces de neón y los rótulos luminosos que permanecen encendidos tras el cese de la actividad comercial y la emisión de rayos láser

al cielo para anunciar y señalar la ubicación de un centro de ocio en las noches de verano, algo que además supone una auténtica agresión al medio ambiente nocturno. Porque la iluminación incorrecta de exteriores se traduce en un apantallamiento general del espacio exterior en el interior de las ciudades, lo que supone, además de un considerable derroche energético, un deterioro ambiental de nuestros cielos.

La Oficina Técnica para la Protección de la Calidad del Cielo del Instituto Astrofísico de Canarias (IAC), uno de los organismos más reputados a nivel mundial, lleva mucho tiempo realizando interesantes estudios sobre las causas que generan la contaminación lumínica y coincide en señalar que en su mayor parte obedecen a las deficiencias en la iluminación urbana y están directamente relacionadas con el derroche energético.

Para los técnicos del IAC una de las medidas que contribuiría a paliar la contaminación lumínica consistiría en que se apagara el alumbrado de fachadas y monumentos y el brillante mosaico resplandeciente que forman los reclamos de los rótulos luminosos de los comercios a partir de media noche, cuando el número de ciudadanos que pasean por la calle desciende notablemente y su iluminación deja de tener sentido como reclamo turístico o comercial.

Otro apartado al que los expertos en prevención de la contaminación lumínica prestan una atención preferente es al impacto que generan las farolas tipo globo que todavía siguen utilizándose para alumbrar paseos y plazas.

Si observamos la disposición de su pantalla, totalmente esférica, caeremos en la cuenta de que son el prototipo del derroche y una de las causas directas de que el cielo de las ciudades y pueblos se encienda cada anochecer, pues la mitad de la luz que emiten se queda en el interior transformándose en calor, y de la otra mitad una cuarta parte se dirige hacia el cielo, con lo que contribuyen a clarearlo.

La opción para evitar la contaminación lumínica es muy sencilla, basta con sustituir los globos por farolas «con sombrero», es decir aquellas que incorporan una tapa superior dirigiendo los haces luminosos hacia abajo. Las hay de todo tipo. Si además empleamos lámparas de bajo consumo o de tipo LED lograremos reducir el gasto hasta en un 90 por ciento con iguales

prestaciones y sin «apagar» las estrellas.

Pero más allá de la posibilidad de observar las estrellas, los científicos han conseguido demostrar a través de numerosos estudios los importantes efectos perjudiciales que la contaminación lumínica causa en el ecosistema del medio urbano (sí, sí: la ciudad también es naturaleza, troquelada en mayor o menor medida, pero naturaleza al fin) donde altera el ciclo vital de las plantas y los animales y modifica las condiciones naturales del entorno.

Así, las aves migratorias que surcan los cielos de las ciudades ven gravemente alteradas sus rutas debido a los efectos negativos de la contaminación lumínica. El estudio de las aves ha conseguido determinar que pájaros de todos los tamaños, desde las cigüeñas y los gansos hasta los petirrojos y las golondrinas, siguen antiguos itinerarios celestes en los que la localización de las estrellas juega un papel primordial. Al perder esa referencia, algunos grupos se desvían de sus rutas hasta extraviarse.

De igual modo, las rapaces nocturnas que habitan zonas pobladas ven mermadas sus facultades al quedar expuestas a la visión de sus posibles presas. Cuando la lechuza atraviesa el haz de luz que ilumina la fachada de la iglesia para acercarse sigilosamente al ratón, este hace rato que se ha ido sin que ella entienda nada.

Asimismo, el exceso de iluminación durante la noche afecta también a la vida de las plantas, que sometidas a una constante exposición a la luz artificial, ven alterado el normal desarrollo de sus procesos biológicos ya que precisan de la oscuridad para poner en marcha el mecanismo que les permite absorber el CO<sub>2</sub>, con lo que además nos ayudan a luchar contra el cambio climático. Además, la mayoría de nuestros árboles y plantas florecen cuando los días comienzan a alargarse y sueltan hoja cuando se acortan, por lo que si les colocamos una farola encima y la mantenemos encendida durante toda la noche y a lo largo de todo el año, acabamos alterando sus biorritmos hasta provocarles en algunos casos la muerte.

Pero hay más, y es que la contaminación lumínica no solo afecta al medio ambiente, sino que perjudica también a la salud de las personas. Los procesos de adaptación a los diferentes niveles de iluminación se ven alterados ante la ausencia de fases de oscuridad, provocando que quienes viven en espacios sometidos a un exceso de iluminación vean dificultado su descanso. Así, se



ha establecido una relación directa entre algunas molestias comunes como el insomnio, la fatiga o el estrés y la exposición a la contaminación lumínica.

Prevenir todas estas consecuencias y recuperar el medio nocturno esta también en nuestras manos. Basta con revisar las diferentes luminarias del hogar para detectar las oportunidades de actuación y aplicar soluciones de ahorro y eficiencia, unas soluciones que en la mayoría de los casos pasan tan solo por cambiar las bombillas (como indicamos en el capítulo dedicado a este tema), sustituir las lámparas y farolas o reducir el número de puntos de luz, especialmente en el exterior.

## CAPÍTULO 20

# CONCIERTO DE GRILLOS

Esas notas que los músicos lanzan al aire para afinar sus instrumentos en los instantes previos a iniciarse el concierto, con el público ocupando ya sus asientos, siempre me han sonado a naturaleza.

Al armonizar sus sonidos antes de ponerse a las órdenes del director de orquesta, mirándose los unos a los otros, sin atender a ninguna partitura, a ninguna batuta, los acordes se entrelazan en el aire libremente, como ocurre en el campo. Mis amigos se ríen de mí cuando les digo que en esos instantes es como si escuchase grillos en la sala.

Ellos no lo saben pero el concierto de los grillos se inicia también así, con un afinado previo. Cae la tarde y empiezan a sonar uno aquí, otro allá; uno rápido, otro lento. Para cuando el sol se rinde, ya está en marcha la sinfonía. Y hay batuta, por supuesto que la hay.

Cuanto más calor hace más rápido tocan los grillos. Hay quien incluso se ha atrevido a establecer fórmulas aritméticas para calcular los grados exactos de la temperatura ambiente en función de las estridulaciones por minuto.

El llamado canto del grillo, un característico *cri-cri-cri* muy agudo y perceptible a larga distancia, recibe el nombre científico de estridulación y se trata de un sonido rítmico que estos insectos logran producir al frotar sus élitros, que es como llaman los entomólogos a las alas externas de los insectos, entre sí.

Ese sonido es de una potencia extraordinaria, uno de los más agudos de cuantos consigue generar un ser vivo, y sin embargo lo emiten unos insectos del tamaño de un saltamontes, tan solo frotando su diminuta pata contra el ala, como lo hace un violinista al deslizar las ásperas crines de su arco sobre las cuerdas del violín.

En el caso de los grillos comunes, las diferencias de sonido al cantar

tienen que ver con el marcaje de territorio o el inicio del período de celo en el insecto. De ese modo, el canto del grillo vendría a tener una especie de letra, un mensaje encriptado y solo descifrado por sus congéneres con el que lograrían transmitirse recados del tipo: «cuidado amigo, este lugar tiene dueño» o «¿quieres visitar mi madriguera, cariño?».

Pero además de permitir la comunicación entre los miembros de la especie, la estridulación de los grillos también nos transmite información a nosotros, un mensaje que puede resultarnos muy útil. Así, las gentes del campo mantienen la tradición de escuchar detenidamente el canto del grillo para calcular la temperatura ambiente y predecir el tiempo que hará al día siguiente. Y cuidado porque la cosa parece tener su base científica.

Ocurre que el organismo de estos insectos, como el de los reptiles por ejemplo, interactúa de manera directa con la temperatura que les rodea acelerando o reduciendo los ritmos vitales de su metabolismo. Si hace frío, el canto es más lento y espaciado; en cambio, si hace calor, el sonido es más vigoroso y acelerado.

Para calcular la temperatura exterior a través del canto del grillo, lo primero que hay que hacer es elegir un individuo y, sin causarle ninguna molestia ni anunciar nuestra presencia, pues de lo contrario se callaría al instante, empezar a contar el número de notas que emite durante un minuto (es aconsejable coger papel y lápiz y anotar una rayita por nota porque son muchas). Luego se suman todas las notas emitidas, se divide la cifra por cinco y se le restan nueve. El resultado será la temperatura ambiente expresada en grados centígrados. No falla.

Otra curiosidad de estos músicos silvestres. Escuche «Las cuatro estaciones» de Antonio Vivaldi mientras oye cantar a los grillos, por ejemplo a través de unos cascos a bajo volumen que le permita percibir a la vez el sonido de los insectos. Si lo hacen se sorprenderán al comprobar que en algunos tramos de los conciertos los instrumentos musicales y los grillos parecen seguir la misma partitura.

Cosas de la naturaleza y de la genialidad del maestro veneciano, que logró imitar a la perfección los sonidos del campo en el transcurso de las estaciones para componer una de las obras maestras de la música barroca italiana.

Biológicamente hablando, aunque en un tono distendido, el grillo común,

al que los científicos denominan *Acheta domesticus* es un insecto perteneciente al orden de los ortópteros, formado por unas veinte mil especies distribuidas por todo el planeta.

De tamaño mediano y aspecto rechoncho, el grillo común es muy corto de longitud (entre dos y tres centímetros) y se muestra siempre alzado sobre sus seis patas robustas y firmes, especialmente las traseras, mucho más desarrolladas.

De tonos marrones o negros, las hembras son más oscuras que los machos. Destacan por tener una cabeza sobredimensionada esférica y brillante, como si llevaran un casco de motorista, unida al abdomen por una visera trasera y de la que surgen un par de antenas frontales muy alargadas y separadas entre sí.

En el dorso muestra una característica franja dorada horizontal, situada en la base de los élitros (las alas), que resulta especialmente llamativa en el caso de las hembras cuando llegan a ser de color enteramente negro. Los élitros cubren completamente el abdomen, que acaba en dos espinas alargadas como si fueran dos plumas. En el caso de las hembras, muestran una especie de agudo estilete llamado ovopositor, por el que realizan la puesta.

Crepusculares y nocturnos, los grillos habitan praderas, claros de bosque y campos de cultivo abiertos, donde los machos excavan profundos agujeros para que las hembras, una vez fecundadas, depositen los huevos.

Antes de eso, los machos suelen aprovechar las primeras horas del atardecer para recorrer su territorio y sorprender a los posibles intrusos mientras empiezan a estridular para invitar a las hembras al apareamiento. Pero si aparece un competidor, empieza otro tipo de espectáculo: no musical sino pugilístico.

Hace unos años tuve la ocasión de asistir a un combate entre dos grillos en una húmeda pradera de una dehesa extremeña, muy cerca de los chozos de Villarreal de San Carlos, entre Plasencia y Trujillo, donde un grupo de naturalistas habíamos acampado antes de que Monfragüe fuera declarado parque nacional.

Sabía, por lo que había leído, que durante el período de celo los machos de los grillos se vuelven tremendamente territoriales, llegando a entablar auténticos combates para dirimir su hegemonía entre las hembras en los que

se provocan serias heridas. Pero nunca imaginé que llegaran a tanto.

Tumbado sobre la mullida alfombra de la dehesa, observé cómo un grillo mantenía entre sus mandíbulas la pata de otro congénere, menor en tamaño, que trataba de zafarse por todos los medios de su acalorado agresor. En principio, daba la sensación de que el más grande sostenía la extremidad de su víctima para retenerlo, pero al cabo me di cuenta de que en realidad lo que estaba haciendo era royéndosela, hasta que consiguió arrancársela por completo.

No contento con eso, a continuación le seccionó una antena y siguió devorándole un ala, momento en el que el mutilado consiguió huir y hallar refugio en las raíces de una jara. El espectáculo, de haber sucedido con animales vertebrados de mucho mayor tamaño, habría resultado espantoso, pero me permitió disfrutar de una insólita escena de naturaleza salvaje digna de los mejores documentales de National Geographic.

Según un reciente informe de la Comisión Europea, las poblaciones de grillos están cayendo en picado en toda Europa, por lo que actualmente más de una cuarta parte de nuestras especies de ortópteros están amenazadas.

Las principales causas son el abandono de las labores tradicionales del campo por cultivos intensivos, el abuso de plaguicidas, herbicidas y fertilizantes y el aumento de la especulación urbanística en el medio rural.

Los grillos, como tantos otros animales de nuestro entorno más inmediato, están sufriendo las consecuencias del despoblamiento rural y el avance del bosque; lo que, como explico en otros capítulos del libro, no siempre es una buena noticia.

## CAPÍTULO 21

# LA LAGUNA DE LAS GRULLAS

El termómetro se ha desplomado por debajo de los cero grados en esta mañana plomiza de febrero. El frío es tan intenso que se convierte en dolor cuando, empujado por el cierzo, traspasa la ropa de abrigo y se le mete a uno en el cuerpo por entre las costillas.

Estamos en la divisoria de las provincias de Teruel y Zaragoza, en los barbechos de la comarca zaragozana del Campo de Daroca. Para la gran mayoría un lugar en mitad de la nada. Para unos pocos, uno de esos lugares de la península ibérica que vale la pena conocer y a los que hay que viajar para disfrutar de la naturaleza.

Pero lo cierto es que la austeridad del lugar acongoja. Es tanta la extensión de paisaje raso, tanta la sensación de nada absoluta, que cuando arribas a tu destino piensas que no has llegado a ninguna parte. De no ser porque en ese preciso instante, mientras te envuelve la soledad de un paisaje áspero y desamparado, sin un solo árbol en el que detener la mirada, escuchas un canto profundo y borroso, el reclamo inconfundible de las aves más espectaculares del continente: las grullas.

Las grullas emiten uno de los sonidos más evocadores de la naturaleza. Una canción que le ha valido el nombre al lugar al que hemos llegado: la Laguna de Gallocanta.

Con siete kilómetros de largo y dos de ancho y una profundidad que llega a alcanzar los dos metros, Gallocanta es la mayor laguna natural de agua salada de la península y una de las más importantes del continente europeo. Se alimenta principalmente de acuíferos subterráneos, lo que le garantiza una cierta estabilidad de agua, aunque en períodos de sequía severa como los que venimos sufriendo en los últimos tiempos puede llegar a desaparecer casi por completo.

Cuando eso es así, los gallos (como llaman los paisanos a las grullas) no cantan porque prefieren seguir su viaje migratorio. Pero en circunstancias normales, cuando el frío se hace más intenso Gallocanta puede llegar a acoger más de cuarenta mil grullas, lo que supone una de las mayores concentraciones de toda Eurasia y la convierte en uno de los destinos favoritos para los ornitólogos o *birdwatchers*, que viajan hasta aquí desde todo el mundo para verlas.

Estas zancudas utilizan la laguna zaragozana como estación de servicio. Un alto en el camino para reponer fuerzas en el viaje otoñal que las lleva desde sus zonas de cría, situadas al norte de Europa y en las estepas de Asia, hasta Extremadura, Andalucía y el norte de África, y también en el viaje de regreso, entrado el invierno, por la ruta inversa.

Emparentadas con garzas y cigüeñas aunque de tamaño mucho más grande, las grullas pueden llegar a rondar el metro y medio de altura. Con patas y cuello largos, tienen el pico mucho más corto y un plumaje entre gris ceniciento, marrón pardoso y negro, sobre el que resaltan las bellísimas irisaciones rojas en el capirote y su amplio antifaz blanco. Todo ello rematado por una cola que no es tal, sino un desmañado plumero de largos penachos colgando, lo que le da un aspecto de elegante y grácil dama en mitad de la laguna.

Básicamente vegetarianas, las grullas se alimentan por lo general de granos, semillas, raíces y bulbos. En las dehesas extremeñas y andaluzas devoran enormes cantidades de bellotas. No obstante, en su área de cría consumen lombrices, peces, moluscos y otros pequeños invertebrados. Y en Gallocanta picotean los campos de cultivo para llenar el buche con lo que encuentran, hábito que las mantiene enfrentadas con los paisanos (¡malditos gallos!) que desde siempre han mantenido una relación de amor/odio con estos grandes pájaros, a los que acusan de arruinarles las cosechas y privarles del sustento. Hasta ahora.

Porque últimamente las gentes del campo de Daroca han descubierto que gracias a su presencia, y debido al creciente interés por el turismo de naturaleza, las grullas pueden convertirse en una excelente oportunidad de desarrollo sostenible para la comarca, por lo que no solamente es mejor no molestarlas sino que han pasado a cuidar de ellas y librarlas de cualquier

peligro que amenace su providencial presencia (¡benditos gallos!).

Y es que, gracias a las grullas, en los últimos años han empezado a florecer los negocios vinculados al turismo ornitológico y de naturaleza. Una larga serie de equipamientos entre los que abundan los establecimientos de turismo ornitológico (como el recomendable albergue de Allucant), las casas rurales, los restaurantes y una amplia red de observatorios, centros de visitas e itinerarios señalizados hacen de la escapada a Gallocanta un destino cómodo y sorprendente. Y se puede convertir en una experiencia inolvidable si se contrata el servicio de uno de los guías locales, algo especialmente recomendable para los que viajan en familia o en un grupo numeroso de amigos. Aunque eso sí: hace frío, mucho frío.

Mientras escribo estas líneas, recuerdo mi primer amanecer de febrero en Gallocanta junto a mi mujer (entonces éramos aún novios) y la profunda sensación de frío que tuvimos incluso antes de salir del albergue con solo mirar por la ventana y ver las tierras escarchadas y la niebla baja. Aunque todavía recuerdo mejor la impresión que le causó a ella el sonido de las grullas: una sinfonía de graznidos, relinchos aéreos, lúgubres y profundos, que te envuelve en una atmósfera mágica. Y la emoción que sintió al llevarse los prismáticos a los ojos y observarlas por primera vez, en medio de aquel paisaje austero, es cierto, poco resguardado del viento: ese cierzo traicionero que te reboza la cara con los finos cristales de la escarcha. Pero un paisaje sonoro que es un auténtico escenario de documental.

«Míralas: ahí van, son más de un centenar. Por ese lado viene otro bando, enfoca abajo, van pegadas a tierra, casi a ras de suelo.» Y luego otra parada para mirar por el catalejo: «mira, mira, mira; aquí se ven mejor, están comiendo, deben ser más de un millar». Es difícil describir lo que siente el ornitólogo aficionado al alzar los prismáticos o mirar por el catalejo y observar a estas espectaculares aves. A poco sensible que seamos, sentimos un escalofrío que nos recorre el cuerpo entero: pero no de frío, sino de emoción.

La emoción de saber que esos fantásticos animales que estás observando en directo han llegado hasta allí desde miles de kilómetros de distancia. Desde sus lugares de origen en las tierras más inhóspitas del hemisferio norte, un paisaje que en invierno permanece durante meses sepultado bajo la nieve



y el hielo: por eso están aquí, por eso les vale la pena el esfuerzo y se sienten tan confortables a pesar del frío intenso que sentimos nosotros. Y todavía es mayor la admiración cuando sabes que pronto volarán de vuelta, hasta más allá del círculo polar ártico, con la única ayuda de sus alas, siguiendo viejas rutas trazadas en las estrellas y ancladas en la memoria hereditaria de la especie. Increíble.

Si *Gallocanta* estuviera en Dinamarca o en Escocia, por poner un ejemplo, su ubicación se señalaría con rótulos ya desde las autopistas y en sus alrededores habría un complejo hotelero y comercios de *souvenirs* con grullitas en llaveros, pins y camisetas. Aquí, sin embargo, tanto el lugar como las aves gozan de un tranquilo anonimato. Por Daroca está, en Zaragoza. Un lugar omitido en todas las guías oficiales de turismo que, sin embargo, bien vale una escapada. Espero que si acude allí el lector no se sienta defraudado, que disfrute de su austera belleza, y sobre todo, contribuya con su buen comportamiento a conservarla.

## CAPÍTULO 22

# EL ESPECTÁCULO DE LA BERREA

Quien viene siguiendo mi labor como divulgador ambiental en los medios de comunicación sabe de la pasión que siento por uno de los acontecimientos más espectaculares que tiene lugar en el bosque mediterráneo: la berrea del ciervo.

Cada año, coincidiendo con la llegada del otoño, insisto en recomendar este espectáculo de la vida salvaje: sin lugar a dudas el más impresionante de cuantos nos brinda la fauna ibérica y una de las mejores oportunidades para disfrutar en la naturaleza.

En España tenemos la inmensa fortuna de mantener una población de ciervos más que saneada, en algunos rincones de nuestra geografía es incluso demasiado numerosa. Por eso existen diferentes opciones para disfrutar de este asombroso acontecimiento natural en buena parte de nuestras comunidades.

El Parque Nacional de Monfragüe, en Extremadura, el Parque Natural de las Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas en Andalucía, las Reservas de Boumort y el Parc Natural del Alt Pirineu en Cataluña. La Montaña Palentina, la Sierra de la Culebra en Zamora o la de la Demanda burgalesa. Los magníficos parajes de Redes en Asturias o de Saja-Besaya, Liébana y Campoo en Cantabria, los montes de Ezcaray en La Rioja, el macizo del Gorbeia en Álava, la selva esmeralda de Irati en Navarra... son tantos y tan magníficos los destinos que cuesta detenerse frente al mapa de la península y escoger uno. Pero a estas alturas del libro, con la confianza que hemos establecido escribiendo y leyendo, me voy a atrever a hacerlo, y mi lugar elegido es la raña del Parque Nacional de Cabañeros, en Ciudad Real.

Durante los últimos días de septiembre y hasta mediados de octubre, aficionados a la naturaleza de toda España y del extranjero se desplazan con

sus prismáticos, sus catalejos y sus cámaras de fotos hacia este enclave de la singular geografía manchega, a la que tanto admiro, para asistir al ardoroso combate de los machos de nuestro mayor cérvido en batalla por el dominio de las hembras.

Durante las semanas que dura la berrea, los bramidos de los sementales de ciervo retumban cada atardecer en la inmensa llanura de la raña, el Serenguetti ibérico, para dar lugar al comienzo de las disputas de los machos dominantes con los jóvenes más osados, que valerosos y espoleados por el celo, quieren acceder a las cópulas con las hembras.

Fieles a su cita de cada atardecer, los grandes machos de cerca de doscientos kilos de peso y altos como un asno surgen de entre el mar de jaras y encinas que rodea la raña emitiendo un berrido profundo, grave y estruendoso, un sonido arcaico que retumba por toda la llanura y deja clavados en sus escondites a los naturalistas aficionados que asisten desde los puntos de observación habilitados por la guardería del parque. Así es la berrea, y así es Cabañeros en otoño: el escenario que acoge uno de los espectáculos de vida salvaje al más alto nivel de la vieja Europa.

En la tarde dorada, mientras el sol recrea esa atmósfera casi románica en la que los tonos pastel matizan el paisaje, aspirante y soberano, no dudan en liarse a testarazos para alcanzar la jerarquía del grupo.

Los golpes de las cuernas resultan terribles y resuenan por todo el parque. Parapetados tras un arbusto o conducidos por los guardas a un observatorio privilegiado, los naturalistas que asistimos al espectáculo recordamos las famosas escenas de los documentales de televisión mil veces repetidas. Sin embargo, nada es comparable a las altas emociones que depara asistir a la berrea en vivo y en directo.

Un espectáculo visual, sonoro, emocional y hasta olfativo. Durante los días previos a la berrea los machos empiezan a levantar la tierra con los cuernos para depositar la orina y el semen. Es su manera de marcar el territorio, de avisar a los aspirantes que se adentran en propiedad privada y por lo tanto se están metiendo en problemas, pues no van a ser bien recibidos.

En el amanecer manchego de la raña, el ciervo que viene detrás hace lo mismo que el que llegó primero, marcando de nuevo el terreno para avisar al siguiente de que allí empiezan a ser demasiados y que lo mejor es que se

retire. De ese modo, si la cabaña es grande, y en Cabañeros lo es, llegan a formarse lodazales que se pueden llegar a oler desde muy lejos.

Pero la berrea se lee también en los árboles del bosque mediterráneo. Los machos llevan semanas preparando el inicio de los combates. Durante ese tiempo se han dedicado a restregar las cuernas contra las ramas y los troncos para limpiarlas de la borra: el terciopelo que las cubre al surgir sobre la cabeza.

Por eso las cortezas de las encinas y los quejigos que rodean la raña aparecen erosionadas, profundamente arañadas o incluso arrancadas de cuajo. También abundan los revolcaderos de lodo donde los machos se desparasitan, se limpian el pelaje y se perfuman: ¡hay que acollonar a los que acuden a competir al campo de batalla y atraer a su vez a las hembras!

Una vez que han cubierto a las hembras, unas hembras que habrán permanecido fértiles apenas durante un día, los ganadores dejan alguna que otra monta para los menos afortunados y, cumplida la parada nupcial, se retiran al interior del bosque para seguir con su vida solitaria. Las hembras y los jóvenes seguirán formando rebaños que se mantendrán unidos todo el invierno. La gestación durará ocho meses, por lo que antes del verano nacerán los cervatillos.

De ese modo, cuando las tardes se acortan y llegan los primeros fríos intensos, generalmente hacia finales de octubre (aunque el cambio climático está alterando también éste calendario) suele finalizar la berrea. Es así como la calma regresa a Cabañeros y al resto de los espacios naturales que acogen a los grandes rebaños de ciervos.

Créame si le digo que no hay espectáculo comparable al de la berrea en el bosque ibérico: uno de los mejores destinos para todos aquellos que deseen ser felices en la naturaleza. Tan solo es necesario elegir uno de los numerosos destinos en los que poder presenciarla y acudir convenientemente guiados. Por eso es recomendable hacerlo en compañía de expertos.

Actualmente existen numerosas empresas de turismo de naturaleza, repartidas por todo el territorio, que se encargan de organizarlo todo: desde el alojamiento hasta la tramitación de los permisos y el traslado hasta los puestos de observación. No se lo pierda.

## CAPÍTULO 23

# CEREZOS EN FLOR

«Quiero hacer contigo / Lo que la primavera hace con los cerezos.» Aprendí muy pronto que Pablo Neruda era uno de los nuestros. El poeta de la Araucanía, que fue ornitólogo antes que artista de la palabra, le ha escrito las cartas de amor más bellas a la naturaleza. Especialmente en primavera.

No sé en qué época del año estará leyendo estas páginas. Si es en invierno, encontrará motivo para aguardar con impaciencia el mes de abril. Si es en verano añorará lo escrito. Si es otoño no necesitará añorar nada porque acaso sea esta la estación más bella del año.

Pero si ocurre que, por arte del azar, es ahora primavera ahí fuera, si sucede por ventura que está leyendo este capítulo del libro durante la estación de la nueva luz y de las recién estrenadas transparencias, le invito, o mejor dicho le apremio encarecidamente, querido lector, a que salga con el libro a dar un paseo por el parque, por el bosque o por el pedazo de naturaleza que tenga más a mano en este instante para continuar leyéndolo al aire libre, sentado en un banco, junto a una fuente de piedra o bajo una encina.

El arranque de la primavera es el mejor momento del año para desintoxicar la mente y abandonar las adicciones tecnológicas. Llega el tiempo de abrirse de orejas y guardar los móviles, librarse del parpadeo de la pantalla, huir del teclado y salir al campo con el único propósito de mirar al cielo, orear los sentidos y desenfundar los sentimientos.

Es el momento de desertar de las moquetas y recorrer las aceras hasta el final para echarse al monte, deleitarse con los paisajes recién nacidos y asistir al estreno de las arboledas. La primavera es un imán para todos los que amamos la naturaleza y acompasamos al suyo nuestro palpitar. Un imán que nos obliga, porque no podemos evitarlo, a encaminar los pasos hacia las afueras de los pueblos para andar los caminos de tierra que llevan al monte o

conducen a la ermita.

Es el mejor momento del año para tomar un tren de cercanías y apearse en una estación de montaña, emocionarse con el aroma del aire fresco y echar a andar con paso ligero hacia la cumbre, sin reparar en nada más que en la propia dicha de estar vivos. Sin atender a otra llamada que la de los trinos de los pájaros o el zumbido de los insectos, ni recibir a nadie más que a la naturaleza.

Si es primavera, querido lector, es tiempo de acercarse a la orilla del río y sentir como su corriente circula por nuestras venas y acelera nuestro pulso. De emboscarse para sentir el pulso de la sabia rejuveneciendo las arboledas, de emocionarse con cada yema que se abre, con cada tallo verde, con cada flor. Y es el mejor momento del año para arrimarse a los cerezos: esos a los que, como nos contó Neruda, la primavera hace el amor apasionadamente.

Hay pocos espectáculos que se puedan comparar al de la floración de los cerezos. Sus varas cobrizas, rectas y tersas, completamente desnudas de hojas, empiezan a pintarse de blanco cuando llegan las luces de abril, templan las mañanas y el aire porta el aliento fresco de la primavera a cada rincón del valle.

Es la del cerezo una floración sobrevenida, tan fuerte, tan indecorosa que hasta ruboriza. Son tantas las flores que se dan por centímetro de rama que apenas parecen de verdad. Al poco de que empieza a suceder, los cerezales en flor parecen campos nevados, lienzos vivos que hacen de la naturaleza una auténtica galería de arte expresionista abierta de par en par al aire libre.

En Japón sienten auténtica pasión por la floración de los cerezos. Es tanta la afición por ella que hasta tienen un nombre para designar a este espectáculo de la naturaleza: *hanami*, una bellísima palabra que algún intérprete con alma de poeta vino a traducir al castellano como «el arte de contemplar las flores». Y para los japoneses la más bella de todas las flores que se abren en las ramas de los árboles al llegar la primavera es la *sakura*: la flor del cerezo.

Cada primavera, los numerosos y primorosamente bien atendidos parques y jardines del país del sol naciente ofrecen a sus visitantes, entre ellos turistas llegados de todo el mundo, uno de los mayores espectáculos de la naturaleza: la explosión de las *sakuras*.

Pasear bajo las ramas de los cerezos en flor, que con la más leve caricia del viento provoca una lluvia de pétalos de algodón, es una de las mayores ceremonias de comunión con la naturaleza. Un espectáculo de arte y naturaleza que convoca a millones de personas de todas las edades que, por un día y sin que sirva de precedente, apagan sus móviles y abandonan cualquier otra actitud que no sea la de ejercer de *voyeurs* de la naturaleza y sucumbir al encantamiento que provoca la belleza del *hanami*.

Pero en España también tenemos nuestro particular *hanami*. Cada año, cuando llega la primavera, el Valle del Jerte, situado al norte de la provincia de Cáceres, se convierte en un inmenso jardín japonés en plena vega extremeña. La visión de los millones de cerezos en flor que se extienden por toda la comarca, de sus campos forrados de miles de millones de delicadas *sakuras*, da lugar a una de las estampas más extraordinarias de la primavera ibérica, un espectáculo que no hay que perderse al menos una vez en la vida.

Para celebrarlo, los pueblos y aldeas que forman el bellissimo Valle del Jerte dan la bienvenida a la primavera Hermanándose con el país del sol naciente mediante todo tipo de actividades relacionadas con la cultura nipona. Durante las semanas que dura la floración de los cerezos se llevan a cabo por todos los rincones de esta comarca cacereña diferentes actos: talleres de *ikebana*, que es el arte floral japonés; exhibiciones de *taiko*, nombre con el que se conoce al tambor japonés; representaciones de *kabuki*, que es uno de los teatros más antiguos de Japón; exposiciones de jardines zen; conciertos de música tradicional japonesa; mercadillos de productos artesanos. Por supuesto también se organizan rutas de senderismo, a pie o a caballo, por los mejores rincones de la comarca para contemplar los cerezales en flor acolchando el paisaje.

Por todo ello me atrevo a recomendarle que, más allá de dejarse seducir por estas palabras, y si tiene ocasión y disponibilidad para ello, se acerque hasta el Valle del Jerte la próxima primavera para comprobar en vivo y en directo la belleza de las *sakuras* en el cerezal extremeño. Un espectáculo que, sin pretender competir con el impresionante *hanami* de los cerezos que crecen en los parques de Japón, no desmerece en belleza, ofreciéndonos cada mes de abril una de las mejores oportunidades para compartir con nuestros seres queridos un momento de felicidad y hermanamiento con la naturaleza,

pues como dice el célebre *haiku* del gran poeta japonés Kobayashi Issa:  
«Bajo las flores del cerezo / nadie es / un perfecto desconocido».



## CAPÍTULO 24

# EL OLOR DEL MUSGO TRAS LA LLUVIA

Los paseos por el campo ejercitan todos los sentidos. Podemos fijar la atención en escuchar el canto de las aves o el croar de las ranas, sentir en la yema de los dedos el tacto de los árboles al acariciar su tronco. Enfocar la mirada en una flor del camino o elevarla al cielo para seguir el tránsito de las nubes.

Disfrutamos del sabor del hinojo, de ese gusto a monte que nos deja en la boca una ramita de romero o de esa «chuche» natural que es el fruto de la zarzamora. Pero uno de los que prevalece durante más tiempo en el recuerdo es el sentido del olfato, acaso el más penetrante de todos ellos: ese mensaje olfativo que delata presencias y dispara de manera automática el resorte de la memoria.

¿Por qué ejercen un papel tan evocador los olores? ¿Qué es lo que hace que al percibir un aroma que destaca en el ambiente tardemos tan poco tiempo en asociarlo a un determinado recuerdo, a un instante de la infancia?

Hace poco descubrí la respuesta científica. Y es que, según los investigadores, el olfato es el más sensible de nuestros sentidos: hasta diez mil veces más que la vista o el oído. Recordamos mucho mejor un olor que una cara porque los olores pasan de la nariz al bulbo olfatorio incorporándose directamente y de manera inmediata al sistema límbico de nuestro cerebro, sin tener que recurrir a ningún otro mensajero en forma de neurotransmisor.

De ese modo, los olores estimulan en el acto nuestros recuerdos, incluso los más alejados en el tiempo, aquellos que permanecen aletargados en el músculo desde la infancia pero dispuestos a acudir a nuestra llamada al primer aviso. Por eso los olores, como relámpagos, nos dan esos empujones tan violentos hacia atrás, desandando la ruta de la memoria, para despertarnos casi instantáneamente emociones que parecían olvidadas.

Y en mi caso, si tuviera que elegir tan solo uno de los aromas que me trasladan de manera más rápida a mi infancia en el campo, escogería el olor del musgo tras la lluvia.

El musgo es un tipo muy interesante. Durante el verano ofrece un aspecto amarillento y reseco, como si estuviera muerto. Sin embargo con las primeras tormentas de otoño empieza a recobrar todo su esplendor hasta aparecer como en las fotos de los calendarios: henchido y húmedo, de ese color intensamente verde, verde musgo.

Según nos cuentan los botánicos, sus hojas se hinchan porque están compuestas por unas células llamadas hidrocitos que funcionan como las escamas de celulosa que rellenan los pañales: absorbiendo la humedad exterior para transformarla en volumen interior. Por eso ofrece un aspecto tan esponjoso tras la lluvia y resulta tan fragante, esparciendo un aroma a perfumería de aeropuerto que es como le gusta oler a las colonias caras: a bosque húmedo.

Por eso el olor del musgo es una de las fragancias más preciadas por los perfumistas de la alta cosmética: *moss fragrance*, la llaman, aunque yo me quedo infinitamente antes con el original, con el aroma natural del bosque tras la lluvia, imposible de sintetizar.

Pero la naturaleza no ha inventado el musgo para ofrecernos su perfume, sino para desempeñar un papel fundamental en el ecosistema forestal.

Una de las mejores estrategias del bosque para hacer frente a la escasez de lluvia consiste en ir acumulando el agua sobrante en los días de tormenta para almacenarla en los rincones más umbríos de la arboleda. De ese modo, el hábitat forestal logra mantener el nivel de humedad necesario cuando llegan los largos períodos de sequía. En nuestros bosques, el principal agente encargado de ejercer como aguador, como humidificador natural, es el musgo. Luego resulta que, además de funcionar como aljibe, elabora con el agua de lluvia una de las esencias más embriagadoras de la naturaleza y que más asociamos al bosque.

Es por ejemplo a musgo a lo que huelen las ferias de Navidad y los mercadillos tradicionales que visitamos esos días con los chavales. «Huele a Navidad» decimos mientras volvemos a recorrer las paradas de ornamentos, huele a pascua, cuando a lo que huele en realidad es a musgo. Para

comprobarlo, para percibir ese entrañable aroma con todas sus notas olfativas, no existe nada mejor que salir a pasear por el bosque tras la lluvia, convenientemente pertrechados de botas de agua y chubasquero pues, como todos los amantes de la naturaleza saben, en el bosque no deja de llover hasta mucho después de hacerlo.

Pero hay más, mucho más. La biología del musgo es tan compleja que trae en jaque a los científicos desde antiguo, no en vano se trata de uno de los grupos de plantas más antiguos que pueblan el planeta.

Esta comunidad vegetal, que puede llegar a crear mullidas alfombras de color verde en los rincones más húmedos del bosque, sobre las rocas o el tronco de los árboles, agrupa en realidad a un variado número de especies que descienden directamente de las algas marinas. Se trata de uno de los primeros grupos de seres vivos que se decidieron a asomarse aquí fuera y optaron por quedarse. Eso sí, su adaptación a la vida terrestre no ha sido demasiado brillante que digamos. Por eso muestran aún ese aspecto primitivo y en apariencia poco evolucionado, formando masas vegetales que, especialmente tras la lluvia, se exponen a nuestra mirada esponjosas, acumulativas y fragantes.

Pero mucho más allá de su alto valor ecológico, aspirar el aroma del musgo tras la lluvia, ese perfume verde, ese aroma a bosque vivo, a plenitud, es una de las recompensas más preciadas para el amante de la naturaleza.

## CAPÍTULO 25

# EN LOS DOMINIOS DEL OSO PARDO

Fue en primavera. Una de esas mañanas de primavera jugosas y frescas que nos regalan las montañas de León, en la que abundan los transparentes y que nos permite disfrutar la naturaleza con los seis sentidos: los cinco que nos ha dado la naturaleza más el sentido común, sin el que nunca debemos salir al campo.

Invitado por mi buen amigo Javier Valenzuela, de la Fundación Patrimonio Natural de Castilla y León, tuve la suerte de acompañar a las Patrullas Oso en una de sus largas y laboriosas jornadas de seguimiento y vigilancia de la población de oso pardo de la Cordillera Cantábrica.

Enriscados en una ladera sobre la vertical del Sil, mi amigo Javi y yo aguardábamos las palabras del agente que lenta y minuciosamente iba oteando la montaña que teníamos ante nosotros, a la otra orilla del río, buscando a los osos. Hasta que dijo las palabras mágicas: «¡ahí están!»

Como ya he anotado en otros capítulos, es difícil traducir en palabras la inmensa emoción que siente un naturalista, la excitante mezcla de satisfacción y orgullo que llegas a experimentar cuando escuchas esas palabras, coges aire, respiras hondo y miras por el catalejo para ver a los osos campando a sus anchas frente a ti, regalándonos a todos su inestimable presencia. En este caso, una madre con sus dos cachorros a los que pronto se intentó unir otro macho que la hembra alejó a cajas destempladas de sus crías. Luego explicaré por qué.

La apariencia y el tamaño del oso pardo lo convierten en un animal inconfundible. No existe especie alguna en nuestro territorio que se le asemeje y con la que nos podamos confundir. Un lobo puede ser un perro. Incluso (aunque mucho más distintos) un linco puede ser un gato. Pero un oso solo puede ser un oso. Los nuestros miden entre un metro y medio y dos

metros y alcanzan un peso de doscientos cincuenta kilos. Su pariente norteamericano, el *grizzly*, al que los científicos han dado el descriptivo nombre de *Ursus arctos horribilis*, los doblan en peso y en tamaño (hasta setecientos kilos y casi cuatro metros de altura: ¡ah! y el ser humano forma parte de su dieta).

Pero pese a su considerable tamaño y su fama de fiero, el oso pardo ibérico es un animal pacífico y bonachón que fuera de la época de cría no se muestra en absoluto combativo con los miembros de su misma especie, huye de los conflictos con el ser humano y evita cuanto puede nuestra presencia.

Mucho menos carnívoro que el lobo, basa su alimentación en un régimen frugívoro (en otoño especialmente) en el que abundan los frutos silvestres, bayas y brotes de arbustos (brezo, piornal, enebro, majuelo, etc). En primavera y verano captura todo tipo de presas: hormigas, gusanos, escarabajos y todo tipo de reptiles. También captura anfibios y peces.

Por norma general, no suele atacar al ganado, aunque a finales de invierno, tras abandonar el letargo, cuando la necesidad de ganar peso le despierta su instinto más predador, pueden darse algunos casos puntuales. Pero en ese aspecto suelen ser mucho menos problemático que el lobo para pastores y ganaderos. Por el contrario, siente auténtica pasión por la miel, por lo que suele expoliar las colmenas de su territorio, lo que trae de cabeza a los apicultores.

Cuando llega el invierno, como explico en otro capítulo del libro, la mayoría de osos ibéricos (algunos optan por permanecer activos) desaparecen de la montaña, se retiran al abrigo de alguna cueva para reducir allí sus constantes vitales y dormir consumiendo la reserva de grasas acumuladas, sumidos en un sopor que no es del todo profundo. De hecho suelen salir de la cueva para darse un paseo invernal, lo que nos permite seguir su rastro.

Las huellas del oso aparecen bien marcadas sobre la nieve. En ellas se distingue perfectamente la suela, semejante a la de un pie humano descalzo, los cinco dedos, almohadillas y uñas. La huella anterior es mucho más pequeña que la posterior. Otro de los rastros habituales son los zarpazos en los troncos de los arboles, el pelo enganchado en las cortezas o los alambres de espinos y las sendas marcadas entre la vegetación de sus territorios.

Cuando he citado el comportamiento de aquella hembra a la que observé

en la montaña de León, hacía referencia a un rasgo poco conocido pero que suele darse muy a menudo entre los osos, sobre todo cuando las poblaciones van en aumento y la competencia por las hembras se acentúa. Se trata de la tendencia al infanticidio que muestran los machos de oso pardo para provocar que las osas vuelvan a entrar en celo. Hace unos años, un equipo de guardas del Parque Natural de Somiedo grabó por primera vez un vídeo que así lo demuestra. En las imágenes, captadas en plena naturaleza, pudo verse como un oso adulto baja a toda velocidad por una ladera en la que unos cachorros están jugando tranquilamente junto a su madre y mata a uno de ellos. Y es que, como suelo decir cuando describo algunos comportamientos animales de este tipo: «la naturaleza no es una película de Disney».

En todo caso, quiero reseñar lo difícil que ha sido llegar hasta aquí: hasta alcanzar el alto privilegio de que cualquier lector, si dispone del tiempo necesario, pueda disfrutar de la observación de los osos en libertad en nuestras montañas del Cantábrico o los Pirineos.

Ha sido casi un verdadero milagro rescatar al oso pardo a las puertas de la extinción y lograr una población estable de alrededor de trescientos ejemplares repartidos entre los dos núcleos de la cordillera Cantábrica (algo más de doscientos en la occidental y más de cuarenta en la oriental) y los Pirineos (con cerca de cincuenta).

Es algo con lo que pocos nos atrevíamos a soñar en los años ochenta cuando, desaparecido en Pirineos y con apenas un puñado de ellos en el occidente de las montañas cántabras, estuvimos a punto de perder a la especie para siempre.

Han sido necesarios unos años de duro trabajo, de grandes esfuerzos personales. Muchos recursos económicos, muchas jornadas de seguimiento en el bosque y de sensibilización en los colegios. De acudir una y otra vez a los medios de comunicación para explicar a todos por qué debíamos protegerlos. Muchas horas de discusión en los despachos de los políticos, de pegar la hebra en las cantinas de los pueblos, en los sindicatos agrarios, en las federaciones de caza. No deberíamos olvidarlo.

Como tampoco deberíamos olvidar a los que lo han hecho posible. Gente que ha dedicado su vida y su empeño a defender al oso y velar por la conservación de los territorios oseros y con los que todos los que, como

usted, querido lector, amamos la naturaleza y nos gusta disfrutar en ella estamos en deuda. Como mis admirados y queridos amigos de la Fundación Oso Pardo (FOP), con su presidente Guillermo Palomero al frente.

La FOP surge en el año 1992 cuando un grupo de amigos, gente vinculada a la conversación de la naturaleza y a la universidad, deciden ponerse en marcha para tratar de contribuir a conservar la población de oso pardo, que en aquellos momentos atravesaba una situación absolutamente crítica. Fue la primera fundación que se creó de protección a la naturaleza, hasta entonces no existía ninguna bajo esa figura, todas las entidades conservacionistas eran asociaciones. Y lo primero que hicieron fue patearse toda la cordillera cantábrica y posteriormente el Pirineo para saber cuántos osos quedaban y cuáles eran los principales retos que planteaba la conservación de la especie.

A partir de ese momento la FOP ha trabajado para contribuir a la conservación del oso pardo, su hábitat y su entorno cultural pero siempre partiendo desde una premisa básica: que es posible la coexistencia entre las actividades económicas en un territorio y una población salvaje de osos.

La gestión de las poblaciones de grandes carnívoros salvajes en zonas densamente habitadas requiere de altas dosis de astucia y mucha, muchísima mano izquierda. Por eso el grupo de biólogos y expertos naturalistas de la FOP además de realizar censos, contratar y formar patrullas y organizar campañas de educación ambiental en las escuelas, ha centrado su actividad en hablar, hablar y hablar.

Fueron muchas conversaciones de cantina con pastores, apicultores y cazadores. Muchos los debates en las salas de reunión de sindicatos y cooperativas agrarias. Largas las jornadas de viaje para ir a conocer a los alcaldes de todos los pueblos y prestar apoyo a los propietarios afectados por los ataques. Todo ello con unos objetivos muy claros: alcanzar acuerdos, lograr pactos, sumar voluntades.

Consenso. Esa ha sido la principal herramienta para lograr lo que muchos llaman «el milagro del oso». Osos capaces de vivir en entornos habitados y de convivir en armonía con sus gentes. Ese es el gran reto. Y en la cordillera Cantábrica se está consiguiendo. Además, claro está, de lo mucho que está poniendo por su parte la propia especie, el animal más espectacular de la fauna ibérica, con su sola presencia: una opción real de desarrollo local en las

comarcas que habita. Como las montañas de Somiedo, en Asturias.

El Parque Natural de Somiedo se declaró en 1988. En ese año en el pueblo había hostales, es cierto, y había servicios de restaurante y había bares. Pero ninguno de ellos se llamaba «Hotel del Oso», «Restaurante Oso Pardo» o «Bar de los Osos», como ahora. Tampoco existía un solo negocio enfocado al turismo rural. Hoy funcionan alrededor de un centenar.

Como me comentaba su alcalde, Mino, durante mi estancia en su pueblo para rodar el capítulo dedicado al oso de *Naturalmente* la serie que escribí, dirigí y presenté en TVE: «Cada vez viene más gente expresamente a ver el oso. Llegan de todas partes, muchos son extranjeros, y vienen equipados con todo el material que se necesita para hacer avistamientos».

Y por lo general todo el mundo que sube a Somiedo a ver al oso se marcha muy contento porque lo ve, de una manera u otra, todos lo acaban viendo. En libertad, en sus territorios salvajes, con la ayuda de los servicios que ofrecen los guías del pueblo. Gente joven que no tenía ningún futuro en la comarca y que, gracias al fenómeno del *bear-watching*, han montado un negocio y han conseguido salir adelante.

Se trata de una forma de turismo vinculado a la observación del oso que en el resto de países oseros (Eslovenia, Suecia, Finlandia, Italia y otros) atrae a miles de turistas de naturaleza, generando un importante volumen de negocio y convirtiéndose en la mejor forma de luchar contra el abandono rural. Todo ello sin poner en riesgo a la especie, claro está, no vayamos a acabar como en la fábula de Esopo y matemos a la gallina de los huevos de oro.

En Somiedo, esa convivencia entre la conservación del oso y la afluencia de turistas que acuden atraídos por su presencia ha alcanzado un alto grado de equilibrio. Un 40 por ciento del territorio no es accesible al turismo porque coincide con los mejores hábitats del oso. En el 60 por ciento restante se han habilitado rutas de senderismo, a caballo y en vehículos todo terreno conducidos por gente de allí que conoce bien el territorio y evita causar cualquier tipo de molestia a los plantígrados.

También han sido muy restrictivos con el desarrollo urbanístico. En el parque natural de Somiedo hay treinta y ocho núcleos habitados. Se trata de pequeñas poblaciones donde, a menudo, viven un puñado de habitantes y solo



se ha permitido construir dentro de esos núcleos. La inmensa mayoría de las infraestructuras necesarias para el desarrollo turístico las han construido empresas locales que han dado empleo a gente del lugar, quienes también han podido acceder al resto de puestos de empleo generados por la actividad turística en torno a la presencia del oso. Por eso se ha alcanzado un grado de convivencia tan alto, algo que no ocurre en otros lugares del Principado.

Hace unos años, un grupo de excursionistas que disfrutaban de una jornada de campo en la Reserva Natural de Muniellos, uno de los robledales más bellos de Asturias, descubrieron el cadáver de un oso pardo oculto entre la maleza del camino. Imagino la impresión que debió causarles semejante hallazgo.

La cara de asombro que debieron poner aquellos amantes de la naturaleza que, quizá atraídos por la remota posibilidad de ver al gran protagonista de la fauna cántabra, se llevaron la desagradable sorpresa de encontrárselo tirado ente los matorrales de una cuneta, abatido por un disparo.

Aquel pobre animal, un macho joven de oso pardo que quizá andaría merodeando por ese espacio protegido en busca de un territorio donde establecerse, tuvo la mala fortuna de toparse con un escopetero, que no un cazador. Un desalmado que no dudó en pegarle un tiro. «Yo creía que... oí un ruido... y lo confundí con un jabalí». Sospecho las explicaciones del culpable ante el juez. Pero no hay excusa que valga.

No puede ser que unos excursionistas salgan a pasear por un espacio protegido como la Reserva Natural de Muniellos, uno de nuestros escasos refugios de vida salvaje habitados por el oso, y se encuentren el cadáver de uno de ellos tirado en una cuneta con un disparo de escopeta en el costado. No puede ser de ninguna de las maneras.

Matar a un oso pardo es un delito contemplado en el Código Penal con una pena de cárcel que puede llegar a los dos años y una multa de hasta trescientos mil euros. Sin embargo, somos muchos los que consideramos que este tipo de acciones deberían acarrear castigos más severos para que resulten verdaderamente disuasorios. Nunca es suficiente cuando se trata de proteger a una especie tan amenazada como el oso pardo.

Pero en paralelo hay que seguir perseverando en las medidas de conservación llevadas a cabo hasta la fecha, que como hemos visto, han sido

muchas y muy acertadas. Seguir fortaleciendo las alianzas en los territorios oseros y generando complicidad con todos los agentes que participan en su custodia.

Hay que trabajar sobre el exitoso modelo de Somiedo y para que lo de Muniellos no vuelva a suceder. Hay que conseguir que la gente se sienta orgullosa de compartir territorio con el oso, que sienta al animal como algo de su propiedad. Hay que lograr que vivir en el territorio del oso sea la mayor seña de identidad para sus gentes. Tal vez así nadie se atreva a dispararle o serán los propios paisanos quienes lo lleven a empujones ante el juez.

Desde luego que deberemos seguir trabajando para evitar las muertes causadas por el hombre, conservar el hábitat y, sobre todo, conectar los dos núcleos de la cordillera cantábrica. Pero si continuamos así, uniendo fuerzas y trabajando todos juntos, lograremos mantener la presencia del oso pardo en nuestra naturaleza, lo que, para todos los que la amamos, es una muy buena noticia.

## CAPÍTULO 26

# DISFRUTAR COLECCIONANDO

Durante mi infancia uno de mis pasatiempos favoritos era ordenar y examinar mis colecciones de naturalista. Podía pasarme horas y horas estudiando y clasificando aquellos preciados tesoros que había ido recolectando en mis salidas al campo. Era otra forma de disfrutar de la naturaleza, ideal para los días de lluvia en los que no podía ir de excursión o cuando estaba enfermo y no iba al cole.

De hecho, el coleccionismo es una excelente manera de iniciarse en la observación de la naturaleza. La recolección de muestras naturales nos depara buen número de sorpresas y es una de las labores más divertidas durante las excursiones. Después, al clasificar y revisar los tesoros hallados en el campo, podemos seguir avanzando en el estudio del entorno para contribuir a protegerlo.

Para ello es importante que recojamos las muestras sin ocasionar daños en el entorno ni, por supuesto, a ningún ser vivo. De ahí que no recomiende en este capítulo la elaboración de un insectario o un mariposario, pues considero que las colecciones zoológicas, tan de moda en la época victoriana del naturalismo, representan una época oscura, indispensable para avanzar en el conocimiento y clasificación de las especies, es cierto, pero trágica para algunas de ellas que fueron sometidas a una persecución inaceptable.

Por eso no voy a dejar de insistir, desde principio a fin de este capítulo, que al actuar como coleccionistas, nunca debemos caer en la rapiña científica que tanto daño ha causado a la naturaleza. Si recogemos y conservamos sus restos es porque queremos conservarla a ella. Por eso nunca debemos dar muerte a ninguna planta ni ningún insecto, ni ocasionar molestias a los animales silvestres alterando el lugar donde viven. Se trata de aprovechar exclusivamente los materiales inertes, como hojas y plumas caídas, rocas y

minerales o conchas, de lo contrario no sería coleccionismo sino caza y espolio.

Aclarada esta importante cuestión sobre el coleccionismo, diré que una de mis colecciones más preciadas era (y digo era porque hace unos años se la cedí a un joven naturalista para que la siguiera él) mi archivo de plumas.

El estudio y la clasificación de las plumas de las aves puede convertirse en una apasionante actividad naturalística que nos proporcionará abundantes conocimientos sobre las distintas especies que viven o visitan nuestros campos y los diferentes ecosistemas a los que pertenecen. Así, de modo divertido a la vez que didáctico, podemos iniciar una colección que con el tiempo se convertirá en una útil herramienta ya que nos ayudará a adquirir conocimientos sobre estos animales y será un buen motivo para acudir más a menudo al campo.

La manera de iniciar una colección de plumas no puede ser más sencilla. Necesitaremos un álbum de fotografía de hojas autoadhesivas, unas hojas de papel, unas tijeras y una barra de pegamento. Para empezar deberemos incorporar un cuaderno de anotaciones a nuestro equipo de excursionista. En él tomaremos todos los datos concernientes a la fecha y el lugar en el que hallamos la pluma. Después procederemos a su identificación con la ayuda de una guía de aves (hay muchas editadas). Una vez identificada la especie a la que pertenece anotaremos en una ficha de papel los datos sobre el hallazgo y la fijaremos junto a la pluma en la hoja del álbum.

Otro sistema consiste en confeccionar nosotros mismos el álbum empleando unas hojas de cartulina a las que practicaremos unas incisiones con un cúter para crear dos bandas de sujeción a uno y otro extremo de la pluma. En este caso las anotaciones las podemos realizar a lápiz sobre la propia cartulina. Después las guardaremos convenientemente clasificadas en una carpeta de anillas.

Las plumas más frecuentes son las que recubren el ala (alares) y la cola (caudales) del ave, ya que se ven sometidas a los diferentes periodos de muda durante el año. El hábitat donde las hallemos nos ayudará a identificar cada una de ellas. En el bosque, por ejemplo, es habitual encontrar plumas pequeñas de pajarillos como el carbonero, el herrerillo o el petirrojo, o más grandes como las del mirlo y el zorzal. Las de urraca son de color negro con

una inconfundible irisación.

Mi pluma más preciada era una cobertora alar del arrendajo: una de las plumas más bellas que existen, de color azul metálico y listada de negro. En campo abierto podemos encontrar plumas espectaculares, como las de buitre, cuyas rémiges (situadas en la parte externa de las alas) pueden alcanzar los sesenta centímetros.

También podemos hallar plumas de bellos colores como las del abejaruco o la de la abubilla, a bandas negras y blancas las alares y negra con una amplia banda blanca las correspondientes a la cola. En la playa las más habituales son las de gaviota, aunque también podemos encontrar plumas de alcatraz o de pardela, y en los humedales podemos recoger plumas de diferentes patos: las más espectaculares son las situadas en el espejuelo (justo en medio del ala) del ave: de intensos tonos brillantes.

Las rapaces nocturnas nos brindarán las plumas más valiosas cuando muden o las pierdan, ya que están entre las aves que entregan más tiempo al cuidado de su plumaje. Las de lechuza, por ejemplo, de color crema y blanco, poseen una sorprendente textura sedosa y apelmazada para convertir su vuelo en uno de los más silenciosos entre las aves.

Lo más apropiado es proceder a la identificación una vez en casa, contrastando su forma y color con las de las especies dibujadas en las guías de campo u otros libros de consulta. Si no somos capaces de identificar la especie dejaremos en blanco el espacio y dedicaremos una mañana de sábado a visitar el Museo de Zoología de la ciudad, donde podremos observar la colección de aves y comparar nuestras plumas con la de los ejemplares naturalizados. Además, de ese modo, aprenderemos a situarlas en el cuerpo del ave: infracobertoras, caudales, remeras. Todo un mundo de posibilidades para disfrutar de la naturaleza aprendiendo de ella.

La colección de rocas y minerales es otro clásico entre los aficionados, un pasatiempo absorbente que comparten muchos amantes de la naturaleza en todo el mundo. Porque si la observación de todo lo vivo resulta apasionante, no menos atractivo es el viaje al pasado que propone el examen de las características físicas y químicas de lo inerte.

En ese sentido, los fósiles, verdaderos testigos del paso de la vida en la Tierra, nos invitan a desentrañar e interpretar los protagonistas que un día

precedieron a quienes hoy poblamos el planeta.

Las rocas están compuestas por la suma de varios minerales y son las piezas que conforman el puzzle de la corteza terrestre. Podríamos decir que las rocas son un amasijo de minerales que, al endurecerse y adquirir una forma determinada, aparecen como objetos homogéneos: como piedras. Según su origen, las rocas pueden ser ígneas, metamórficas y sedimentarias.

El granito es la más común entre las rocas ígneas (formadas por la cristalización de minerales fundidos) y está formado por tres minerales: cuarzo, mica y feldespato. Si nos fijamos en su aspecto es muy sencillo diferenciarlos: el cuarzo son los cristales, el feldespato las porciones más blancas y la mica son esos granitos brillantes, negros y plateados que tanto llaman la atención.

La pizarra en cambio es una roca metamórfica, es decir, que se ha formado a partir de una ya existente. Tiene un aspecto apelmazado y está formada por placas de color negro, con irisaciones verdes y aspecto húmedo y muy frágil. El grafito es lo que le confiere el color negro, por lo demás está compuesta por arcillas, cuarzo, mica y feldespato.

La sal gema es una roca sedimentaria que, como casi todas, se formó en el fondo del mar. Está compuesta básicamente por halita, minerales de arcilla y óxido de hierro. A ello se debe su frecuente color marrón anaranjado. Tiene un aspecto cristalino y la mejor manera de identificarla es darle un pequeño chupetón: está saladísima.

Los minerales son objetos sólidos e inorgánicos que en ocasiones aparecen como compuestos elementales en la corteza terrestre formando las rocas. Un mineral puede ser un elemento original no combinado o una mezcla de estos. Por ejemplo, el oro y la plata son elementos originales. La calcita o la pirita serían un ejemplo de minerales compuestos. El cuarzo pertenece al grupo de los óxidos y está entre los minerales más abundantes de la Tierra, por ello resulta muy frecuente encontrarlo en la naturaleza y es la primera opción para empezar nuestra colección.

El cristal de roca es uno de mis cuarzos favoritos, inconfundible por su aspecto prismático, con bordes rectilíneos y una alta transparencia. Es un cuarzo incoloro y muy puro. Con una fractura menos recta que el cristal de roca, el cuarzo rosado es también muy bello. Su coloración se debe a los

iones de titanio y manganeso. Mucho más abundante y común, el cuarzo lechoso es de color blanco puro debido a las diminutas intrusiones líquidas que favorecen la dispersión de la luz.

Pero si los minerales son mágicos, los fósiles todavía lo son más, pues en realidad son las «petrocopias» de los animales y plantas que hace millones de años poblaron la corteza terrestre. El tipo de ser vivo que aparece fosilizado nos indica las características del ecosistema que le elevaba sobre el suelo en el que hemos recogido el fósil. Una concha o un pez encontrados en un valle nos indican que caminamos por lo que un día fueron fondos marinos y un helecho grabado en la roca de un páramo desértico nos indica que aquel mismo lugar estuvo un día poblado de bosques.

Los animales con caparazón fosilizan mejor que las plantas, en especial los que poblaban el lecho marino (moluscos, bivalvos, cefalópodos, etc.) por eso resulta común encontrar conchas fosilizadas, como los famosos trilobites, en nuestros paseos por el campo. Lo curioso es que esas conchas pueden aparecer ahora en espacios alejados del mar, lo que nos habla de las largas transformaciones que ha sufrido el planeta durante este tiempo.

Los pedregales que se forman en las laderas de las montañas y las quebradas de los caminos acostumbran a ser lugares ricos en sedimentos, resultando el territorio ideal para buscar fósiles. Ejercer como paleontólogos no precisa grandes requerimientos, tan solo unas buenas botas, un macuto y un martillo de mineralogía. Es necesario tomar buena nota, eso sí, de datos tales como la localización o las características del terreno, por lo que no deberemos olvidar el uso de un cuaderno de campo para identificar los hallazgos.

Pero además de las plumas, las rocas y minerales y los fósiles, otra de las colecciones que despierta más pasiones entre los naturalistas aficionados es la colección de conchas.

La malacología es la especialidad de la zoología que estudia a los moluscos. Un grupo de invertebrados numerosísimo que desde siempre ha cautivado al hombre por sus sofisticadas y maravillosas texturas, colores y formas. Y para los malacólogos un paseo por la playa, con la marea baja, recogiendo unas cuantas conchas, puede suponer la mejor manera de disfrutar en la naturaleza.

Aunque hay lugares en los que la recolección masiva ha dado origen a medidas de protección para evitar la especulación (hay conchas que llegan a alcanzar precios increíbles), en nuestro país el coleccionismo no supone ninguna amenaza para este grupo de seres vivos que, por otro lado, tienen en la contaminación marina a su principal enemigo.

La mejor manera de iniciar nuestra colección de conchas es recogiendo las que encontremos en la playa más cercana. Así aprenderemos a diferenciar los ejemplares más comunes, y de vez en cuando, saltará la sorpresa en forma de especie exótica. Para ello es aconsejable consultar las tablas de pleamar y bajamar antes de echarnos a la arena.

El equipo del coleccionista de conchas no puede ser más básico: bolsas de plástico y tubos de ensayo para transportar las más delicadas, además del cuaderno de campo donde anotaremos el lugar, la fecha y la hora de la recolección.

Una vez en casa se harán indispensables unas pinzas de entomólogo, una navaja multiusos, un pequeño pie de rey, un dinamómetro para pesarlos y un cepillo de dientes para limpiarlas de arena. La ayuda de una lupa de gran aumento nos permitirá adentrarnos en los rincones de sus texturas: un viaje al fondo del mar. Utilizaremos etiquetas blancas para identificar a cada una, nunca debemos marcar con tinta la concha para indicar los datos. Un pequeño fichero con cajones, como el de los minerales —yo empecé con cajitas de cerillas— nos permitirá clasificarlas por hábitats o por lugares.

Para empezar a familiarizarnos con las conchas podemos aprender a diferenciar las más comunes. La primera tarea consistirá en establecer a que clase pertenecen. Existen cinco clases principales, aunque gasterópodos y bivalvos reúnen prácticamente al total de las que se pueden encontrar. El resto serán colmillos, quitones y cefalópodos.

Los gasterópodos agrupan al 80 por ciento de las conchas y pueden presentar gran variedad de formas, aunque las más habituales son piramidal, romboide o de huso. Pueden ser también alargados y puntiagudos o aplanados y redondeados. La lapa común (*Patella vulgata*) es un gasterópodo. Los populares bígaro o caracolillo de mar (*Littorina littorea*) y cañadilla (*Bolinus brandaris*) también lo son.

Los bivalvos son los más conocidos. Sus conchas se abren en dos partes



más o menos iguales (berberechos, almejas, ostras, navajas, etc.) Uno de los más comunes es el mejillón (*Mytilus edulis*). La concha de la famosa vieira o concha del peregrino (*Pecten maximus*) es uno de los bivalvos más espectaculares que podemos encontrar en nuestras playas.

Los cefalópodos forman un grupo especialmente interesante. No debemos olvidar que entre estos moluscos se hallan pulpos, calamares y sepias, que poseen conchas internas.

Los que tienen concha externa muestran las más espectaculares de todas, muy apreciadas por los malacólogos expertos. Se han clasificado más de diez mil especies fósiles: entre las que destaca el famoso trilobites. El nautilo (*Nautilus pompilus*) es el más representativo, con una gran concha acaracolada, en forma de yelmo, blanca y rayada de caoba.

Los quitones representan un grupo menor, sus conchas son pequeñas, ovaladas, con ocho placas curvadas, que presentan el diseño de los caparazones de las tortugas o el de algunos coleópteros como las quisquillas. Uno de los más representativos es el *Amaurochiton glaucus*, un molusco de leyenda.

Para acabar, tanto en el caso de las rocas y minerales como en el de los fósiles y las conchas, es cierto que podemos reunir la más valiosa de las colecciones comprando ejemplares por internet o en los mercadillos de aficionados, pero eso no es de lo que iba este capítulo. Mi propuesta es disfrutar en la naturaleza coleccionando muestras recogidas por nosotros mismos, durante nuestras salidas al campo, o como mucho intercambiándolas con compañeros de afición que las hayan capturado en otros lugares.

## CAPÍTULO 27

# LA MARIPOSA DE LA LUNA ESPAÑOLA

Para la mayoría de los que dedicamos nuestra vida a la naturaleza, el mundo de los insectos sigue siendo el gran reto, el cosmos por descubrir. Un destino al que vamos dando largas, fascinados por su belleza pero retraídos por la complejidad de la clase. Y es que con alrededor de un millón de especies conocidas (y quién sabe si el doble aún por descubrir) zambullirse en ese mundo es hacerlo en el inmenso océano de la biodiversidad animal.

En todo caso, lo cierto es que los amantes de la entomología (que es la rama de la zoología que estudia los insectos) tienen buenas razones para vivir de manera apasionada su afición. ¿Cuántas veces nos hemos quedado con la boca abierta ante la sofisticada perfección de una tela de araña, observando el hercúleo esfuerzo de una hormiga que arrastra un objeto diez veces mayor que ella, o la perfecta organización de una colmena? Esos encuentros cotidianos con los insectos más comunes pueden depararnos jornadas de campo inolvidables. Pero la entomología tiene sus rarezas, sus retos, sus especies emblemáticas.

Uno de los órdenes de insectos más fascinantes es el de los lepidópteros: las mariposas. Formado por más de ciento setenta mil especies, de las que la mayoría (el 90 por ciento) son polillas nocturnas, el estudio de las mariposas propone un paseo por las formas y colores más bellos entre los seres vivos.

Y en la península ibérica vive una de las mariposas más espectaculares y bellas del planeta, símbolo de nuestra entomología: la isabelina (*Graellsia isabellae*), a la que los entomólogos ingleses dieron uno de los nombres más bellos y mejor referidos de todo el nomenclátor de especies: *the spanish moon moth*, la mariposa de la luna española.

En los albores del naturalismo español, cuando en los museos de zoología todavía quedaban huecos en sus vitrinas y cajones vacíos, una expedición

científica por nuestros montes podía deparar valiosos hallazgos.

Entregado a esa tarea, una mañana de mayo de 1848, el famoso doctor Mariano de la Paz y Graells, considerado como uno de los científicos más célebres de su época, prestigioso entomólogo, catedrático de la Universidad de Madrid y fundador de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, paseaba por unos pinares del Sistema Central acompañado por su perro. Un curioso can que, como los podencos de los cazadores de liebres, estaba especialmente adiestrado para localizar y «marcar» a los insectos que estudiaba su amo.

El doctor Graells buscaba una mariposa americana que al parecer se había citado en la zona.

La sorpresa del viejo profesor debió de ser mayúscula cuando, al acercarse a la posición que marcaba el perro, halló posada en un tronco de pino un ejemplar excepcional, una mariposa de casi diez centímetros de envergadura decorada como un tapiz japonés. Contemplando hoy las fotos del insecto, que a partir de entonces sería conocida como *Graellsia isabelae* en honor al científico y a la reina Isabel II, podemos imaginar su sobresalto.

La casualidad y el «olfato» de su simpar ayudante de campo hicieron posible la clasificación de uno de los insectos más singulares del continente en una época en la que el proceso de identificación de una nueva especie era sometido al más riguroso examen. De hecho, el ejemplar localizado por Graells era una hembra, el macho, que muestra notables diferencias, tardaría aún cuatro años en ser citado y reconocido.

Como dicen los ingleses, esta mariposa nocturna despliega toda la belleza que es capaz de imaginar un naturalista a la luz blanca de la luna en nuestros pinares, pues su existencia está íntimamente ligada a los árboles pertenecientes a este género.

El área de distribución de la especie coincide con la de las principales poblaciones de coníferas, especialmente pináceas, y entre estas, los bosques de pino albar o silvestre (*Pinus sylvestris*), pino negro (*Pinus uncinata*) y pino salgareño (*Pinus nigra*), ya que la oruga de esta singular especie de mariposa, no menos impresionante que el adulto, se alimenta de sus hojas.

El encuentro con este lepidóptero puede dar origen a una profunda impresión que devengará en irremediable devoción a la entomología.

Tenemos otras mariposas de gran belleza, como la popular macaón (*Papilio machaon*), o la espectacular gran pavón (*Saturnia pyri*) a cuya familia pertenece la propia isabelina, también nocturna, pero la belleza y la elegancia de la mariposa de Graells suponen el cénit del mariposario ibérico.

El diseño radial de las venas granates sobre las alas verdes es casi modernista. Simétricamente situados, dos arriba y dos abajo, muestra cuatro ocelos que combinan los colores rojo, amarillo, blanco y violeta, todo ello define de manera inconfundible el perfil cromático de esta especie de mariposa.

Si queremos diferenciar a los sexos tendremos que fijarnos en el perfil de las alas: en el macho son más estilizadas y acaban en una larga y estrecha cola. En la hembra, en cambio, muestran un contorno general más redondeado, terminando en pequeños lóbulos. En todo caso, las de ambos sexos muestran un aspecto igual de espléndido. Aspecto que no es capricho de la naturaleza, sino que obedece a una estrategia atávica de supervivencia: la de aparentar más de lo que uno es. Por ejemplo, los ocelos que luce la mariposa en sus alas imitan a los ojos de una fiera y lo hace para que el insectívoro de turno que pudiera atacarla se lo piense dos veces antes de intentar echarle bocado. La mariposa de la luna española es en realidad el disfraz de una oruga inteligente, una obra de arte de la evolución.

Sin embargo, esa estrategia tuvo el efecto contrario ante nosotros, ya que su belleza y gran tamaño la condujo hace unas décadas a una situación poblacional muy delicada. Junto a las amenazas comunes (uso de plaguicidas fitosanitarios, deterioro de los hábitats, contaminación atmosférica, etc.) su aspecto la convirtió en objeto de deseo para los coleccionistas de todo el continente, que armados con sus cazamariposas se afanaron por capturar un ejemplar de isabelina recorriendo los pinares mesetarios.

Hoy en día esta especie goza de una protección especial y nuestros pinares están recuperando a ritmo acelerado su presencia, resultando relativamente fácil localizarla. Observar el vuelo de la isabelina es como contemplar una obra de arte. Uno de los mejores lugares para disfrutar de la isabelina es el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama, situado en la parte oriental del Sistema Central, entre Madrid y Segovia, cuyos bosques conocieron tan bien el profesor Graells y su perro, muy especialmente el pinar de pino albar o

silvestre de Valsaín, considerado el mayor de España, donde la isabelina tiene establecido uno de sus mejores territorios.

Si el lector acude allí para observarla y tiene la fortuna de encontrarse con ella, verá que todo lo que he dicho aquí de ella es poco, pues su belleza al natural supera con mucho mi capacidad para describirla. Y si es así, aunque vengo remarcando este aspecto a lo largo de todo el libro, por favor practique la admiración y olvídese de la captura.

Disfrutar en la naturaleza requiere el gesto de conservarla, algo que no quiero dejar de resaltar al hablar de mi admirada mariposa de la luna española, uno de los animales más bellos y espectaculares del planeta.

## CAPÍTULO 28

# BAÑOS DE BOSQUE PARA CURAR EL ALMA

Como no me canso de repetir a lo largo del libro, el alejamiento de la naturaleza está detrás de buena parte de los males que nos aquejan: como individuos y como sociedad. Por eso insisto en lo oportuno de acudir más a menudo al campo: porque el campo sana el cuerpo y la mente. Cada vez existen más evidencias científicas que demuestran el poder curativo de los entornos naturales, especialmente de los bosques.

Podría recurrir a la ciencia para explicarlo, pues existen no pocas investigaciones, algunas muy rigurosas y muy bien documentadas, que así lo demuestran. Pero ese no es el propósito de este libro. En estas lecturas dedicadas a ensalzar el disfrute en la naturaleza, prefiero no acudir a la ciencia para justificar lo que ella defiende, sino basarme en algo mucho más importante: la emoción.

Quiero apelar a los sentimientos antes que recurrir a los datos para defender la necesidad de retornar a la naturaleza, de regresar al bosque. Porque creo sinceramente que a todos nos va la salud y hasta la vida en ello, porque lo he comprobado en mí mismo y en los otros.

Los llamados «baños de bosque», término procedente del japonés *shinrin-yoku*, surgen como una propuesta de encuentro con la naturaleza para procurar la mejora de la salud mediante el contacto con los árboles. Y el método de la terapia no puede ser más simple: basta con salir al bosque y querer serlo, ser árbol, uno más. Y digo ser aludiendo al significado de la palabra y no al del verbo, porque la palabra ser significa según el diccionario de la RAE «formar parte de una corporación o comunidad».

Ser árbol para ser arboleda: enraizar nuestro organismo junto al de los

otros para ensamblar nuestro cuerpo con la comunidad del bosque y sentir su protección, su invitación a la esperanza, hasta su sabiduría.

No se trata del poder curativo de los árboles, tema del que encontraremos abundante bibliografía en los tratados de medicina natural y tradicional, pues no en vano de ellos proceden muchos fármacos. De lo que quiero hablar aquí es de la sanación en el bosque. Del bienestar que sentimos cuando nos sumergimos en una arboleda y nos acomodamos en la comunidad forestal, integrándonos en la rica biodiversidad que acoge.

Uno de los autores que mayor empeño han dedicado a transmitirnos el mensaje del poder sanador del contacto con la naturaleza es Henry David Thoreau (Massachusetts, 1817-1862), a quien vengo citando a lo largo del libro: acaso el escritor que más y mejor ha apelado a la urgencia de nuestro reencuentro con el bosque para alcanzar la plenitud vital. «Es un disparate intentar educar a los hijos dentro de una gran ciudad. El primer paso ha de ser sacarlos de ella» escribió en 1853, un año antes de publicar su aclamado libro *Walden, la vida en los bosques*.

«Los hombres se han convertido en las herramientas de sus herramientas». Por eso huyó a la espesura del bosque, al austero confort de una pequeña cabaña de madera junto al lago Walden, para «vivir deliberadamente, enfrentándome solo a los hechos esenciales de la vida». Allí descubrió y nos contó que «todo lo bueno es libre y salvaje».

La unión entre el ser humano y los árboles ha sido fuente de inspiración para muchos otros autores, dando lugar a algunas de las obras más bellas de la literatura universal. Como Dersú Uzalá, la emotiva novela del gran naturalista Vladimir Arséniev magistralmente llevada al cine por Kurosawa, en la que su protagonista se refiere a los habitantes del bosque como «gente».

El bueno de Dersú, que se consideraba a sí mismo como una criatura más de la taiga, el gran bosque boreal que cubre buena parte del hemisferio norte, enferma cuando lo separan de los árboles y lo trasladan a la ciudad, lejos de su «gente».

Porque además de mejorar el estado de ánimo general, además de atenuar todo tipo de dolencias y fortalecer el sistema inmunitario, la profundidad del bosque es el último refugio en un mundo cada vez más alejado de la naturaleza, en el que el ser humano ha optado por recluirse en ciudades cada

vez más hostiles, dominadas por el estrépito, la inmediatez y el amontonamiento.

Hay una cita de José Saramago a la que siempre acudo como muestra del estrecho vínculo que nos une al árbol: por su esplendorosa sencillez y su alta carga de emotividad.

Soy nieto de un hombre —contaba el añorado maestro— que al presentir que la muerte estaba a su espera en el hospital a donde lo llevaban, pidió que lo bajaran al huerto para ver por última vez los árboles que había plantado y cuidado durante toda su vida. Llorando y abrazándose a todos y cada uno, se despidió de ellos como si de un ser querido se tratara.

Le invito a que haga la prueba y disfrute de un baño de bosque con los cinco sentidos. Intente renunciar a lo que es por un instante para ser solo naturaleza. Tiña de verde su mirada, escuche el sonoro silencio del bosque, acaricie la corteza de los árboles, aspire el aroma balsámico de las plantas y las flores y deguste el sabor mineral del agua de la fuente.

Esa sensación de vida plena es la que buscó Thoreau, la que añoró Dersú Uzalá y la que quiso sentir por última vez Jerónimo Melrinho, el abuelo de Saramago. Aquel hombre bueno, aquel buen hombre al que su nieto, el más importante escritor de todos los tiempos en lengua portuguesa, profesaba tanta admiración, poseía una sabiduría que solo se adquiere en contacto con los árboles.

En el fondo de su corazón —escribió el Premio Nobel portugués en una preciosa carta a él dedicada— tal vez mi abuelo supiera, de un saber misterioso, difícil de expresar con palabras, que la vida de la tierra y de los árboles es una sola vida. Ni los árboles pueden vivir sin la tierra, ni la tierra puede vivir sin los árboles. Incluso hay quien afirma que los únicos habitantes naturales del planeta son ellos, los árboles. ¿Por qué? Porque se nutren directamente de la tierra, porque la agarran con sus raíces y por ella son agarrados. Tierra y árbol, aquí está la simbiosis perfecta.

Por eso somos muchos los que hemos consagrado nuestra existencia a la defensa de la naturaleza, del bosque, de los árboles. Y por eso quiero aprovechar la intimidad que me permite esta lectura para pedirle al lector que respete a los árboles, al bosque, a la naturaleza. Y que se reencuentre con ellos.

Que no sienta rubor alguno en abrazarlos, en hablarles pegando la voz a la



corteza. En descalzarse y trepar hacia su copa para cobijarse en su regazo o simplemente tumbarse a su generosa sombra para, simplemente, leer estas páginas.

## CAPÍTULO 29

# EN LOS VIÑEDOS

Todos los que amamos la naturaleza apreciamos el alto valor ecológico de la viña. Seguimos con especial interés el calendario fenológico de las especies que la habitan, su alternancia con el paso de las estaciones, especialmente en el caso de los pájaros. La alondra y la totovía cantan en las viñas en primavera, las golondrinas y los vencejos las sobrevuelan con sus silbidos en verano, las palomas torcaces y los petirrojos llegan en otoño y las avefrías y los estorninos las pasean en invierno.

La viña es mucho más que un cultivo. Su presencia milenaria en nuestros campos, el equilibrio que guarda con el entorno, la alta biodiversidad que acoge y la perfecta armonía con la naturaleza hacen del viñedo un ecosistema, uno de los hábitats más fecundos y característicos del bosque mediterráneo.

Cuando era un niño solía adentrarme algunas mañanas de julio en las viñas para buscar nidos de calandria, una de las aves que crían en la vid. Mientras revisaba las cepas aprovechaba el frescor que me brindaban sus sombras para tumbarme bajo una de ellas y desayunar mi bocadillo mirando al sol a través de los granos transparentes de la uva. Si la variedad era blanca, la luz se tornaba dorada como el ámbar; si era uva tinta, la luz se teñía de morado y carmesí. Nunca he conocido luces más bellas que las de aquellas mañanas bajo los pámpanos de la vid.

Cuando llegaba el otoño solíamos viajar a vendimiar una pequeña finca familiar situada en el pueblo de mis padres, Camporrobles, en la comunidad valenciana, muy cerca de Utiel y Requena. Los recuerdos de aquellas jornadas en el campo me siguen provocando una profunda emoción incluso ahora, mientras escribo estas líneas.

Las viñas estaban a rebosar de uva madura y mientras las calles del pueblo

se perfumaban con el aroma agridulce del mosto, los tractores hacían cola en las cooperativas y las bandas de música afinaban sus instrumentos para los entoldados de la noche.

Pero en aquellos días de cosecha la fiesta llegaba también para las faunas. Zorros y tejones, garduñas, arrendajos, zorzales, jabalíes y muchos otros animales silvestres iniciaban cada anochecer o al rayar el alba su particular recolección encaramándose a las cepas para tomarse unas uvas a la salud del bodeguero.

Recuerdo nítidamente lo que me maravillaba el color azul del cielo en contraste con el verde intenso de los mares de viñas. Recuerdo a mi madre y mis tías cantando coplas bellísimas, con su pañuelo en la cabeza, mientras junto a mis hermanos y mis primos, iban llenando los capazos para volcarlos en el remolque del tractor de mi tío Antonio, siempre sonriendo.

Recuerdo los almuerzos de media mañana en la pequeña casa de labranza, donde mi abuelo prendía unos sarmientos para asar unas chuletas y un par de pimientos, el placer de comer uvas con queso para merendar, el frescor del agua del botijo que iba a llenar con mis primos al manantial cercano, el olor de los melocotones que maduraban junto a las viñas y que siempre estaban rodeados de abejas y picoteados por los gorriones, mis amados pardales.

Pero, sobre todo, conservo en la memoria la llegada de los animales que veía llegar desde un barranco cercano. Al atardecer, acabada la jornada y mientras mis tíos recogían los aperos, yo me parapetaba detrás de un muro de piedra seca con los viejos prismáticos de campaña de mi padre, esperando a ver al zorro bajar por el barranco hasta los surcos de la viña para comerse los granos caídos. O a la pareja de cuervos que se echaban sobre los restos de uva donde había cargado el tractor. O el águila perdicera sobrevolando la viña con la cabeza fija en los surcos, esperando la presencia de algún topillo o un conejo.

Recuerdo los bandos de aves migratorias que a veces cruzaban el cielo sobre las viñas rumbo al estrecho de Gibraltar, donde se dirigían para concentrarse en grupos de miles de individuos y cubrir los quince kilómetros que separan ambos continentes. Siguiendo el impulso atávico de la migración, aquellas aves veleras (cigüeñas, buitres, águilas culebreras, aguiluchos, halcones abejeros, milanos, etc.) ponían rumbo a sus cuarteles de

invierno en la estepa masai, en las inmensas llanuras del Tsavo o en la región de los grandes lagos.

La observación de aquellas enormes bandadas de pájaros con sus formaciones en escuadra, atravesando los cielos de otoño con rumbo sur, despertaba en mi joven espíritu aventurero el deseo de viajar con ellas, de echar a volar para unirme a la bandada y acompañarlas en su largo periplo planetario.

Entonces, y solo algunas veces, uno de aquellos emigrantes emplumados veía agotadas sus fuerzas y decidía tomar tierra para recuperar energía. Era así como, a través de los viejos y pesados prismáticos de campaña que me había regalado mi padre, podía observar con todo detenimiento a una cigüeña picando granos de uva en los mismos surcos del viñedo en los que yo había trabajado durante todo el día, y sentía que mi corazón latía con fuerza por la emoción, como si fuera a estallarme en el pecho. Y era inmensamente feliz.

## CAPÍTULO 30

# EL GIGANTE DE LA ESTEPA

Hay momentos de campo que se convierten en pequeñas joyas de la memoria, instantes de felicidad plena que evocas para huir de la realidad cuando se dan condiciones desapacibles: en un atasco de tráfico, en la sala de espera del médico, cuando te quedas tirado en un aeropuerto. Uno de esos sorbos de naturaleza a los que suelo acudir entonces tiene que ver con el pájaro de mayor peso de Europa, una de las aves voladoras más pesadas del planeta: la avutarda.

Esta especie se me resistió durante muchos años. Fue uno de esos pájaros esquivos que me llevaban de cabeza de un sitio para otro. Hasta que gracias a un buen amigo, compañero de tantos paseos por el campo, tuve la suerte y el privilegio de disfrutar al fin, en vivo y en directo, de su espectacular presencia.

Fue en una lejana tarde de primavera camino de Extremadura. Mi cicerone, como en tantas ocasiones, el gran naturalista y escritor Joaquín Araújo, de quien soy deudor de estas páginas y el resto de las que escribo decidió hacer un alto en el camino en unos campos cerca de Talavera de la Reina (Toledo). Joaquín sabía, por nuestras conversaciones ornitológicas, que la avutarda era una de las especies que se me resistía y me prometió que en aquel viaje íbamos a verla. Y así fue.

El momento, una de esas tardes soleadas de finales de primavera en las que da gusto estar ahí fuera. «Prepara los prismáticos» me dijo Quine. Las espigas estaban ya muy altas y mecidas al viento parecían un mar vegetal cuyas olas se perdían en el horizonte. De repente, Quine lanzó el mensaje que tanto aguardaba oír: «míralas, ahí las tienes». Y en efecto, allí estaban: media docena de ellas, y me impresionaron profundamente.

Todo lo que había leído y oído acerca de estas aves se quedaba corto.

«¿Qué te parecen?», me apuntó Quine, «La hostia» (con perdón), le contesté exaltadamente, preso de la emoción.

Lo bueno fue que, al cabo de un rato de estar contemplándolas, cuando me giré para comentarle algunos aspectos de la observación, me lo encontré igualmente pasmado, con sus viejos anteojos de campo, curtidos en tantas jornadas de monte por todo el planeta, pegados frente a los ojos. «Son una auténtica maravilla» fue todo lo que atinó a decirme.

Tal es la impresión que causa la observación de esta pomposa especie en los amantes de la naturaleza, incluso en los ornitólogos más expertos. Y no solo por su portentoso aspecto, sino por su no menos espectacular conducta.

Inconfundible por su gran tamaño (no hay ninguna otra especie que se le parezca), la avutarda muestra un marcado contraste de formas entre ambos sexos, algo a lo que los científicos denominan dimorfismo sexual. El macho resulta mucho mayor que la hembra. Luce unos largos y ostentosos bigotes, así como una bolsa dilatada en el cuello, muy grueso, que aparece más desarrollada durante el celo y que suele hinchar con aire de los pulmones hasta semejar un globo.

Tienen las patas largas y muy robustas, como corresponde a un ave andadora más que voladora. El plumaje del dorso es bellamente atigrado, resultando más brillante y contrastado en el macho, mientras que las partes inferiores del plumaje son blanquecinas en ambos géneros.

Respecto a las medidas, el macho de la avutarda puede llegar a alcanzar un metro de longitud y pesar dieciséis kilos, mientras que la hembra apenas supera los setenta centímetros y los cuatro kilos de peso. La envergadura (la distancia entre punta y punta de las alas) es de más de dos metros en ellos y 1,70 en las hembras.

El hábitat de las avutardas son las estepas cerealistas y semidesérticas con llanuras de gran extensión. Durante la primavera, el invierno y el otoño su dieta es básicamente vegetal (tallos tiernos, hojas, bulbos, raíces, semillas). Con la llegada del verano y la proximidad de las cosechas la dieta pasa a ser prácticamente animal debido a la abundancia y gran variedad de insectos, fundamentalmente coleópteros, que aparecen en nuestros campos. También captura algunos reptiles y pequeños roedores como topillos y ratones de campo, por lo que resultan muy beneficiosas para evitar que sus poblaciones

se disparen y se conviertan en plaga.

Huidiza y muy desconfiada, pese a lo abultado de su tamaño la avutarda no es fácil de ver, pues aprovecha su mimético plumaje para echarse al suelo y agazaparse entre las espigas ante la más mínima señal de alarma. Esta técnica es fundamental en el caso de los pollos para asegurar su supervivencia, pues suelen sufrir el ataque de las rapaces de campo abierto, como la lechuza campestre o el aguilucho cenizo, que sin embargo no osarían molestar jamás a los adultos.

La decisión de levantar el vuelo es la última de las opciones ya que, además del considerable esfuerzo que debe hacer para conseguir despegar del suelo su pesado cuerpo, tiene una forma de volar lenta, pesada y muy a ras de suelo, por lo que ofrece un blanco infalible a su peor enemigo: el cazador furtivo.

Sedentarias y poco amantes de cambiar de territorio, durante el año, la vida de las avutardas transcurre discretamente en la profundidad de las llanuras esteparias, siempre en grupos separados de machos, hembras y jóvenes. Una tranquilidad que se ve convulsionada con la llegada del celo, al inicio de la primavera. Los machos desarrollan entonces una espectacular parada nupcial, las famosas «ruedas», durante la que exhibe su magnífico plumaje desde los oteros más prominentes de su territorio, el mismo año tras año, con el que desafía a los competidores en la disputa por las hembras.

Cumplidas las cópulas, los machos desaparecen de escena y las hembras se retiran al interior de los campos de cereal para poner los huevos (dos o tres) prácticamente a ras de tierra, sin apenas construir nido. Durante las tres o cuatro semanas que dura la incubación la hembra estará sola, y también será ella la única responsable de sacar adelante la pollada ante la ausencia del padre. Cuando llega la época de la siega, la hembra seguirá al cargo de su descendencia mientras los pollos van avanzando en aprender el vuelo. Al llegar el otoño, los jóvenes machos se dispersan, mientras que las hembras se quedan junto a la madre.

La población española de avutardas (alrededor de doce mil parejas) supone la mitad de la población mundial de la especie. Las áreas de reproducción se concentran en Extremadura, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Navarra, y los valles del Ebro y el Guadalquivir, por lo que hay

muchos lugares a los que aproximarse para intentar verlas. Pero si debo recomendarle uno al lector con la práctica seguridad de que será así no me cabe ninguna duda: las Lagunas de Villafáfila, en Zamora, donde he podido disfrutar de ellas como en ningún otro sitio.

Situadas al nordeste de la provincia, en la Tierra de Campos, las Lagunas de Villafáfila son uno de los aguazales más interesantes de la península ibérica. En medio de la inmensa estepa cerealista, los espejos de agua de Villarrín, la Salina Grande y la laguna de Barillos, componen un humedal estepario de gran importancia para las aves acuáticas.

Entre noviembre y marzo, alrededor de cuarenta mil ánsares comunes llegados del norte de Europa pueblan el lugar, por lo que se convierte en uno de los destinos más frecuentados por los amantes de la naturaleza durante estas semanas. En esa época del año resulta enormemente emocionante asistir a las salidas y llegadas de los bandos de gansos salvajes al amanecer y en el ocaso, cuando el cielo retruena con sus potentes reclamos. Es otro motivo de visita.

Pero por encima de cualquier otro espectáculo, los humedales de Villafáfila son famosos por acoger la población de avutardas más importante de todo el planeta: más de dos mil ejemplares.

La austera belleza del paisaje de la Tierra de Campos, salpicado de pequeños pueblos por los que apenas ha transcurrido el tiempo, palomares medievales de barro y cal y una larga sucesión de campos de cereal atravesados por caminos de tierra, ofrece al visitante la oportunidad de disfrutar de una naturaleza rural de lo más auténtica, sin demasiadas concesiones al artificio.

El punto de encuentro para visitar las lagunas es la Casa del Parque de «El Palomar», en la carretera de Villalpando, donde se ofrece al visitante la información necesaria para disfrutar de la observación de las avutardas y del resto de especies interesantes que pueblan la reserva, como el sisón común, al que pude observar con igual deleite que a sus primas mayores en mi última visita.

Fue durante otro bello atardecer de primavera, en una incursión pajarera con mis compañeros de la Fundación Patrimonio Natural. Estaba atardeciendo como solo atardece en el campo castellano: cuando el horizonte



es una línea roja sobre un mar de cereal y lo único que se escucha es el trino de las aves.

Salimos del centro de visitantes en busca de las avutardas cuando, al poco de tomar uno de los caminos que se adentran en los campos, escuchamos un sonido inconfundible: como una pedorreta metálica, una estrofa corta y recurrente: era el reclamo del sisón.

Tras alzar los prismáticos hacia el otro extremo del campo, pude ver a un precioso macho en plumaje nupcial. Al escribir estas líneas y recordar aquel instante vuelvo a sentir el pulso acelerado, la emoción contenida. Porque si no es fácil ver a la avutarda, todavía lo es menos ver al sisón: mucho más pequeño en tamaño y discreto en comportamiento. Algunos ornitólogos vienen desde la otra punta del mundo para verlo. Es una de las grandes joyas de la fauna europea.

Existen pocas aves de tan soberbia librea como el macho de sisón durante la época de celo. Subido a su pedestal, un terrón de barro seco, henchido como un tenor en una noche de estreno, aquel sisón exhibía con orgullo sus mejores galas: el característico collar blanco sobre la bufanda de plumón negro, la fina cadena de plumas blancas apretada al cuello. Y de vez en cuando una llamada de atención: *Prrrrret. Prrrrret*. Como diciendo, «aquí estoy: estos son mis dominios».

Por desgracia, la población de sisón común está cayendo a la mitad en el conjunto de España, y en algunas comunidades como Aragón, Murcia, Extremadura y Navarra la pérdida de efectivos supera el 60 por ciento. Su regresión se debe a la misma causa que está afectando al resto de aves que habitan el medio agrícola: el abuso en el empleo de agroquímicos y la destrucción de los hábitats agrarios como consecuencia de la intensificación de los sistemas de cultivo. Debido a ello, las aves de campo abierto, como la avutarda y el sisón, pasan por sus peores momentos.

## CAPÍTULO 31

# DOS RAPACES MARINERAS

Hay pocos lugares que nos ofrezcan tantas posibilidades de disfrutar en la naturaleza como la isla de Menorca. Situada en el extremo oriental del archipiélago balear, esta auténtica joya de nuestra geografía, declarada Reserva Mundial de la Biosfera por la Unesco, guarda algunos de los espacios naturales mejor conservados del Mediterráneo occidental.

Lugares en los que, a excepción de los meses de julio y agosto, cuando el turismo masivo invade todos sus rincones, todavía es posible bañarse en calas de agua mineral o adentrarse en barrancos profundos sin otra compañía que la de las aves marinas o las rapaces surcando sus cielos azules.

Recuerdo la primera vez que desembarqué en el bellissimo puerto natural de Maó, al este de la isla, y pude disfrutar observando a una pareja de cormoranes pescando en las transparentes aguas del puerto, como si volaran bajo el mar, mientras el barco que me había traído desde la península procedía a las tareas de amarre. Era entre abril y mayo, una de las mejores épocas del año para visitar la isla.

La mejor manera de conocer Menorca es en bici y uno de los trayectos más socorridos es su famoso Camí des Cavalls, un sendero de gran recorrido que da la vuelta completa a la isla. Sin embargo, y más allá de la belleza de este famoso itinerario, existen otras rutas interesantes para disfrutar de las esencias de su naturaleza salvaje. Una de mis favoritas es la que sube desde el pueblo de Es Mercadal, en el centro de la isla, por el camí de Tramuntana y el camí d'es Far, hacia el famoso cabo de Cavalleria, situado en el extremo más septentrional de la isla.

Hace muchos años tuve ocasión de observar desde allí a una de las aves rapaces más bellas del mundo: el halcón de Eleonora, que recibe su nombre de la noble dama catalana Eleonora d'Arborea, quien ejerció primero como

jueza y luego como reina de la isla de Cerdeña en el siglo XIV, luchando por su independencia hasta conseguirla, lo que la convirtió en la gran heroína de los sardos.

Pero más allá de sus dotes para el mando, la reina Eleonora era una gran amante de la naturaleza. Durante su mandato promulgó las primeras leyes para la protección de las aves, interesándose especialmente por una bella especie de halcón que nidificaba en los acantilados de la isla y que la tenía fascinada. No olvidemos que en la edad media los halcones eran uno de los bienes más preciados entre los nobles, que competían con ellos en la práctica de la cetrería o caza con aves rapaces.

Esta especie de falcónida no fue identificada para la ciencia hasta mediados del siglo XIX, recibiendo el nombre de halcón de Eleonora (*Falco eleonora*) en honor a la reina naturalista, de quien las crónicas dicen que era una mujer bellísima, aunque dudo que tanto como la rapaz que la inmortaliza.

El halcón de Eleonora es el pariente marinerero del halcón peregrino, con el que comparte aspecto general, también se asemeja al alcotán, aunque muestra diferencias notables respecto a ambos. Para empezar es algo más alto y estilizado que el peregrino. Tiene el pecho profusamente moteado y mucho más oscuro, con tonos arcillosos. El dorso es de un color negro pizarra precioso, como la parte superior de la cabeza y las bigoterías. Las alas son muy largas y estrechas, como la cola. En vez de amarillas, las patas son verdosas. Existe una fase oscura de la misma especie que todavía es más fácil de diferenciar: mide alrededor de cuarenta centímetros y tiene una envergadura de casi un metro.

Se trata de una de las aves con mejor dominio del vuelo, capaz de capturar vencejos y otros especialistas aéreos en el aire. El diseño de las alas y su amplia cola le permiten realizar todo tipo de piruetas, alcanzando velocidades de vértigo en picado. Y así fue como lo vi una mañana de abril desde el mirador del cabo de Cavalleria.

Seguramente había llegado a Menorca hacía poco, pues esta bella rapaz es un ave migratoria que pasa los inviernos en la isla de Madagascar. Pero, al inicio de la primavera, llega hasta los acantilados marinos de las islas Baleares para criar. También lo hace en algunos otros puntos del Mediterráneo, casi siempre en islas, como por ejemplo las Columbretes y en

algunos acantilados del norte de Lanzarote, en las islas Canarias.

Respecto a la población balear de esta rapaz, hay un dato muy curioso que quisiera reseñar. Resulta que la colonia de cría de las Baleares es la que se sitúa más al oeste de su área de reproducción. Sin embargo, los halcones que crían en el litoral balear utilizan la misma ruta de regreso para viajar hasta Madagascar que sus parientes chipriotas.

Para ello, trazan un absurdo arco de miles de kilómetros para llegar hasta la región de Suez y, una vez allí, bajar bordeando el mar rojo hacia la gran isla donde pasarán el invierno. Un destino que tendrían a menos de la mitad de distancia si en lugar de dar tanta vuelta bajasen en línea recta, poniendo rumbo desde las Baleares hacia la cuenca del Níger. ¿Por qué dan ese absurdo rodeo estos inteligentes pájaros? ¿Qué razón les lleva a volar tan lejos para unirse a sus congéneres que crían en la otra punta del Mediterráneo?

Según los ornitólogos, la respuesta está en que los halcones de Eleonora llegaron a las islas Baleares como última estación en su expansión por el Mediterráneo y solo conocen un camino para volver al lugar donde tradicionalmente pasan el invierno. Así que, en lugar de bajar recto, retroceden como llegaron, paso a paso. Curiosidades de la naturaleza.

Pero esa no es la única rareza de esta interesante especie.

Desde su privilegiada atalaya, en las rocas más escarpadas de los acantilados que se elevan sobre el mar, el halcón de Eleonora extiende la mirada sobre el gran azul: un inmenso coto de caza donde sus capturas varían en función de la época del año. Así, en primavera, nada más llegar de Madagascar y antes de iniciar el periodo de celo, los halcones del Mediterráneo siguen un régimen básicamente insectívoro, capturando especies de gran tamaño: langostas, libélulas y todo tipo de mariposas nocturnas y diurnas.

Pero en lugar de criar en primavera como el resto de las aves, el halcón de la reina, que forma colonias de cría en los acantilados, decide retrasar sus puestas hasta bien entrado el mes de agosto, para que el nacimiento de los pollos se produzca en las primeras semanas de septiembre y coincida con el paso migratorio de los grandes bandos de aves insectívoras, que de ese modo pasan a convertirse en su único y muy abundante alimento. Una estrategia

evolutiva que les permite garantizar el éxito de la reproducción y no tener que disputar las capturas con otros padres competidores.

Todo esto les contaba a mis compañeros de excursión, mientras disfrutábamos de la observación de una pareja de halcones de Eleonora en aquella agradable mañana de abril en el faro de Cavalleria. Ante nuestros ojos, un espectáculo infinito: a un lado, la Illa dels Porros, sobrevolada por gaviotas de varias especies; al otro, los escarpados acantilados del Cap Roig; y al frente el gran azul, perdiéndose hacia el infinito, hasta enlazar con el azul del cielo.

Además de aquella pareja de halcones, el espectáculo lo ponían también los alcatraces comunes: una de las aves marinas de mayor tamaño de la fauna ibérica. En ocasiones, uno de ellos se quedaba suspendido en el aire apenas un instante, como si fuera una cometa, con la punta de las alas hacia arriba y la mirada fija en el agua.

Si acertabas a encuadrarlo en ese momento con los prismáticos era posible observar su mullido plumaje de algodón, la cabeza color crema, sus insólitos ojos blancos y el característico pico como un puñal acerado propio de la especie. Después desaparecía de golpe, se lanzaba en picado como una saeta viva contra el mar hasta atravesar la lámina de agua y emerger al instante con un pez plateado. Uffff: ¡vaya pasada!

Pero no quiero despedirme de Menorca sin anotar aquí un último apunte dedicado a otra bella rapaz que allí cría, menos elegante que nuestro regio halcón, es cierto, pero mucho más impresionante en todos los sentidos.

Cerca del cabo de Cavalleria, frente por frente en dirección a Maó, se levanta el de Fornells, punta de entrada a la bahía del mismo nombre, uno de los rincones más bellos de la isla. Y fue en el puerto de Fornells donde pude disfrutar de toda una exhibición por parte de la más singular de nuestras águilas: el águila pescadora.

Lo primero que sorprende al observar a esta inquietante rapaz son sus formas. Es un águila grande, contundente, con la cabeza y el vientre de color blanco puro, especialmente destacable en vuelo, y las partes superiores marrón oscuras, moteadas de finas pintas color crema.

En la cabeza luce unas plumas crestadas que semejan un moño, mientras que su cara está cubierta por un amplio antifaz negro que le baja por el cuello

dándole un aspecto todavía más fastuoso. El pico es corto, fuerte y muy ganchudo. Al volar muestra unas alas estrechas, angulosas y largas, con las rémiges (las plumas más largas de los extremos de las alas) muy abiertas, como si fueran unos alargados dedos.

Al contrario que el halcón de Eleonora, esta rapaz marina es solitaria y arisca, de hábitos silenciosos, por lo que no acostumbra a compartir territorio de cría ni zonas de campeo con sus otros congéneres. Establece sus amplios nidos en territorios apartados, sobre grandes árboles o plataformas elevadas de zonas húmedas y costeras. También puede criar en cantiles rocosos.

Escasa y muy amenazada, en nuestro país solo cría en Baleares, Canarias y las islas Chafarinas, con una población nidificante que ronda las cuarenta parejas. En invierno pueden verse algunos ejemplares en los embalses y los humedales de Andalucía y Extremadura y en las costas de Cataluña y la Comunidad Valenciana.

Como su propio nombre indica, los peces constituyen la base en la alimentación del águila pescadora. Generalmente los pesca, aunque también es carroñera. Suele capturar ejemplares viejos o enfermos que nadan en la superficie del agua. Elige presas de tamaño medio a grande. En agua dulce, sus principales presas son carpas, barbos y percas, mientras que en el mar su gran especialidad son las lisas. En época de cría puede llegar a consumir más de un kilo de pescado al día.

El especializado diseño de sus garras le ha permitido desarrollar una eficiente técnica de pesca. Tras localizar al pez, permanece cernida durante unos instantes, como si fuera un cernícalo, para acto seguido abalanzarse sobre él con las garras abiertas y las alas completamente extendidas hacia atrás.

En el momento de impactar contra la superficie del agua, el águila aprieta al pez entre sus garras, con dos dedos por delante y dos por detrás (como lo hacen las rapaces nocturnas) y sale sacudiendo las alas contra la lámina de agua. Después se dirige a un posadero para rematar y devorar el pescado con la ayuda de su pico ganchudo.

Seguramente aquel ejemplar tenía su nido muy cerca y acudía al puerto de Fornells, de aguas limpias y cristalinas, para capturar con la mayor comodidad a sus presas o incluso alimentarse de los descartes de los

pescadores que llegaban a primera hora de la tarde con sus capturas.

Tras un buen rato observándola, aquella águila pescadora atrapó ante mi atónita mirada y con total limpieza, una enorme lisa que nadaba próxima a la superficie, regalándome otro de los momentos estelares que he podido disfrutar en la naturaleza.

## CAPÍTULO 32

# MIENTRAS LA TIERRA DUERME

Cuando el otoño llega a su fin, comienza una época de recogimiento y de paz en nuestros pueblos de montaña que los convierte en el destino ideal para disfrutar, no solo de la naturaleza, sino de todas esas sensaciones que recrean la mágica atmosfera del invierno. Como el olor a leña, las humeantes chimeneas, el lento desnudarse de los bosques o el tránsito de las aves migratorias cruzando los cielos.

En este capítulo del libro vamos a conocer las diferentes estrategias que adoptan algunos animales para plantarle cara al invierno y sobrevivir al frío. Mi propósito es que conozcamos su esfuerzo, su voluntad de sobrevivir a pesar del superior esfuerzo que a veces significa seguir siendo. Una actitud que puede servirnos de ejemplo. Por eso invito al lector a salir al campo aunque haga frío para disfrutar de la naturaleza también en invierno.

Como el hombre de campo que, mientras ordena los aperos de labranza en la mañana gris, escucha un sonido inconfundible que le hará detenerse y salir del cobertizo para alzar la mirada al cielo: «ya están aquí: otro año más», pensará para sus adentros, mientras afuera un bando de grullas, volando como siempre en escuadra, le anuncia con su reclamo la llegada de un nuevo invierno.

Pronto llegarán también las bandadas de avefrías, huyendo de las nieves que empiezan a cubrir sus territorios de cría en el norte de Europa. Durante años, estas aves de inconfundible silueta y evocador nombre, han ayudado a las gentes del campo a prevenir lo duro que iba a ser el invierno. Lo calculaban en función de cuándo y en qué número llegaban y se instalaban formando grandes concentraciones en nuestros barbechos.

Como en el caso de las grullas, la alta ruta que cubre el vuelo de las avefrías y el resto de aves migratorias les fue transmitida por impregnación



genética, por eso son capaces de volar en la noche oscura guiándose por los astros. De este modo, las aves dan respuesta a uno de los grandes retos que plantea la bajada de las temperaturas y la llegada de los hielos que congelan los campos y convierten los ríos y los estanques en desiertos de cristal.

En toda Eurasia, los pasos de las estaciones vienen acompañados de oscilaciones en el termómetro a las que los mamíferos hacen frente con acertada previsión. Así, llegado el invierno y una vez cumplida la reproducción, llega el momento de hacer acopio de energías para ofrecer resistencia al descenso de las temperaturas.

Durante las primeras semanas, los animales modifican su aspecto para sobrevivir al frío. Con su abrigo de abundante pelo y una capa de grasa obtenida de la sobrealimentación, lobos, zorros, ciervos, rebecos y muchos otros mamíferos mayores (con curiosas excepciones como la del más grande de todos: el oso pardo) seguirán desarrollando sus actividades en las largas jornadas bajo cero gracias a su adaptación al medio.

En el caso de los más pequeños, aún siendo capaces de termoregularse, padecen un síndrome de inanición que les lleva a multiplicar su actividad. Debido a su reducido tamaño, tienen mayor riesgo de morir por congelación y, para evitar la pérdida de calor corporal, deben de hacer un aporte de energía casi constante. De ese modo, si un erizo o un lirón decidieran seguir correteando por su territorio una vez cubierto por la nieve, deberían alimentarse continuamente. Pero para su desgracia el frío ataca por igual a sus posibles presas y también a los árboles frutales y los arbustos con bayas de los que se nutre.

Resulta imposible mantenerse en el mismo sitio cuando este se convierte en un congelador, sobre todo en el caso de algunos micromamíferos como la musarañita, que en condiciones normales, se alimenta a cada hora del día.

La musarañita o musgaño enano es el mamífero más pequeño del mundo. Con una longitud de unos cinco centímetros y apenas un gramo y medio de peso es tan pequeña que se podría ocultar en el interior de un capuchón de bolígrafo. Y su tarea en este mundo es comer. Comer a todas horas. Dado que no tiene aparato digestivo y no puede almacenar reservas se pasa el día buscando alimento.

Devora con fruición cuanto le sale al paso, ya sea insecto, larva o gusano,

aunque su plato favorito es la lombriz: le pirran. Es capaz de zamparse una lombriz diez veces más larga que ella en un minuto. Y tras acabar, venga, a por otra. Por eso, cuando llega la nieve y el hielo su vida se complica, aunque seguirá activa durante todo el invierno.

Por el contrario, existe un buen número de animales que en lugar de luchar por sobrevivir ahí fuera cuando hiela, prefieren desaparecer. Se retiran a sus aposentos para echarse una larga, largísima siesta llamada hibernación.

La hibernación es un recurso común entre reptiles, anfibios, peces y pequeños mamíferos pues, debido a su reducido tamaño, estos animales tienen mayores riesgos de congelación cuando las temperaturas se precipitan bajo cero, algo que ha empezado a ocurrir en las montañas. Además, la llegada del frío los deja sin alimento ya que sus posibles presas, en su mayor parte pequeños invertebrados, desaparecen, mientras que los árboles y arbustos que les han venido ofreciendo cobijo y sustento son ahora un esqueleto de ramas secas.

Por todo ello lo mejor es retirarse, desaparecer de escena y esperar a que pase el invierno al abrigo de uno mismo. Dormir para vivir, esa es la estrategia. Sin embargo, la hibernación no resulta un ejercicio exento de peligros pues comporta una serie de alteraciones en el organismo del durmiente que le van a poner a prueba.

En el caso del lirón gris, gracias a los aportes de comida de las últimas semanas de otoño, las glándulas sebáceas han ido llenando los depósitos de grasa que mantiene bajo la piel. Esas provisiones le han de servir la energía necesaria para alcanzar la primavera.

Así, antes de que lleguen las primeras heladas y confortablemente ubicado en el interior de su cubil, el lirón se acurrucará en el lecho de hojas secas, se abrazará a su propia cola y, iniciará el más profundo y largo de los sueños.

Durante las horas y los días siguientes, el organismo del pequeño mamífero empezará a dejar de realizar algunas de las funciones más vitales. Los riñones reducen poco a poco su ritmo de trabajo para retener la mayor parte de líquidos, el ritmo cardíaco desciende hasta convertirse en un lento palpar apenas apreciable, la respiración se va acompasando también hasta hacerse casi imperceptible.

En los vasos sanguíneos se acumula la linfa mientras la temperatura

corporal deja de ser regulada para descender hasta alcanzar la del cubil. Para entonces el cerebro habrá entrado en fase de desconexión pasando a controlar tan solo las funciones más básicas. Los biólogos sostienen que, de ese modo, un lirón puede llegar a reducir su temperatura corporal hasta los cero grados, pasando de las trescientas pulsaciones por minuto que mantiene en plena actividad a las apenas cinco mientras hiberna.

Es tanta la caída de la tensión vital que experimentan estos y el resto de animalillos que hibernan, que si cualquiera de nosotros observásemos a un lirón durante el descanso invernal pensaríamos que está muerto. Y es que en buena medida eso es lo que hacen en realidad estos bellos durmientes: morir un poco, aunque no del todo.

Es algo parecido a lo que hacen los árboles tras dejar caer las hojas, y siempre con la esperanza de renacer en primavera. Mientras esta llega, unas sustancias de alto peso molecular situadas en el tejido celular del lirón serán las encargadas de proteger los tejidos y evitar su congelación.

Si su sueño no se ve fatalmente alterado (un brusco despertar sí que le provocaría una muerte segura) y si el tránsito de las estaciones se sucede como de costumbre (cosa que con el cambio climático que estamos sufriendo es cada vez más rara), el lirón se desperezará poco a poco a mediados de marzo y asomará la nariz ahí afuera para saludar a la primavera y dar su primer paseo para intentar comer algo tras cinco largos meses de letargo.

Algo más perezoso que el famoso lirón, al que la fama ha convertido en ejemplo de dormilón, el muscardino común hiberna durante ocho meses al año: es decir, duerme más que vive. Un poco más alejado del interior del bosque, en cualquier escondrijo entre la maleza de la vega, encontramos una bola de púas aparentemente inerte: es el erizo, que también hiberna, desapareciendo de escena de octubre a marzo.

Sin embargo, la ardilla prefiere combinar las largas cabezadas en el interior de su madriguera con los paseos por las copas de los árboles. En septiembre se preocupó de llenar su hogar de piñas y llegado el crudo invierno, mientras los árboles cesan en su reflujo de savia para superar también los hielos, esas piñas acumuladas en la despensa le ofrecerán un alimento que ya no existe ahí fuera. Pero si el sol de invierno le ofrece una mañana de invierno templada, no dudará en abandonar su comfortable

escondite y salir a estirar las patas y disfrutar del paisaje nevado.

Los que no pegan un manotazo al aire en invierno son los murciélagos. Las murcielagueros permanecen repletas de octubre a marzo en un intento por parte de sus inquilinos de compartir el calor corporal y buscar la seguridad del grupo. Los quirópteros (que es como los científicos denominan a estos mamíferos voladores) pueden cubrir grandes trayectos volando para pasar el invierno en un enclave determinado y permanecer colgados del techo de la misma cueva en la que nacieron.

Pero donde encontraremos al mayor de nuestros durmientes es en las montañas de la cordillera Cantábrica y los Pirineos. Las cuevas más profundas y recónditas de los valles del Saja, las grietas de las cumbres más escarpadas de Somiedo o los escondites entre las rocas de los valles más altos del Pallars guardan el sueño del más espectacular de nuestros mamíferos salvajes: el oso pardo. El señor de la montaña prefiere descansar a luchar contra el invierno y dejarse las zarpas arañando el hielo en búsqueda del escaso alimento que ofrece la montaña nevada.

Pero el oso, lejos de lo que muchos amantes de la naturaleza creen, no hiberna. Retirado a la seguridad de su refugio, deja que pasen las nieves aprovechando la grasa acumulada durante los banquetes estivales, sumido en un sopor digno del gran perezoso. De hecho, sale a menudo para defecar, por ejemplo, por su área de campeo y si le salen al paso no duda en aprovechar el viaje para degustar unas bayas de acebo o de enebro. Pero no dará un paso más allá y volverá a la oscuridad de su cueva para seguir durmiendo.

El aletargamiento de los reptiles puede producirse también por motivos adversos como la escasez de agua o alimentos, no obstante la práctica totalidad de las especies hiberna. Seguramente el ejemplo más conocido — por lo cercano para muchos— sea el de la hibernación de las tortugas de tierra. Durante los días previos a su enterramiento, la tortuga adopta una actitud de pasividad total, deja de comer y bebe todo el agua que puede, con ello logra un tránsito y una limpieza intestinal casi completos. Si esta no se produjera, las posibilidades de padecer una infección y no despertar aumentarían.

Los ritmos vitales de los quelonios (que es como los científicos llaman a las tortugas) descienden al mismo nivel que en los mamíferos. Inician el

aletargamiento a la primera sensación de frío. De ese modo, la tortuga terrestre puede retirarse a la soledad de su escondite una mañana fría de principios de septiembre o resistir hasta finales de otoño si este ha sido suave.

Mientras la tortuga hiberna de manera individual y jamás comparte guarida con otro ejemplar, existen casos de auténticos depósitos de reptiles para compartir sueño. Los sapos, por ejemplo, se entierran en masa para permanecer apelotonados en el barro cuando se hielan las charcas. Durante la hibernación y gracias al calor corporal compartido, mientras los termómetros se precipitan bajo cero y la charca se reseca y cruje de frío, ellos mantendrán un ambiente húmedo y confortable, en torno a los cinco grados.

Pero el ejemplo de apelotonamiento más llamativo —y terrorífico para el ser humano— lo constituyen los mal llamados «nidos de víboras», escondites que reúnen en racimos entrelazados a más de una treintena de estas serpientes. De ese modo, ya sea en las grietas de una pared de roca o bajo las piedras del margen del camino, permanecerán a resguardo de los fríos y las nieves hasta que los primeros días soleados de la primavera las animen a salir.

Sin embargo, no todos los animales pueden recluirse en sus escondites para librarse del frío del entorno, básicamente porque el entorno forma parte de su organismo, pues recorre el interior de su cuerpo constantemente. Me refiero a los peces.

Los peces respiran tomando el oxígeno del agua, cerrando la boca y expulsándola a través de las branquias. Las branquias son esos delicados filamentos llenos de sangre alojados en unas cavidades que se abren y cierran constantemente, detrás de la boca. Ellas son las encargadas de extraer el oxígeno del agua y facilitar que sea captado por la hemoglobina de la sangre.

De ese modo, el agua es parte de su cuerpo y su temperatura determina totalmente las funciones del organismo. Si las nevadas y los días de frío intenso se suceden, pueden llegar a helarse ríos y lagos dejando sepultados a los peces que los habitan. Pero lo que a simple vista parece una terrible trampa de la naturaleza no es más que una estrategia para protegerlos.

Porque en realidad lo único que se ha helado ha sido la superficie de las aguas. De esa manera, y con mayor o menor grosor, lo que hace la naturaleza es extender una manta térmica de hielo que aislará a los peces que viven

debajo de ella de los fríos extremos.

Mientras en el exterior de los lagos e ibones de las cumbres nevadas, la ventisca y las largas noches de cielo despejado hacen que se alcancen varios grados bajo cero, los peces de su interior, cubiertos por el manto de hielo, disfrutan de una superficie superior a los cero grados, hibernando.

Más abajo, en los pantanos y estanques, la carpa no esperará hasta llegar a esos límites. Cuando la temperatura del agua baja de los diez grados deja de moverse, cierra la boca y la cloaca y se deja caer hasta el barro del fondo para permanecer allí escondida. Su largo ayuno durará todo el invierno. Cuando lleguen las altas temperaturas, todo el tiempo perdido en sobrevivir lo recuperará con un crecimiento acelerado, lo que le originará la aparición de esas amplias zonas transparentes en sus escamas.

El barbo, como los sapos, prefiere permanecer en grandes grupos y descender hasta el lecho de los ríos caudalosos para descansar en conjunto. Allí, aletargados, escondidos entre las piedras, aguardarán a que los rayos de sol de la primavera calienten las aguas. Las tencas también se entierran en el lodo del fondo para hibernar. Pero, como en el caso de los mamíferos, no todas las especies deciden hibernar cuando llegan las bajas temperaturas. Algunos peces, como las truchas, prefieren habitar las corrientes de agua fría de los ríos de alta montaña, ricas en oxígeno, mostrando una alta actividad durante todo el invierno.

La vida en el reino animal se ralentiza con el frío. Dependiendo de su capacidad de resistirlo, unos viajan, otros se abrigan y algunos se acuestan. En todo caso, la naturaleza los somete a una prueba de resistencia que vale la pena conocer para llegar a valorar su esfuerzo. Seguramente el lector ya no verá igual a las aves migratorias, al bellissimo lirón, al humilde sapo o a la carpa del pantano. Todos ellos nos ofrecen cada año una lección de adaptación a los malos tiempos de la que podemos extraer valiosas enseñanzas.

## CAPÍTULO 33

# EL INCREÍBLE VIAJE DE LA ANGULA

Noche de luna llena en Deltebre, uno de los pueblos de referencia en el delta del Ebro. Después de cenar en la casa de turismo rural de mi amigo Mariano, apetece salir a estirar las piernas por el magnífico paseo fluvial que recorre la orilla del río desde el puente moderno de Lo Pasador hasta la desembocadura.

Es una noche templada de febrero y este itinerario llano, que transita apenas a un palmo del agua, ofrece al paseante el que tal vez sea uno de los momentos de felicidad en la naturaleza más serenos de todo el libro.

El ambiente no puede ser más agradable. Huele a Ebro, que es un olor inconfundible: dulce, perfumado, frutal; un auténtico bálsamo para los sentidos. No se oye un ruido, tan solo los sonidos de la naturaleza: un pez salta en el cauce, se oye al rascón, chapotea una gallineta en el cañizal, un bando de martinetes emite su característico reclamo mientras cruza la estela de la luna en el agua mansa. Todo eso y mucho más pasa en las noches de luna en el delta del Ebro.

Camino junto a la familia y un grupo de amigos. Al poco de echar a andar, uno de los chavales se asoma a un pequeño pantalán de madera que se eleva sobre el agua. «Cuidado no te vayas a caer», le aviso. «Hay una jaula con luz en el agua» me dice. Al acercarnos vemos de qué se trata. «Es un arte de pesca —les cuento— un sistema muy antiguo: se utiliza bajo licencia para coger angulas, la cría de la anguila, muy preciadas y muy caras».

De regreso al camino les explico que los buzones o *bussons*, como se llaman en el delta, son un sistema de pesca artesanal tan simple como efectivo. Se trata de una especie de cajón rectangular y alargado, de metro por metro y medio más o menos, hecho con mosquitera, que incorpora una luz al fondo y tiene la entrada en forma de embudo.

Las angulas, que suelen pesar alrededor de un gramo y miden entre cinco

y seis centímetros de longitud, remontan el río al anochecer y entran en el cajón atraídas por la luz, quedando atrapadas en su interior al no poder salir por el embudo. La captura de angulas mediante este sistema está estrictamente regulada por la ley, que concede muy pocas licencias, se transfieren de padres a hijos y se lleva a cabo en invierno.

Mientras paseamos, les explico la aventura que viven las angulas que están entrando en ese mismo momento en el Delta tras realizar uno de los viajes migratorios más asombrosos del reino animal.

Las angulas del delta del Ebro, provienen del lejano mar de los Sargazos: una masa de agua del océano Atlántico situada entre el archipiélago de las Antillas y el de las Bermudas, frente a la península de Florida, a más de cuatro mil kilómetros de Deltebre.

El mar de los Sargazos no baña ninguna costa sino que es como una gigantesca balsa de aguas cálidas en mitad del océano sometida a la acción de fuertes corrientes marinas. Debe su nombre a la abundancia en sus aguas de un alga llamada sargazo que forma grandes praderas flotantes sin estar agarrada a roca alguna. Y es bajo la superficie vegetal que forman esas algas donde cada año tiene lugar la freza de la anguila, es decir su reproducción.

Una vez nacen, las crías de la anguila suben hacia los sargazos para empezar a alimentarse de esas algas. Hasta que un día, cuando creen disponer de las suficientes fuerzas para enfrentarse a su destino, se dejan arrastrar por la corriente del Golfo, la famosa *Gulf Stream* que atempera y caracteriza nuestro clima, para que las transporte hacia Europa. Es así como, siguiendo la ruta de la memoria, las angulas son arrastradas hasta plantarse justo en la desembocadura del mismo río irlandés, escocés, portugués, gallego, asturiano o catalán por el que un día bajaron sus padres rumbo a América.

Cuando llegan allí, siguen nadando corriente arriba hasta remontar un buen trecho de río y desarrollarse hasta la edad adulta. Pasados alrededor de diez años, una vez alcanzada la madurez sexual y convertidas en angulas de más de un metro de longitud, dejan de comer, cierran la cloaca y regresan a la desembocadura para salir de nuevo al mar y, convertidas de nuevo en peces de agua salada, emprender el viaje de vuelta hacia el mar de los Sargazos donde llegarán con las fuerzas justas para aparearse y morir.

En el delta del Ebro se autorizan cada año alrededor de trescientos



cincuenta puntos de captura para atrapar angulas mediante *bussons*. Antes de acabar mi explicación, me detuve un momento junto a una de las trampas y quise defender ese sistema de pesca artesanal. Se trata de un método tradicional —les dije— que viene desarrollándose desde antiguo y que guarda, por lo tanto, un importante valor cultural para las gentes del delta, además de servir de sustento a un buen número de familias.

A la mañana siguiente, algunos nos levantamos temprano para ir a correr un poco por el paseo fluvial (nada como hacer ejercicio en plena naturaleza) y entonces tuvimos ocasión de conocer a los pescadores.

En su mayor parte era gente mayor que acudía acompañada de su hijo o de su nieto con la esperanza de que la noche les hubiera brindado una buena captura. Sacaban las trampas del agua y las volcaban en el camino con los ojos repletos de esperanza. Pero lo cierto es que las capturas eran muy pobres: apenas un puñado de pequeñas angulas saltando sobre la tierra tras volcar cada cajón. «Solemos coger entre cincuenta y ciento cincuenta gramos al día con todas las trampas» nos dijo uno de los pescadores. «Si hace frío y sopla mucho viento cogemos algo más —añadió— pero aunque se paga bien (al pescador le suelen pagar entre doscientos y doscientos cincuenta euros por kilo) no tienen nada que ver con el precio al que luego la venden».

Este contacto con los oficios artesanales vinculados al contacto con la naturaleza también depara momentos de gran felicidad. Hablar con los pescadores, conocer sus historias, sus anhelos y las dificultades que sufren por la ausencia cada vez más acusada de pescado, nos permitió añadir a nuestro viaje una nota cultural, histórica y humana tan interesante como el propio disfrute de los maravillosos paisajes del delta del Ebro de los que seguiré hablando en el libro, pues se trata de uno de mis lugares favoritos en el mundo.

## CAPÍTULO 34

# MAÑANA DE ESPÁRRAGOS SILVESTRES

Me encanta salir a por comida al bosque. Espárragos en primavera, bayas silvestres y fruta de hueso en verano, setas y madroños en otoño, escaramujos en invierno. Los árboles y arbustos regados con agua destilada y el suelo preñado de nutrientes sirven un excelente bufet libre a quien acude al bosque para dejarse sorprender por los exquisitos sabores de la naturaleza.

Sin embargo, en esto de la gastronomía silvestre es preciso adquirir los conocimientos indispensables para evitar peligrosas indigestiones o incluso mortales envenenamientos. Algo que, por desgracia, y en el caso de las setas, acaba ocurriendo todas las temporadas pese al consejo de las sociedades de micología y las autoridades sanitarias.

Conviene conocer todos los rincones de la despensa, ya que la naturaleza guarda, como en botica, los bálsamos junto al veneno: la frambuesa bajo la amanita, el saúco junto al tejo. Por eso, y para evitar males mayores, mi consejo es evitar meternos en la boca todo aquello que desconocemos aunque nos parezca de lo más apetecible.

Una costumbre, por otro lado, muy común entre algunos excursionistas que, pretendiendo imitar a los campesinos que perfuman el aliento chupando un brote de hinojo o degustando unos endrinos, acaban intoxicándose por hacer lo propio con un tallo de adelfa o unas bayas de acebo.

Y es que, aunque desde Paracelso sabemos que «el veneno es la dosis, no la sustancia», lo mejor es no arriesgarse con lo que desconocemos o sobre lo que tenemos la menor duda, aunque hayamos visto que se lo comen los animales. Cuidado con ese tema porque lo que a ellos les alimenta a nosotros nos puede llevar a urgencias.

Por ejemplo, los frutos rojos del acebo, que provocan vómitos, gastroenteritis y problemas cardíacos en el hombre, son, sin embargo una de los manjares más buscados por el lirón gris o el urogallo en invierno, cuando es de lo poco que ofrece la naturaleza en el bosque nevado. Y es que la naturaleza no abre su despensa vegetal para servirnos de alimento, sino como estrategia evolutiva. Una estrategia que, en el caso de las plantas con fruto, les permite esparcir en un mayor radio sus semillas. Recubiertas de jugosa carne y llamativamente coloreadas, los frutos y bayas silvestres son una tentación para pájaros y mamíferos.

De este modo, las semillas de madroños, serbales, zarzamoras, durillos, endrinos, groselleros y tantas otras, viajan en el tracto digestivo del animal hasta donde el azar le lleve para ser depositadas allí con el excremento y hallar nuevos terrenos donde crecer con el primer aporte de abono natural. Quid pro quo: ese es el trato en el que se basa la naturaleza para mantener sus equilibrios, aunque no siempre se vea cumplido. Y una de las especies que lo incumple constantemente es el ser humano.

Sin embargo, aunque el fruto silvestre cumple esa importante función y no ha sido creado para satisfacer nuestro afán recolector, lo cierto es que salir al bosque para recoger lo que nos ofrece cada estación del año genera una de las aficiones más arraigadas en los amantes de la naturaleza.

Con su manojo de espárragos en la mano y una varilla de romero en la boca, mi padre era el hombre más feliz del mundo. Salía a buscarlos por las lindes de los caminos, en los claros de bosque, entre los olivos, en los taludes de los viñedos. Allí era donde crecían las mejores esparragueras, a cuyos pies nacían los espárragos silvestres. Y en esos lugares fue donde me enseñó a buscarlos. Desde entonces, salir de paseo a por espárragos es una de las mejores maneras de pasar una mañana de primavera en el campo.

La esparraguera es una de las plantas más representativas del matorral mediterráneo y crece de manera espontánea en los márgenes de los caminos, en la linde de los campos de cultivo, en el interior de las pinedas o al pie de los olivos. Su aspecto enmarañado y espinoso la hace poco vistosa. Sin embargo, al inicio de la primavera se convierte en uno de los señuelos más buscados por los recolectores de frutos silvestres. Y es que a su pie crece uno de los bocados más exquisitos y saludables que nos ofrece la naturaleza en

primavera.

El espárrago silvestre (mal llamado espárrago triguero) es el brote primaveral de la esparraguera por lo que a menudo suele crecer al pie de la planta, confundido entre sus tallos. Y digo a menudo porque no es raro que un espárrago emerja en solitario en mitad del suelo del bosque, al pie de un muro de piedra seca o en los márgenes de un campo de barbechos. Incluso me atrevería a decir, por mi experiencia propia, que esos son los mejores, los más sabrosos, de color morado casi negro, muy gruesos y con un intenso sabor a campo, que es a lo que saben los espárragos de margen.

Para recogerlos basta con cortarlos con una navaja y con cuidado de no dañar la esparraguera a unos tres o cuatro dedos por encima del suelo, aunque después solo aprovecharemos su mitad, de ese modo resultan más cómodos de llevar en la mano.

Una vez en la cocina solo aprovecharemos la parte más alta, fresca y crujiente. La mejor técnica para saber cuando un espárrago deja de ser aprovechable y se convierte en un bocado leñoso es ir quebrándolo con la punta de los dedos, de arriba abajo, desde la yema hacia la base, hasta que ya no se parta por sí solo, en ese momento desecharemos el resto y llegará el momento de disfrutar de uno de los mejores sabores que nos ofrece la naturaleza.

Un manojo de espárragos recién cogidos una mañana de primavera, cuando todavía están empapados por el rocío y sueltan jugo por el corte, troceados directamente sobre una sartén con un chorro de aceite de oliva virgen, bien fritos pero no tostados y rociados con un poco de pimienta negra recién molida y unas escamas de espuma de sal. Ufff. O salteados con unas virutas de queso manchego. O incluso mejor: sin freír, rotos a mano sobre una ensalada de berros frescos, nueces y tomates de huerta. O en un simple y sublime revuelto de huevos de corral...

Sea como fuere, el característico sabor de estos tallos predomina en el plato y ofrece un bocado exquisito. Además, es un alimento muy saludable ya que aporta vitaminas A y C, fibra, hierro, fósforo y zinc, entre otros. Por otra parte, los espárragos son muy fáciles de digerir y poseen destacadas propiedades diuréticas. Existen pocos manjares más exquisitos y naturales para disfrutar de un almuerzo después de un agradable paseo matutino por el

campo.

## CAPÍTULO 35

# ELOGIO DE LA TRANSPARENCIA

Hace un tiempo me preguntaron en un programa de televisión cuál era mi color favorito, y cuando respondí que era el transparente la entrevistadora me miró con cara de sorpresa y me señaló que eso era trampa porque «el transparente —dijo en tono simpático— no es un color: de hecho, el transparente no existe».

Sin embargo, y tras reconocer por mi parte lo acertado de su corrección, la conversación derivó hacia un elogio de la transparencia pues, si bien es verdad que el transparente no es un color, también es cierto que en la naturaleza es la base que nos permite percibir a todos ellos.

Es curioso pero, como insistió en defender aquella amable presentadora ante mi provocadora respuesta, hay mucha gente que opina que el transparente no existe y que por lo tanto es imposible percibirlo. Llegados a este punto, y antes de adentrarnos en este capítulo dedicado a compartir mis encuentros con el más elemental de los colores, me gustaría invitarle a que recuerde cuál fue la última vez que vio el transparente, o mejor dicho: que creyó percibirlo.

En mi experiencia he tenido la suerte de ver transparentes del todo invisibles, que son los mejores, y la mayoría de ellos me los ha ofrecido el agua.

Recuerdo un transparente absoluto cuando era adolescente. Fue durante una larga excursión por las rutas que se adentran en los bosques de la Sierra de Cazorla, en Jaén. Cuando me quedé sin agua en la cantimplora decidí bajar al Guadalentín, cuyo curso remontábamos, para llenarla. Fue hace muchos años, cuando los ríos eran de agua mineral y —como explico en otros capítulos del libro— se podía beber de ellos. Insisto en que beber directamente del río es uno de los mayores placeres que he disfrutado en la

naturaleza. Algo que, sin embargo, ahora no recomendaría a nadie.

Al cruzar el viejo puente de madera dejé de otear los riscos en busca de las cabras montesas y dirigí mi mirada al río, donde las aguas resonaban con fuerza al saltar entre las rocas y se detenían en pozas que parecían repletas de centelleantes esmeraldas. Pero no vi el agua. Tal era su nivel de transparencia.

Parecía como si las truchas estuvieran fuera de ella, moviéndose como lagartijas barnizadas por entre las piedras. Unas piedras que en realidad eran el lecho del río. Aquel era un perfecto transparente, un color (pensé entonces) que al no verse permitía admirar el resto: esmeraldas, añiles, verdes, celestes... todos se ofrecían a mis hipnotizados ojos gracias a la transparencia.

También me ha ofrecido maravillosos transparentes el color del agua en el manantial de la cumbre, cuando después de una larga caminata para llegar a ella, acudimos a su refrescante auxilio y sumergimos las manos en la surgencia, donde el agua mana a borbotones, para beber de ella. Esas aguas de cristal, absolutamente invisibles, no es que sean transparentes: es que son del color del aire puro, del que apenas se diferencian.

Tengo otra transparencia acuática para disfrutar en la naturaleza: la de las aguas minerales de Cala Estreta, en el litoral de Begur, en pleno corazón del Empordà. Recuerdo nítidamente una mañana soleada de primavera, antes de la llegada de los turistas, cuando tras cruzar los caminos que conducen hasta ella por entre las pinedas, llegamos por fin hasta la arena blanca de Cala Estreta.

Recuerdo soltar las mochilas para dejarlas sobre las rocas y seguir andando, tras horas de caminata por el suelo mullido del bosque —esa alfombra mágica que forman la acículas de los pinos— para llegar a la orilla y meter los pies en la mar. Una mar dormida, quieta como un espejo tumbado sobre una mesa. Y no ver el agua, aún estando dentro de ella, sino sentirla al notar ese escalofrío que provoca el súbito cambio de temperatura.

Y es que vistos desde la altura de los ojos tus pies, que están enteramente sumergidos en el agua, parecen continuar sobre la arena. Así de joven y transparente se conservaba en mi juventud el Mediterráneo en el litoral de Palamós: uno de los tramos más bellos y salvajes de la Costa Brava y donde pasé mi niñez coleccionando transparencias.

Es más. Cuando era pequeño, durante aquellos eternos veranos de bicicleta en chanclas, iba con mis amigos respirando transparencias todo el día. No recuerdo aires más invisibles que los de aquellas mañanas de abril subiendo en bici desde Vall-Llobrega a Fitor por entre dólmenes y alcornoques.

Una prístina transparencia aérea por la que fluían sin apenas rozamiento el canto de los pájaros: el líquido reclamo de la oropéndola, el pinzón pasando sus estrofas o la sonora voz del cuco repitiéndole una y otra vez su nombre al aire. No recuerdo cantos más limpios que los de aquellos días.

Hablando de cantos, hay una última transparencia que quiero elogiar. Acaso la más íntima y especial que he percibido nunca: la transparencia de los ojos de los pájaros.

Durante mis años como anillador científico de aves silvestres, tuve la ocasión de tener entre mis manos a centenares de pájaros de diferentes especies. La delicadeza de sus formas, la suavidad de su plumaje, los espectaculares tonos de su librea. Todo en ellos resultaba cautivador. Pero nada era comparable a la preciosidad de sus ojos transparentes.

Uno de los pájaros más bellos que han pasado por mis manos, y al que adoro más que a ningún otro, es el petirrojo. Sus gráciles formas, su pecho anaranjado, su melodioso canto: uno de los más bellos de la naturaleza. Pero sobre todo sus cristalinos ojos negros. Los ojos negros del petirrojo son como dos perlas transparentes por las que puedes entrever el alma misma del pájaro: un alma libre y limpia como el aire limpio.

Y claro que sí: por supuesto que la transparencia puede ser negra, como las transparentes aguas profundas de la Laguna Negra, en los Picos de Urbión, tierras de Alvargonzález, a la que dedicó algunos de sus mejores versos el gran Antonio Machado, seducido seguramente por su nitidez y pureza.

Preservar la transparencia: ese ha sido y sigue siendo uno de los motivos que me impulsan a escribir historias de felicidad en la naturaleza como las que aquí dejo. Por todo ello, y aunque resulte poco riguroso afirmar tal cosa, sigo insistiendo en que no hay color más bello en el mundo que el transparente.

Disfrute de él en la naturaleza y haga lo posible para ayudar a conservarlo.



A no dañar ni una más de las transparencias del planeta.

## CAPÍTULO 36

# FUERA DE COBERTURA EN DOÑANA

Tal y como explico en el capítulo «Llévame al campo», dedicado al síndrome de déficit de naturaleza (NDD), una de las principales trabas a la conservación de la naturaleza es el distanciamiento de los jóvenes, narcotizados por la tecnología. Parece como si cada avance tecnológico los alejara un poco más de la naturaleza. Algo que, para quienes nos sentimos íntimamente ligados a ella, es motivo de gran incertidumbre y sobretodo de una profunda pena.

Salvo maravillosas y esperanzadoras excepciones, la inmensa mayoría de nuestros chicos no sale apenas al campo, y debido a ello, a esa falta de conexión, no muestra interés por lo que le sucede. Y eso, además de una pena para los que amamos la naturaleza, es un riesgo para nuestro futuro como especie.

Porque si avanzamos en ese desencuentro, si seguimos distanciándonos de la naturaleza que nos rodea generación tras generación, quizá pronto llegará el día en que pensemos que podemos vivir sin ella, que no le pertenecemos ni nos pertenece, y el día que eso llegue a ocurrir estaremos todos perdidos.

Por eso es necesario propiciar urgentemente el encuentro de la naturaleza y nuestros jóvenes. Arrancárselos de las zarpas a la tecnología, liberarlos de la tiranía del lobby tecnológico y llevármolos al campo, más allá de la cobertura, para desintoxicarlos, regresarlos, que abran los ojos al mundo real y sientan y admiren lo mucho que nos queda por descubrir, disfrutar y proteger ahí fuera.

La naturaleza sigue esperándolos, y sigue conservando un gran poder de atracción para nuestros jóvenes. El problema es que resulta muy difícil transmitírsele lejos de ella. Porque la mejor manera de apreciar el esplendor de una mariposa, un hayedo o una golondrina es estar en un hayedo, ver una

mariposa o contemplar a una golondrina. Por eso hay que llevarlos a la naturaleza.

Cuando entran en contacto con la vida al aire libre suelen caer en el hechizo. Se les activa la memoria atávica, esa que permanecía oculta en su interior, aplastada bajo las toneladas de inmediatez que les caen a diario a través de sus dispositivos, y pasan a convertirse en sus mejores defensores. Créame, sé de lo que hablo: durante mis años de juventud fui monitor de campamentos de naturaleza y le aseguro que los sentimientos siguen ahí, solo hay que rescatarlos.

Dicen que en el futuro inmediato nuestros dispositivos electrónicos nos permitirán compartir emociones más allá de la imagen y la palabra: olores, texturas, sabores. El día que eso sea posible tal vez podremos acercarnos más a ella, pero aun así me confieso incapaz de transmitir en este libro toda la felicidad que nos ofrece la naturaleza, y es que por mucho que lo intente, la mayoría de sensaciones son inexplicables.

¿Cómo puedo explicar desde estas simples líneas el aroma de una mañana de primavera en Doñana, o la textura de la luz durante uno de sus atardeceres de otoño, cuando se convierte en El Dorado? Es imposible.

Tampoco soy capaz de describir la sensación que produce el suave tacto de la arena fina de las dunas al pasear por la playa con los pies descalzos, o el sabor intenso de una varilla de hinojo mientras caminas junto a los lucios: ese suave gusto a anís que es la esencia misma del Mediterráneo.

Incluso si este libro contase con las imágenes de los grandes fotógrafos que han retratado Doñana, artistas que, como mi querido y admirado Andoni Canela, han sabido recoger a través de sus lentes la magia de la marisma, no sería lo mismo que estar allí y sentirla, además de verla o leerla.

Puedo compartir la imagen de una puesta de sol en un amanecer en las lagunas, pero no es lo mismo que estar allí y verlo hasta que las lágrimas te dejan.

Podría añadir al libro un CD con la música de Doñana y que el lector pudiera escuchar la aflautada melodía del canto de la oropéndola mientras lee estas líneas, pero créame si le digo que nunca sonaría como suena la oropéndola en el pinar de La Algaida. Y es que no hay forma de reproducir el profundo placer que se siente al estar en Doñana.

El placer de ir caminando por la dehesa, ese bosque amable de suelo mullido y hierba fresca, embrujado por la canción de los jilgueros y el perfume de la genista, y ver de repente algo fugaz: una sombra, una mancha atigrada cruzando entre el matorral.

El placer de cerrar los ojos con fuerza para recordar el instante mientras se acelera el pulso. La emoción intensa de ir hacia allí, a buscar el rastro, no encontrarlo y pensar que tal vez ha sido un sueño. O no.

La dicha infinita de refugiarte en una de las casetas de observación de El Acebuche en una mañana de lluvia fina, esa lluvia que más que caer hidrata, levantar con todo el cuidado del mundo la portezuela que da a la laguna — ¿qué sorpresa me deparará hoy?— y asistir, de repente, a un espectáculo de ballet: el de media docena de espátulas, vestidas de blanco y tocadas con su elegante penacho, danzando sobre las aguas mientras las peinan a la vez en perfecta coreografía —ahora a un lado, ahora a otro— en busca de alimento.

Adentrarse en el médano del Asperillo, entre El Rocío y Matalascañas, caminando cómodamente por sus tablas y notar la suave caricia de la naturaleza mientras atraviesas el bosque camino a la playa. Un paseo sereno que te lleva del verde al azul pasando por el dorado de las dunas. Y al llegar sentarte en lo alto del acantilado, con la mirada al frente, escuchando el rumor de las olas, mientras la vista se pierde en el horizonte del golfo de Cádiz, por donde a veces se ve pasar a las ballenas y los delfines en su ruta hacia el Estrecho.

Y echar un cafecito en la Dehesa de Abajo, donde Beltrán, pegar la hebra con los compañeros de afición y bajarse a los observatorios para echar la tarde mirando pájaros: fochas, gallinetas, zampullines. Aquí unos andarríos, allí los archibebes. Azulones, colorados, cucharas, cercetas, porrones, tarros: ¡de dónde saldrá tanto pato!

Pasa el aguilucho lagunero sobrevolando el cañizal: míralo, ¡si parece una cometa rota! Ese que canta es el ruiseñor bastardo, y aquella la buscarla y mas allí ¿lo oyes?: escucha, escucha, es un carricero. Y, de repente, un martín pescador y luego un pájaro moscón, y así, de sobresalto en sobresalto van saliendo los dedos por las mirillas señalando a uno y otro lado. Todo eso entre moritos, garzas y flamencos. Así pasa la tarde en Doñana.

Podría convertir este capítulo en un libro solo con transcribir las

anotaciones de mis cuadernos de campo en Doñana. Algunas de ellas tomadas en el interior del parque nacional, otras en las reservas que forman el parque natural, y muchas más en el resto de espacios (protegidos o no) que conforman nuestro impresionante humedal: el más importante para las aves del sur de Europa.

Por eso recomiendo vivamente al lector ir a Doñana para descubrir hasta qué punto se puede disfrutar en la naturaleza, fuera de cobertura. Pero, en todo caso, hágalo pronto porque ese paraíso, ese lugar elegido por la evolución para demostrarnos de lo que ha sido capaz, está ahora más amenazado que nunca.

Por eso es tan urgente motivar a nuestros jóvenes en la defensa de la naturaleza, para salvar Doñana y el resto de nuestros espacios naturales amenazados por la especulación y los intereses privados. Hay que mostrarles que existe un mundo fascinante donde se puede ser feliz fuera de cobertura. Y llevarlos a Doñana es una de las mejores maneras de intentarlo. Del resto ya se encargará ella.

## CAPÍTULO 37

# ENCUENTRO CON EL MARTÍN PESCADOR

Las choperas junto al río son el mejor destino para el amante de la naturaleza en el mediodía estival de la meseta castellana. En ese paisaje mineral, de páramos desnudos y extensas llanuras de cereal, el bosque de ribera aparece en mitad del paisaje como una línea verde, un surco de bosque que serpentea escoltando al río como un oasis prometiendo lo más preciado: ¡sombras!

Durante la larga caminata, prismáticos al cuello y mochila a la espalda, el calor mesetario se multiplica contra el suelo mineral y hace que tiemble el horizonte al alzar la mirada sobre la horizontal. En ese inhóspito escenario, el buscavidas lleva demasiado tiempo soportando estoicamente la dureza de un sol a plomo y unas temperaturas que se han ido encaramando hacia la cuarentena.

Todo ello sin una cubierta vegetal bajo la que guarecerse, sin un cobijo más allá del que pueda brindar la copa de una retorcida sabina o un modesto enebro. Hasta el punto de que, a medida que van pasando las horas y la única sombra que aparece en el terreno es la que deja el vuelo alto de las rapaces veleras, uno siente flaquear el ánimo además de las piernas.

Por eso, a pesar de la belleza del entorno, una belleza austera, casi románica, sin concesión alguna a la fantasía, a pesar de la fragancia balsámica a tomillo y romero que perfuma el aire y refresca la respiración, uno está deseando llegar al río, no ya para escuchar a la oropéndola, sino para recuperar el aliento.

En esas jornadas de sol inclemente no hay mayor recompensa que la de bajar al río, vaciar el agua caliente de la cantimplora y sumergirse en sus aguas para cumplir con uno de los placeres más sublimes de la naturaleza

siempre que se trate de un río limpio y estemos seguros de ello: echar un trago de la propia corriente mientras uno se baña. Un trago de agua fresca que baja por el cuello para reavivar el espíritu además del organismo.

Fue uno de esos mediodías de calor mesetario cuando, tras bajar a la chopera, deshacerme de cuanto llevaba encima y sumergirme en las aguas heladas del Riaza, tuve el encuentro más cercano con uno de los pájaros más bellos de la fauna ibérica.

Mientras intentaba recuperar el ánimo enteramente sumergido en el río, con el agua apenas dos dedos bajo la nariz, oí un silbido irritante, progresivo. Un sonido que se aproximaba desde el fondo de la cárcava, donde los rápidos, remontando la corriente por mitad del cauce. Todavía no lo veía, pero ya sabía quién era, quién venía hacia mí en línea recta. Y me eché a temblar, pero no de frío, sino de emoción.

Porque quien se aproximaba a toda velocidad era mi pájaro favorito: el martín pescador. El pájaro más bello del mundo, cuyas fotos colgaron de mi habitación en los lejanos días de mi infancia, siguieron haciéndolo durante toda mi juventud y me acompañan ahora mismo, mientras esto escribo, en las paredes de mi estudio.

Decidí no pestañear. Decidí no respirar. Decidí morir si era preciso para pasar inadvertido y que no cambiara su rumbo. Y fue así como al instante, en una décima de segundo que se me hizo eterna, apenas un instante que paladearé mientras viva, me pasó por encima.

Recuerdo nítidamente el anaranjado casi rojo de su vientre, las alas cortas, como amputadas en su mitad, y la cabeza entera como un arpón. Una cabeza alargada en la que no pude diferenciar dónde acababa el pico y empezaba el cráneo. Porque todo el pájaro era en verdad una punta de flecha, un cursor que se desplazaba sobre la pantalla del agua pintándola de un color naranja vivo, un naranja de tal intensidad que no creo que exista igual en todo el planeta.

Fue un momento de plena felicidad en la naturaleza. Sin duda uno de los más intensos de cuantos recogen estas páginas. Apenas un lapso de tiempo, es cierto, pero qué eterno. ¿Cuánto puede durar una décima de segundo? Porque aquella dura hasta hoy, y seguirá sucediendo para siempre en mi memoria.

El martín pescador, la joya más preciada de mi infancia, el mítico animal de mis deseos, estaba allí y venía hacia mí en línea recta. Porque a todo esto, y para mi sorpresa absoluta, aquel pájaro no se había dado cuenta de mi presencia. Debió confundir mi cabeza emergida con una roca del cauce y, para mi éxtasis y mi asombro, seguía avanzando como un arpón que fuera a atravesarme.

Hasta que... ¡zas! me sobrevoló. Tan cerca lo hizo que creí sentir el tacto de sus plumas rozándome la frente. Créanme si les digo que hasta creí olerlo. Lo juro. Y siguió volando tras pasar de largo. Siguió en línea recta, río arriba, remontando la corriente sin ser consciente de que me había sobrevolado.

Entonces tuve el acto reflejo de girar el cuello a toda velocidad, tan alta como su batir de alas. Quería verlo alejarse, despedirme de él con una última mirada. Pero cuando ya lo daba por perdido ocurrió lo inesperado.

Aquel relámpago azul y rojo, aquella saeta viva, dio un quiebro imposible partiendo en dos el aire y se posó en una rama seca del cauce. Un posadero perfecto. Seguro que era uno de sus lugares favoritos. Instalado en aquella rama baja del olmo seco, sobre las aguas turquesa del Riaza, aquel martín pescador era la máxima expresión de la belleza.

Ninguna otra creación del hombre o la naturaleza puede igualar el perfecto diseño de este precioso pájaro. Su brillante plumaje muestra una de las libreas más elegantes entre los seres vivos. Una combinación del azul metálico con el turquesa en las alas, con tonos que derivan hacia el verde en el dorso y se encienden hasta hacerse eléctricos en la cola, extremadamente corta.

La cabeza es ridícula, ovalada, muy estrecha y alta. Una cabeza de diseño aerodinámico que deriva en pico para convertirse en arpón: un arpón que es en verdad uno de los estiletes más afilados del reino animal. Todo ello envuelto en unas plumas cortas que combinan el moteado azul brillante de la cabeza con un antifaz bajo de color naranja que acaba en una señal blanca, un semáforo de nieve que también muestra en la garganta.

Y allí estaba esta maravilla de la evolución, en su atalaya de fusta. Quieto, mirando hacia las aguas, a tan solo unos metros de distancia y completamente ajeno a mi presencia. Su proximidad era tan alta que, pese a no disponer de mis prismáticos, pude identificar el género. Se trataba de un macho y me lo decía la parte inferior del pico: ennegrecida en ellos y anaranjada en las



hembras.

Debieron pasar unos segundos, que viví con la intensidad de semanas, cuando fui consciente de que su posado era demasiado rígido, casi hierático. Estaba como congelado. Apenas movía una pluma. Con la cabeza hacia abajo y la mirada fija en el fondo del río, parecía haber descubierto algo de su máximo interés. Fue entonces cuando comprendí la escena que iba suceder y me preparé para asistir a ella con todo lo que mis ojos daban de sí.

Al instante, aquella flecha azulada se disparó a sí misma hacia el agua: como una bala que la atravesara, apenas hizo ruido, no saltó una gota. Atravesó la lámina como un cuchillo entra en la mantequilla. Transcurrieron dos, tres segundos, no más. Y entonces emergió de nuevo a la superficie: como envuelto en gelatina, rodeado de purpurina transparente.

Se encaramó a la misma rama, ocupó la misma plaza y giró la cabeza para mostrarme su trofeo: un pez atrapado en el pico como si fueran unos palillos de comida japonesa. Está claro que eran imaginaciones mías, es absurdo pensar que conocía mi presencia y todavía más absurdo pensar que me estaba brindando su captura. Pero así lo sentí y así os lo cuento.

Estuvo unos segundos posando orgullosamente con su presa pinzada en el pico. Miró a ambos lados, se agachó levemente y despegó como un cohete para continuar aguas arriba, de nuevo por mitad del río, siguiendo el camino del agua. Y entonces rompí a llorar de emoción y supe que no iba a olvidar aquella escena en la vida. Y así es.

Probablemente aquel pez iba a ser el alimento de sus pollos. Probablemente aquel precioso martín volaba rápido para acudir a su nido, un túnel excavado en algún talud arcilloso de la orilla, y cumplir con la ceiba. Probablemente por eso no me vio. Y si lo hizo me ignoró porque tenía una prioridad mayor.

En todo caso, aquel mediodía de agosto en la chopera del Riaza toqué la felicidad por un instante. Me emocioné y sigo emocionándome al recordarlo. Vivan nuestros ríos vivos: conservemos toda su belleza cuidemos de ellos.

## CAPÍTULO 38

# DE CAMPO DENTRO DE CASA

Una de las ventajas del amante de la naturaleza es la posibilidad de disfrutar de ella sin salir de casa, en zapatillas, sin otra equipación más allá del elemento indispensable para todo observador del entorno: la curiosidad. Así fue como desarrollé en mi caso buena parte de mi afición por la naturaleza, entre las cuatro paredes del hogar familiar.

Lejos de lo que muchos piensan, no existen fronteras entre el medio urbano y el medio natural, pues en verdad todos los medios le pertenecen a ella, a la naturaleza, que está presente en todas partes. Por eso recorrer los rincones más apartados y menos frecuentados de una vivienda también nos puede deparar muchas sorpresas.

En este capítulo quiero compartir mis encuentros con algunos de los principales protagonistas de aquellas jornadas de campo sin salir de casa, en la mayoría de las ocasiones a oscuras y en pijama, cuando todos dormían y el piso se convertía en un territorio ideal para explorar la presencia de sus otros habitantes.

Recuerdo que uno de mis momentos más esperados llegaba después de cenar, cuando la principal oferta naturalista me la deparaba la observación de una vieja araña folcus que tenía localizada en el cuarto de mi abuelo. No sin cierto temor, acudía a aquella pequeña habitación del piso de mis padres, que permanecía vacía y cerrada buena parte del año, para observar a la faraona: un asombroso ejemplar que había hallado en aquel cuarto oscuro el territorio propicio para tejer su existencia.

Colgada boca abajo, sujeta al techo por sus ocho patas, la araña realizaba periódicamente la inspección de las telas que tenía situadas en las cuatro esquinas de la habitación para sopesar los hilos maestros y, como el pescador de caña tiente la línea, intuir las posibles capturas.

Al detectar la mínima vibración, la folcus salía disparada como un resorte hacia el centro de la trampa donde había quedado atrapada una mosca o un mosquito, envolvía a su víctima en un capullo a manera de sarcófago y la dejaba allí como quien deja un bote de conserva en la alacena, hasta que llegara el momento de beberse a su presa.

Y digo beberse porque lo que hace la folcus para alimentarse de sus víctimas es inyectar un líquido en el capullo que disuelve los órganos de sus presas para, convertidas en papilla, ser absorbidas por succión. Puede que muchos lectores decidan cerrar las páginas del libro en este punto, o creer que me he pasado a las novelas de terror, pero les aseguro que se trata de una escena que se da a diario en muchos rincones de nuestros hogares. Este es el tipo de aventuras que nos brindan las esquinas de los techos en los cobertizos, garajes o cuartos oscuros y poco frecuentados de nuestras viviendas. Solo hay que recorrerla con otros ojos, los de la curiosidad, y otro ánimo, el del naturalista indiscreto.

Pececillos de plata, carcomas, lagartijas, abejas, salamanquesas, moscas, golondrinas, ratones, gorriones y murciélagos completaban, junto a otros, la larga lista de figurantes de aquella naturaleza doméstica. De vez en cuando se daba alguna invasión de hormigas (turcas, para más señas) que, antes de ser disuelta por las expeditivas medidas de represión de mi madre, armada de insecticidas líquidos, sólidos o gaseosos (corrían tiempos del irritante y tóxico DDT) me permitía conocer el fascinante comportamiento de estos insectos sociales.

Por todo ello, y desde el convencimiento de que si el lector ha llegado hasta este capítulo es porque comparte la irremediable llamada de la naturaleza, le propongo no renunciar a ella al cerrar la puerta de regreso a su vivienda.

Es más, recomiendo a quien se sienta atraído por la observación de la naturaleza que mantenga unos prismáticos de campo siempre a mano en casa (yo los tengo colgados de la percha de la entrada, por ejemplo) y que se asome más a menudo a la ventana. Que le dedique atención al entorno inmediato: porque es el que nos va a deparar más sorpresas y del que podemos disfrutar durante la mayor parte del tiempo sin hacer ningún esfuerzo.

Basta por ejemplo con salir ahí fuera y elevar la mirada desde el balcón o la terraza para supervisar el tránsito de los cielos, que durante la mayor parte del año cruzan multitud de aves de numerosas especies, donde manotean el aire los murciélagos y zumban por miles los insectos. Como dice mi buen amigo Alfred Rodríguez Picó, apasionado de la «meteo» y el mejor hombre del tiempo que conozco: «He sido muy feliz mirando al cielo, porque el cielo nunca defrauda».

Una de las protagonistas principales de mis jornadas de campo sin salir de casa era un insecto con tan mala prensa como sorprendente biología: la cucaracha. Le pido que no le haga ascos a la lectura a la primera de cambio y me permita demostrarle hasta qué punto se trata de una de las criaturas más fascinantes de la naturaleza.

Las cucarachas llevan más de doscientos millones de años viviendo en este planeta. Quizá por ello su evolución hace tiempo que se detuvo, entendiendo que habían alcanzado los niveles óptimos para asegurarse la supervivencia. Aunque actualmente hay tres mil quinientas especies conocidas de cucarachas tan solo tres se pueden considerar comunes en el continente europeo: la cucaracha negra o común (*Blatta orientalis*), la cucaracha americana (*Periplaneta americana*) y la cucaracha rubia (*Blatella germanica*).

De alimentación omnívora y con un alto apego a la vida en grupo, estos insectos tienen hábitos nocturnos y permanecen escondidos durante el día (pueden estar un mes sin comer ni beber) en los lugares más insólitos de nuestro entorno, a la espera de salir de su escondite en busca de restos de comida cuando estén completamente seguras de que lo hemos abandonado. Contrariamente a lo que se dice de ellas, las cucarachas no causan daños al mobiliario ni las estructuras, ni mucho menos atacan a las personas o los animales de compañía. No pican.

Aunque las hembras en celo despiden un olor característico, destinado a atraer al macho que puede resultar ciertamente desagradable y parece cierto que pueden transmitir gérmenes (como lo harían un pájaro, un gato o un perro), no se conoce ninguna enfermedad que pueda asociarse directa o indirectamente a su presencia. Es decir, las cucarachas nos pueden parecer más o menos repugnantes (a mí me causan verdadera fascinación) pero en

ningún caso son una amenaza.

De las tres especies europeas la negra es la más abundante. Su cuerpo coriáceo y brillante y sus largas antenas la hacen inconfundible. Los machos poseen un par de élitros bajo su coraza o exoesqueleto aunque es poco habitual que echen a volar. Cuando llega el frío, desaparecen de nuestra vista permaneciendo aletargadas en su escondite, sin causar molestia alguna.

La cucaracha americana llegó a nuestro continente aprovechando los viajes en barco y avión de sus huevos, depositados entre la mercancía de las bodegas o directamente en las ropas de los pasajeros o el pelo de los animales de compañía. Por eso se suele asociar la presencia de esta especie a localidades portuarias o donde reside personal de transporte aéreo, aunque lo cierto es que está por todas partes. De color caoba, su tamaño puede llegar a doblar el de la cucaracha negra y es la más voladora de todas gracias a sus potentes alas.

La cucaracha rubia es mucho más pequeña y con un aspecto menos repulsivo, menos «de cucaracha». Con una querencia a instalarse en los lugares donde abundan los restos de comida y se está calentito. Es, por ejemplo, la que solemos sorprender en aquellos bares que descuidan su limpieza. Y es que, si el lugar está limpio y convenientemente desinfectado, no detectaremos ni a esta ni a ninguna otra cucaracha.

El éxito evolutivo de estos artrópodos está en su sistema de reproducción. La naturaleza los ha dotado de un mecanismo altamente especializado que les permite asegurar casi al 100 por ciento el éxito de sus puestas. Los huevos de la cucaracha (de doce a cincuenta dependiendo de la especie) están envueltos por una vaina de forma espectacular que la hembra expulsa por el abdomen una vez elegido el lugar apropiado que a menudo rectifica trasladándola a otro sitio.

Esa especie de envase hermético, que los entomólogos llaman *ooteca*, funciona como una incubadora, una cámara estanca que mantiene en condiciones óptimas a los huevos hasta que llega el momento de su eclosión. Tras una ligera y rápida metamorfosis, las ninfas se convierten directamente en minúsculas cucarachas que colonizan el espacio elegido por la hembra, aunque permacerán agrupadas junto al resto de la colonia, ya que mantienen una estrecha cohesión social para hacer frente a las amenazas.

Por eso nos generan tantos problemas de convivencia, pues son más difíciles de erradicar que otros parásitos del hogar, como los mosquitos o las hormigas, al mostrar una excepcional adaptación a las sustancias tóxicas con las que intentamos liberarnos de su compañía. Aunque la verdad es que se ha exagerado mucho sobre este aspecto y no: las cucarachas no son los únicos seres vivos que sobrevivirían a un ataque nuclear.

Otro de los animales que podemos observar sin salir de casa es la salamanquesa, a la que en muchos lugares llaman dragón. Y es que el aspecto de la salamanquesa es efectivamente muy similar al de los dragones de los cuentos. Sin embargo, si nos detenemos a observar su anatomía y observamos detenidamente su comportamiento, lejos de asustarnos quedaremos fascinados por este curioso reptil de vida nocturna.

La piel de las salamanquesas es rugosa, de un color grisáceo con tonos blancos, rosados y hasta dorados. Mide alrededor de dieciséis centímetros de cabeza a cola y tiene una larga vida, pudiendo compartir nuestro hogar durante casi diez años.

Si observamos con detenimiento sus dedos, veremos que son planos y abultados. Apoyándolos a modo de ventosas gracias a su agrietada piel, consigue desplazarse en vertical por cualquier superficie: incluso boca abajo. Puestos a buscar el detalle, y haciendo uso de los prismáticos caseros que recomendaba al principio, podremos ver el color de sus ojos: dorados y con la pupila en forma vertical para engañar a sus enemigos anunciando una falsa agresividad. Y es que, más allá de los mitos y leyendas de los pueblos, este pequeño saurio resulta totalmente inofensivo para el ser humano.

Con una amplia distribución por todo el planeta, las salamanquesas prefieren instalarse junto a nosotros porque les garantizamos la presencia de su reclamo necesario para atraer a sus presas favoritas: los insectos voladores. Me estoy refiriendo a la luz. Por eso, aunque resultan especialmente abundantes en el ámbito rural, también se sienten muy cómodas en la gran ciudad, donde suelen instalarse en las grietas de la pared, en los rincones oscuros de las calles o en la terraza de casa, siempre, eso sí, cerca de algún foco, una farola o cualquier otro punto de iluminación.

Cualquier agujero puede ser ocupado por este ágil reptil. Allí pasará las horas de sol sin causar molestia alguna. Hasta que llegue la noche y

encendamos nuestras luces. En ese momento hacen acto de presencia saliendo de la oscuridad para corretear por las paredes hasta el límite exacto de las sombras. Su propósito es permanecer agazapadas en lo oscuro, con la mirada fija en el entorno de la lámpara, donde, atraídos por la luz, se concentran todo tipo de insectos voladores. Algunos de ellos comenten el error de posarse en la pared. Y entonces... ¡zas! Aparece de la nada nuestra protagonista para atrapar a la pobre polilla, a la mosca, al mosquito que nos acababa de picar.

Por eso, la salamanquesa es tan beneficiosa para el hombre, porque se alimenta de los insectos del hogar, controlando su presencia. Su compañía resulta tremendamente eficaz en la lucha contra los mosquitos, pues estos la detectan por el olor y eluden su compañía, alejándose del entorno.

Respecto a su mala fama de devoradora de ropa y de ser la protagonista de otras fechorías en el hogar, es absolutamente infundada. Muy al contrario, en muchas casas de campo los propietarios les dan cobijo como curiosos animales de compañía, pues han aprendido que con ellas en casa los mosquitos, uno de sus bocados favoritos, desaparecen para siempre.

Mirar alrededor de donde estamos con curiosidad de naturalista para ver lo que otros no ven: ese es el método para disfrutar de la presencia de estos y muchos otros animales fascinantes. Sin salir de casa. En zapatillas.

## CAPÍTULO 39

# LA FORTUNA DE VIVIR AQUÍ

Durante las páginas anteriores he querido compartir mi amor por la naturaleza combinando mis recuerdos con algunas gotas de divulgación científica, muy pocas. Mi afán con este libro no ha sido enseñar, sino emocionar, contagiar entusiasmo por la observación y el disfrute de la vida silvestre que nos rodea: desde el entorno más próximo hasta los lugares más remotos de nuestra geografía.

Pero, antes de acabar, me gustaría dedicar este penúltimo capítulo a ensalzar el alto valor de la naturaleza española y animar al lector a que se sienta orgulloso de ella. Son muchos los avatares que nos han dejado la moral algo tocada en los últimos tiempos, pero una cosa esta clara: ser amante de la naturaleza y vivir en este país es una auténtica fortuna.

La naturaleza española acoge la mayor variedad de animales y plantas de toda Europa. Con más de cien mil especies de fauna y flora poblando sus ecosistemas, España es una gran reserva natural con algunos de los mejores paisajes del continente y en la que subsisten las especies más escasas y amenazadas.

Nuestro país es sin lugar a dudas uno de los mejores destinos para disfrutar en la naturaleza de todo el mundo. Existen pocos lugares en el planeta donde se halle representado un mosaico de hábitats y paisajes tan variado y en el que se recojan tantos contrastes.

Desde las cumbres heladas de Sierra Nevada, en Andalucía, hasta los bosques templados de la sierra de Cebollera en La Rioja o las profundidades marinas repletas de coral rojo del cap de Creus, en Cataluña, España ofrece al viajero que aprecia la belleza de lo vivo la posibilidad de disfrutar de algunos de los espacios naturales mejor conservados del sur de Europa.

Desde el corazón verde de la selva de Irati, en Navarra, hasta los



atardeceres dorados en las dunas de Maspalomas, en Las Palmas de Gran Canaria. Desde las fértiles dehesas de Monfragüe, en Extremadura, hasta la austera belleza esteparia de los Monegros, en Aragón o la belleza de las playas naturales de agua mineral del cabo de Gata, en Almería.

La exuberante belleza del tajinaste rojo, la flor más espectacular del mundo que crece exclusivamente en el Parque Nacional del Teide, en la paradisíaca isla de Tenerife; los acantilados repletos de aves marinas en las islas Cíes, en Galicia; aguazales repletos de patos en las Tablas de Daimiel, en Castilla-La Mancha, los frondosos y refrescantes robledales del macizo del Montseny, en Cataluña, las emocionantes (no se me ocurre otra manera de describirlas) marismas de Doñana, en Andalucía, o las no menos bellas de Santoña, en Cantabria.

Valles inmensos, atravesados por ríos salmoneros y cubiertos de prados verdes, como los que tapizan buena parte de Asturias y el País Vasco, o la perfumada espesura del matorral mediterráneo que cubre las serranías litorales de la región de Murcia, como mi querida sierra Espuña en la que he disfrutado de tan bellos paseos, y la Comunidad Valenciana, como la serra Calderona o el Penyagolosa, dónde el monte huele a romero, tomillo y lavanda.

Los islotes salvajes y las cuevas submarinas del pequeño archipiélago de Cabrera o los barrancos agrestes de la isla de Menorca, en Baleares; las colonias de aves marinas de las islas Chafarinas, frente a Melilla. Los inmensos, eternos pinares de Soria y su cañón del Río Lobos, las parameras burgalesas, tierras altas de rapaces donde pervive el espíritu de mi añorado maestro Félix Rodríguez de la Fuente. El esplendor natural de la bellísima Montaña Palentina o el carácter agreste de la sierra de la Culebra en Zamora, todo ello en Castilla y León, nuestra comunidad más grande, a la que me siento tan sentimentalmente unido y donde las posibilidades de disfrutar en la naturaleza son inabarcables.

Podría seguir citando espacios y especies hasta doblar las páginas de este libro. No en vano, más de la mitad de los diferentes tipos de hábitats que se dan en la Unión Europea se encuentran representados en España.

Si ponemos cifras a este patrimonio comprobaremos que los números de la biodiversidad española son impresionantes: alrededor de veinte mil

especies diferentes de plantas (de ellas más de mil quinientos endemismos, es decir, especies que solo se dan en España y en ningún otro lugar del mundo) otros veinte mil tipos diferenciados de hongos, musgos y líquenes, lo que supone más del 80 por ciento de la diversidad botánica de la Unión Europea, y casi sesenta mil especies de animales, con no pocos endemismos, que representan más de la mitad de todo lo que corre, salta, vuela, nada o reptar por la Europa comunitaria.

Aunque si las cifras de seres vivos son grandilocuentes, todavía lo es más el listado de sus nombres propios. Las últimas poblaciones de lince ibérico, considerado como el felino más amenazado del mundo, resisten el pulso de la extinción y se están recuperando gracias a los grandes esfuerzos que, tanto desde las diferentes administraciones como desde las entidades científicas y los grupos conservacionistas, se están realizando para salvar a la especie.

Al igual que ocurre con el gran gato salvaje, las expectativas de salvación para el águila imperial, el oso pardo, el buitre negro, el quebrantahuesos, el lobo ibérico o la malvasía cabeciblanca han mejorado notablemente en estos últimos años. El único que no presenta síntomas de mejora y que nos tiene con el corazón en un puño es el urogallo cantábrico, pero se están desarrollando nuevos planes para intentar rescatarlo de la extinción a la que al escribir estas líneas parece abocado.

Todo ello gracias a la valiosa herramienta de los fondos LIFE de la Unión Europea, a las estrategias nacionales para la conservación y a otros planes de recuperación que se están llevando a cabo con estas y otras especies amenazadas, muchas de ellas flores y plantas endémicas que convierten a España, y muy especialmente a las islas Canarias, en la gran reserva natural de Europa.

Nuestro país fue uno de los primeros en afrontar el reto de proteger su naturaleza, con la creación en 1916 de la Red de Parques Nacionales, un entramado de lugares de alto interés paisajístico y ecológico en el que se hallan representados los principales ecosistemas y que a día de hoy está formado por quince espacios naturales sometidos a los más altos niveles de protección, de los que cuatro han sido declarados a su vez patrimonio de la humanidad.

Avanzar hacia un desarrollo más limpio y sostenible es uno de los

principales desafíos que deben acometer las sociedades avanzadas, y en ese sentido la conservación de la naturaleza y diversidad biológica es un reto ineludible. Pero no solo por cuestiones ambientales, sino también económicas, pues en un sector tan importante para la economía española como es el turístico, sometido a tantos cambios de tendencias, mantener unos paisajes ambientalmente saneados, con unos valores naturales atendidos y bien gestionados, es una clara inversión de futuro.

Ascender hacia las cumbres pirenaicas por las sendas que recorren el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, en la provincia de Huesca, y observar a un grupo de rebecos pastando mientras el quebrantahuesos cruza los cielos es un privilegio al que cada vez más viajeros respetuosos con el entorno desean acceder.

Disfrutar de la flora endémica que guardan los parques nacionales de Canarias, con la infinidad de variedades exclusivas que ofrece el archipiélago, o acercarse en un atardecer dorado de primavera a la raña, la gran dehesa del Parque Nacional de Cabañeros, para observar a los grupos de ciervos que se reúnen bajo sus encinas centenarias, son otros de los atractivos turísticos que cotizan al alza.

Como lo supone la fortuna de poder recorrer los senderos del Parque Nacional Picos de Europa, en la cordillera cantábrica, y adentrarse en los exclusivos territorios en los que habitan el urogallo o el oso pardo, donde el bosque se hace profundo y oscuro y crecen algunas de las orquídeas más bellas de Europa.

Estos son tan solo algunos ejemplos del alto valor que atesoran los rincones mejor conservados de la geografía española para un tipo de turismo, el cultural y de naturaleza, que supone una alternativa de calidad para el mantenimiento del sector más importante de la economía española.

Proteger ese patrimonio y gestionarlo responsablemente, de manera eficiente, para que posibilite un desarrollo sostenible del sector turístico y sea transmitido a las generaciones futuras en el mejor estado de conservación posible, es una tarea que requiere un compromiso decidido. No en vano, el entorno natural supone una de las mayores propiedades para cualquier país, y en el caso de España, una hacienda con un valor incalculable.

¿Cuál es el precio de una mariposa macaón sobrevolando unas genistas de

Grazalema? ¿Y el de una flor de nieve que acaba de abrirse en las cumbres de Sierra Nevada? ¿Cuánto podría llegar a cotizar en bolsa un bando de avutardas cruzando los cielos enrojecidos de las Lagunas de Villafáfila? ¿Y el de una náyade que sobrevive en un meandro del Ebro?

En este mundo globalizado y sometido a la tiranía de los mercados financieros, es preciso contabilizar también el valor económico que representa tener una naturaleza tan bien conservada como la nuestra: a pesar de tanto, a pesar de tantos. Un valor que traducido a los servicios prestados al conjunto de la sociedad, incluso a los propios mercados, alcanzaría una cotización incalculable. Porque aquí vive mucho de lo que más escasea en el continente y porque es posible recorrer en un breve espacio de tiempo buena parte de los ecosistemas que lo forman.

Sabemos calcular el precio de lo que tenemos ajustado en la muñeca o estacionado en el aparcamiento, pero somos incapaces de poner valor a la naturaleza que nos rodea. Es imposible calcular el precio de los bosques y las montañas, de los aguazales, las zonas esteparias, los acantilados marinos y el conjunto de animales y plantas que los habitan, pero sabemos que su valor esta menguando, por lo que a su recuperación y custodia deberemos dedicar mayores esfuerzos en los próximos años.

Y una de las mejores maneras de ayudar la naturaleza es dar apoyo a los que la defienden. Por eso no me gustaría acabar sin pedirle expresamente que, en la medida en la que le sea posible, se haga socio de alguna de las organizaciones conservacionistas y ecologistas que trabajan a favor del medio ambiente y en contra del cambio climático en nuestro país.

Las cinco principales ONG ecologistas son SEO/Birdlife, WWF, Greenpeace, Ecologistas en Acción y Amigos de la Tierra. Personalmente, pertenezco a dos de ellas desde hace casi cuarenta años, pero guardo una estrecha relación de respeto, admiración y cariño con el resto, a las que intento apoyar siempre que puedo.

Pero hay muchas, muchísimas más entidades locales que trabajan muy duro y muy bien para que los ciudadanos de este país podamos seguir disfrutando de nuestra privilegiada naturaleza. Infórmese, querido lector, de lo que le ofrecen las cinco grandes organizaciones o los grupos que existan en su municipio o su comunidad y présteles apoyo uniéndose a ellos.

## CAPÍTULO 40

# LLÉVAME AL CAMPO

Para acabar, quisiera animar al lector a salir al campo y disfrutar en vivo de instantes como los que aquí he compartido, pues por mucho que su lectura haya podido agradar, ninguno de los capítulos narrados es comparable a la experiencia íntima y personal de la observación de la naturaleza.

Hay una dieta para el alma como la hay para el cuerpo. Y en ese régimen, no de alimentos sino de emociones, no puede faltar el contacto directo con la naturaleza. Por eso debemos salir más al campo, para nutrirnos de nuevas sensaciones que nos reverdezcan por dentro y devolver al organismo el bienestar y el placer de sentirse en contacto con su entorno favorito.

Durante muchos años formé parte del equipo de redacción de la revista *Integral* y del consejo editorial que escogía los contenidos de aquella magnífica publicación pionera de la prensa medioambiental española. Recuerdo que uno de los temas estelares era el de la sanación del cuerpo y de la mente mediante la vida al aire libre, propiciando el reencuentro de nuestro organismo con la tierra. Una especie de renacer en la naturaleza, de hecho creo que ya por entonces lo llamaban así: *rebirthing*.

Sin ser un experto en el tema y sin ánimo de enmendar la plana a los terapeutas naturales que en verdad saben de esto, la mayoría de aquellos trabajos aludían a las bondades de dejarse contagiar por todo lo bueno que acontece en el campo. A dejarnos acoger por la naturaleza y experimentar la capacidad que tiene nuestro propio organismo para acompasarse a los ritmos fenológicos del resto de seres vivos y renacer a sensaciones que permanecían dormidas en nuestro interior.

Reverdecer al aire libre del campo, respirar profundamente el aire limpio de la montaña o la brisa del mar, sentir las gotas de lluvia fresca en la cara, refrescar el ánimo en las sombras del bosque, arrinconar los cascos al fondo

de un cajón y dejar que nuestro oído se reencuentre con el trino de las aves o el alegre zumbido de los insectos, permitir que nuestra mirada se limpie observando el tránsito de las nubes, el fulgor de las estrellas en la madrugada o el mosaico de colores que forman las flores en la pradera.

Solo es cuestión de buscar cobijo en ella, volver a disfrutar en la naturaleza, dejarse cuidar por ella, notar cómo nos limpia por dentro y por fuera para renacer a la esperanza. Un ejercicio especialmente recomendable para los más jóvenes y que debemos intentar que practiquen llevándolos más a menudo al campo.

El escritor y periodista norteamericano Richard Louv es el autor del libro *El último niño en el bosque*, que despertó una gran polémica en Estados Unidos al atreverse a afirmar que buena parte de las enfermedades y los trastornos que sufren hoy en día los niños que habitan en las grandes ciudades son una consecuencia del desapego a la naturaleza, de la desconexión absoluta con el medio natural en la que se han instalado nuestros jóvenes, adictos a la tecnología y abducidos por ese otro yo que es su presencia en las redes sociales.

Desde el movimiento que dirige, la Children and Nature Network, Louv promueve el acercamiento de los niños a la naturaleza como fórmula para mitigar el avance de problemas tan serios y graves como la hiperactividad infantil y el de un nuevo trastorno del comportamiento denominado «Síndrome de Déficit de Naturaleza» (NDD por su acrónimo en inglés: *Nature Deficit Disorder*).

El NDD se halla en plena expansión entre los niños y jóvenes que pasan la totalidad de su tiempo en un entorno urbano, sin entrar en contacto con el medio natural ni realizar ninguna actividad al aire libre en el campo. Y pese a los recelos que pueda generar en la comunidad científica su diagnóstico, lo cierto es que esta disfunción se viene estudiando a fondo en Estados Unidos, Alemania y Japón desde 2005, el año en que Louv publicó su famoso libro.

Hace tiempo que quedó demostrado que el contacto con la vida del campo, con los animales y el bosque ayuda a los niños con trastornos severos del comportamiento a mejorar sus síntomas. De hecho muchas personas necesitan vivir en contacto con la naturaleza, vivir en el campo, al aire libre, porque no soportan la vida en la ciudad.

En su libro, Richard Louv nos habla de lo que denomina «vitamina N»: un nutriente afectivo que asimilamos a nuestro organismo mediante el contacto con la naturaleza, que estimula el organismo y mejora nuestra salud física y mental.

«El alejamiento de la naturaleza —declara el autor— no solo nos aleja del planeta, sino que nos enferma, y solo retomando el contacto con el medio natural lograremos recuperar la salud y el goce de sentirnos plenamente humanos.» Por eso hace extensiva también a los adultos su propuesta de recuperar el contacto con la naturaleza para sanar el cuerpo y la mente.

Por mi parte, lo tengo comprobado: cada vez que vuelvo del campo, cansado físicamente, agotado tras largas caminatas y horas de ejercicio al aire libre, me noto mucho mejor de ánimo, rebosante de optimismo y energía positiva. La naturaleza es mi terapia.

En momentos de incertidumbre, adentrarse en una arboleda con el único propósito de conectar con el medio natural, observar como la rayita de la cobertura del móvil retrocede hasta que aparece el mágico mensaje de «sin servicio» y entregarse plenamente a su contemplación y disfrute es, no solo un ejercicio reparador para el espíritu, sino sanador para el propio organismo.

Mire, yo no sé si lo que mucha gente sentimos cuando llevamos un tiempo sin salir al campo es una enfermedad o un trastorno. No sé si el desánimo, el mal humor, la dificultad de conciliar el sueño, el estrés o el agobio que llegan a paralizarme obedecen a un síndrome concreto. Lo que sí le puedo asegurar, y con lo que estoy seguro que la mayoría de los lectores van a coincidir, es que después de una jornada de paseo por el bosque buscando setas, una excursión a la cima de un monte o un día de pajareo por una marisma, la mirada sobre las cosas se hace más limpia y el alma parece recuperarse.

La naturaleza nos regala muchas cosas que de verdad importan y que no son cosas. Hay muchas otras donde podemos encontrar cobijo, pero me he permitido la libertad de contar aquí estas porque son las nuestras: las de los amantes de la naturaleza.

Pasear por nuestro hayedo favorito, que como todos los hayedos en otoño es una galería de arte al aire libre, mientras hundimos las botas en el lecho de hojas y escuchamos el lejano tamborileo de un pájaro carpintero. Es también levantarnos temprano, calzarnos las zapatillas y salir a correr por el paseo

marítimo, viendo cómo las gaviotas alzan su cansino vuelo a nuestro paso y respirando hondo el aire fresco de la mar, ese aire con olor a alga y a sal que llena los pulmones y transmite una sensación de libertad infinita.

Son las nubes de estorninos jugando a hacer figuras en el cielo anaranjado del atardecer: aquí mismo, sobre los barbechos de los campos y frente a la ventana del tren. Ahora dibujan la cabeza de un león, ahora un coche de carreras, ahora un pez... «¿Cómo lo hacen?» me preguntaba hace unos días una oyente. «Por azar» le respondí. «Pues parece que lo hagan aposta», me contestó. Y me hizo dudar.

Escapar el fin de semana a una casa rural, solo o con nuestra compañía favorita, soltar las bolsas en la habitación y, sin perder un momento, echar a recorrer las calles del pueblo sin saber donde llevan (casi siempre van a dar a la plaza, la iglesia, la fuente o el camino que va a la ermita). Descubrir que hace frío y que el aire huele a la leña que arde en los hogares o percibir esa fragancia honesta, que para muchos de nosotros es perfume más que olor: la que sale de los establos, una exhalación embriagadora solo comparable al aroma a pan que sale de la tahona.

Y regresar para cenar lo que la huerta disponga y pegar la hebra con los dueños del establecimiento sobre cómo ha venido este año la vendimia o la recolección de la aceituna, la mejor conversación para acompañar un pan con aceite, o si este año va a ser buena la temporada de espárragos o de setas. Descubrir que no hay cobertura y dormirse con un libro entre las manos (como por ejemplo este) mientras escuchamos afuera el ulular del cárabo.

Todo eso nos está esperando ahí fuera. Y también les está esperando a ellos: a nuestros jóvenes, que seguramente protestarán al saber que nos vamos de fin de semana al campo y lo harán refugiados en sus dispositivos electrónicos. Pero a poco que pongan una mínima gota de voluntad, caerán rendidos a sus sortilegios, pues la naturaleza es la gran hechicera del planeta.

Hay que hacer de celestinas. Hay que llevar a los jóvenes al campo, porque además de beneficiar a su salud física y emocional, les permitirá descubrir y disfrutar de la que sin ningún lugar a dudas será su mayor herencia. Un legado que estarán obligados a custodiar y transmitir en las mejores condiciones a las generaciones futuras.



## EPÍLOGO

# DECÁLOGO PARA DISFRUTAR EN LA NATURALEZA... Y PROTEGERLA

No importa cómo vayamos a disfrutar en la naturaleza, el caso es hacerlo. Para muchos bastará con «desconectar» en una casa rural apagando el móvil, escuchando el sonido de las campanas y el canto de los pájaros. Descansar leyendo un buen libro o disfrutando de los sabores perdidos durante las comidas, como los del pan de pueblo, el queso artesano, los tomates de huerto o los huevos de corral.

Para otros será una oportunidad para salir a correr y recuperar la forma subiendo montañas y respirando aire puro, en lugar de hacerlo practicando todo tipo de ejercicios encerrado en una sala de gimnasio. Muchos aprovecharán para visitar un monumento histórico, recorrer las calles y las tiendas de productos artesanos del pueblo o salir a pasear tranquilamente por las afueras para descubrir el entorno e intentar ejercer de naturalistas aficionados.

Y digo intentar porque nadie es capaz de asegurar lo que vamos encontrar al salir a pasear por la naturaleza, pues la observación de la vida silvestre solo atiende al azar (eso la hace tan mágica) y es imposible determinar con seguridad qué nos va ofrecer un paseo por el campo.

Siempre aparecen artistas invitados. La experiencia puede servirnos de intuición y de guía pero nunca hay guión. Todo está por redescubrir ahí afuera, por lo que conviene no abrigar esperanzas de ver tal especie o la otra. De lo que se trata es de disfrutar del paseo permaneciendo atentos a la sorpresa, pero tampoco es necesario salir equipados como si fuéramos de safari, pues no por ello vamos a disfrutar más de las cosas. Una enseñanza que he adquirido con el paso del tiempo y que quería destacar en este

apartado final del libro.

No es preciso, por ejemplo, acudir al campo disfrazados de exploradores o de naturalistas. La observación y el disfrute de la naturaleza no requieren el uso de un «uniforme» específico. Así, las únicas prendas y herramientas precisas serán aquellas que nos faciliten la observación y no las que nos muestren ante los demás como expertos.

La ropa para salir al campo debe ser cómoda, confortable y preferiblemente de fibras naturales (el algodón y la lana son las más adecuadas) pero nada más. Los tonos miméticos facilitan la observación, es cierto, pero no son para nada indispensables. Un chubasquero del tipo «canguro» atado a la cintura o en el interior de la mochila, un calzado cómodo y adecuado al terreno que vamos a transitar, y unos pantalones cómodos y flexibles son suficiente para salir de campo.

Conviene aclarar en este punto que en la mayoría de los casos el oído y el olfato son los órganos más desarrollados entre los animales, por lo que en el campo es mucho más eficaz mantener un comportamiento sigiloso y caminar en silencio que hacerlo vestidos de árbol.

Respecto al olfato, no se trata de no ducharse para oler a campo —entre otras cosas porque el campo huele bien—, sino de no salir bañados en colonia, ya que su fragancia va a propagarse en el entorno y anunciará nuestra presencia por todos los rincones. Acudir a la naturaleza con la pretensión de observar animales perfumados como para ir de fiesta es el equivalente a hacerlo tocando los platillos o con un aparato de música a todo volumen.

Pero eso no significa que haya prendas recomendables para practicar el naturalismo de campo. Por ejemplo, si vamos a realizar una salida por un espacio natural para practicar la afición por la fotografía de naturaleza hay dos prendas que nos pueden ser de gran utilidad. Una es el chaleco multibolsillos, en el que podremos guardar todos los tesoros que nos ofrezca la naturaleza: una pluma, un fósil, una hoja caída. Nada, eso sí, de arrancar ni por supuesto matar y recordando que en los espacios protegidos está prohibido recoger cualquier tipo de muestra.

En todo caso, para aquellos que quieran ir un paso más allá y avanzar un poco más en su afición por el naturalismo de campo, los utensilios básicos

que recomendaría llevar en la mochila serían: bolsas estancas, frascos y cajetillas de varias medidas e incluso tubos de ensayo con tapón.

Las bolsas estancas con autocierre se pueden adquirir en establecimientos de bricolaje y ferreterías. Es aconsejable llevar un surtido de todos los tamaños. Respecto a los frascos de vidrio (los de conserva son ideales) solo son recomendables en el caso de acudir a recoger una muestra previamente localizada, de lo contrario resultan molestos por su excesivo peso y tamaño y además pueden romperse en el interior de la mochila: vuelvo a hablar por experiencia. Es mucho más práctico recoger las muestras en las bolsas y traspasarlas a los frascos al llegar a casa. Las cajas de cerillas vacías nos serán muy útiles para transportar los restos más pequeños y delicados.

En todo caso, lo que si recomiendo es salir a pasear con unos prismáticos, pues son la puerta abierta a quienes prefieren (y hacen bien) mantenerse a distancia de nosotros: un pajarillo en una rama, la silueta de un mamífero en lo alto de un cortado o una libélula posada en una hoja de nenúfar en mitad del río.

Para elegir unos prismáticos de campaña deberemos tener en cuenta tres factores: luminosidad, campo de visión y peso. Los de grandes aumentos resultan poco prácticos ya que en la observación de campo es preferible acercarse menos al objeto, localizar antes y ver mejor. Los más útiles son los de formato 8 x 30 y se pueden adquirir por menos de cien euros.

Más allá de los prismáticos, otro gran aliado para el naturalista de campo es el catalejo con trípode: a través de sus lentes podemos llegar al centro de la laguna o lo alto de la peña para situarnos junto a los flamencos o el halcón. Su uso es especialmente recomendable cuando acudimos a un aguazal o a una colonia de cría de rapaces, aunque hay que decir que su precio ya no es tan ajustado, yendo de los trescientos o cuatrocientos euros a algunas auténticas joyas de la óptica que se van a más de cinco mil euros.

Junto a las lentes de aproximación, el elemento más importante para el naturalista aficionado es el cuaderno de campo: el cuaderno de bitácora de nuestras salidas al campo. En mi caso, siempre opto por las libretas de tapas gruesas y rígidas de tamaño mediano, para facilitar su manejo: unos diez centímetros de ancho y quince de alto serían lo ideal. Con un grosor de alrededor de un centímetro, deberá tener unas ciento cincuenta páginas para

dar una mínima continuidad a las observaciones y facilitar el seguimiento de las salidas. Las hojas mejor cuadriculadas, aunque hay quien las prefiere blancas.

El lápiz y la goma serán las mejores herramientas de escritura y dibujo. Al llegar a casa daremos color a los dibujos que más nos gusten. Para empezar, rellenaremos las primeras páginas con una descripción del lugar que visitamos. La fecha y las horas de la observación deberán acompañar a cada una de las citas.

Es muy recomendable que nos atrevamos a realizar dibujos a mano alzada de los comportamientos que observemos, pues esos datos nos pueden ser de mucha utilidad en futuras observaciones. En el caso de los árboles, podemos calcar la rugosidad de su corteza fijando una página sobre el tronco y frotando la mina del lápiz a lo ancho. Después de comprobar los datos necesarios anotaremos el nombre de la especie.

Personalmente, conservo mis viejos cuadernos de campo como mi tesoro más valioso, con ellos he iniciado a mis hijos en el amor y el respeto a la naturaleza y de ellos me sigo nutriendo cuando necesito recurrir a algún apunte de naturaleza, especialmente ahora que el semáforo de la memoria empieza a detenerse más tiempo que antes en el ámbar.

En cualquier caso, mucho antes que el equipo, el principal aspecto al que debemos atender cuando salimos al campo es la necesaria actitud de respeto y prudencia hacia el entorno. En ese sentido, la sensatez y el sentido común son las pautas que deben regir el comportamiento del naturalista aficionado en sus salidas al campo y estos consejos, recogidos en forma de decálogo, pueden ayudarnos a disfrutar en la naturaleza y ayudarnos a conservarla y protegerla:

- Pasar desapercibido es el método ideal para observar la naturaleza. No altere la calma del entorno que visita con una actitud inadecuada. El silencio en el campo suele deparar las mejores observaciones: no realice movimientos bruscos y sea paciente.
- Siempre que pueda colabore con la naturaleza. Recuperar un espacio natural contaminado o conducir a un animal herido hasta un centro de recuperación serán sus mejores acciones como naturalista aficionado.

- El coleccionismo ha justificado históricamente el expolio de la naturaleza. Siempre que pueda, tome fotografías en lugar de muestras y jamás, nunca, dé muerte a animales vivos para estudiar a la especie, por insignificantes y comunes que parezcan. Hasta el más pequeño de los escarabajos está desarrollando un importante papel en el ecosistema: déjele seguir haciéndolo.
- Deje el lugar que visita como lo ha encontrado. Los troncos caídos, las plantas muertas; hasta las piedras del suelo o del río guardan un orden natural en el ecosistema. No lo modifique.
- Evite cualquier daño directo a la naturaleza en el desarrollo de su afición. No acose a la fauna salvaje y no recolecte plantas de forma intensiva. Respete a la flora silvestre y aproveche las hojas o los frutos caídos en lugar de arrancarlos de la planta.
- Si tiene la suerte de descubrir un nido ocupado, una madriguera o cualquier otra presencia de cría animal considérese un privilegiado y guarde el secreto: no lo dé a conocer a todo el mundo.
- Antes de acceder a un espacio natural protegido (un parque nacional, una reserva natural, cualquiera que sea), acuda a la oficina de atención al visitante y solicite información sobre los itinerarios permitidos: evitará perjuicios a la naturaleza y posibles sanciones.
- ¿Sabía que el 80 por ciento de los bosques españoles son de titularidad privada: tienen dueño? Cuando salga al campo, respete los cultivos y las propiedades rurales, atienda las señales colocadas por los propietarios y respete la propiedad privada. Y no pierda la ocasión de mantener una conversación amable con los campesinos: ellos le permitirán acceder a la mejor fuente de datos sobre la naturaleza del lugar.
- Actúe con decisión cuando observe una agresión al medio ambiente y no dude en denunciarla a las autoridades. No hace falta que le diga que jamás de los jamases debe encender fuego en el monte, pero persevere también en la vigilancia contra los incendios forestales. Si dispone de tiempo suficiente únase a la patrulla de voluntarios forestales (ADF) de su localidad y, ante la más mínima columna de humo, comunique la situación de manera inmediata llamando al 112.

- Y por último, una reflexión a modo de resumen: el bienestar de los animales y las plantas silvestres y la preservación de los ecosistemas y los paisajes naturales deben estar por encima del disfrute personal y de cualquier afición que nos mueva a salir al campo, por importante que esta pueda ser. Recuerde que nuestro primer mandato como amantes de la naturaleza es conservarla, protegerla y defenderla.

Edición en formato digital: 2018

© Jose Luis Gallego, 2018  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-171-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)